Las luces de la memoria

Relatos de España en la historia de Europa

MARÍA DUEÑAS
JUAN ESLAVA GALÁN
ESPIDO FREIRE
SUSANA FORTES
LUZ GABÁS
EMILIO LARA
JOSÉ MARÍA MERINO
SERGIO DEL MOLINO
ARTURO PÉREZ-REVERTE
JUAN MANUEL DE PRADA
SOLEDAD PUÉRTOLAS
KARINA SAINZ BORGO
LORENZO SILVA
ANDRÉS TRAPIELLO

zenda
Iberdrola

Las luces de la memoria

Relatos de España en la historia de Europ

MARÍA DUEÑAS
JUAN ESLAVA GALÁN
ESPIDO FREIRE
SUSANA FORTES
LUZ GABÁS
EMILIO LARA
JOSÉ MARÍA MERINO

SERGIO DEL MOLINO
ARTURO PÉREZ-REVERT
JUAN MANUEL DE PRA
SOLEDAD PUÉRTOLA
KARINA SAINZ BORG
LORENZO SILVA
ANDRÉS TRAPIELLO

zenda
Iberdrola

Las luces de la memoria

Relatos de España en la historia de Europa

Edición no venal de Zenda, zendalibros.com, patrocinada por Iberdrola

Relatos

María Dueñas
Juan Eslava Galán
Espido Freire
Susana Fortes
Luz Gabás
Emilio Lara
José María Merino
Sergio del Molino
Arturo Pérez-Reverte
Juan Manuel de Prada
Soledad Puértolas
Karina Sainz Borgo
Lorenzo Silva
Andrés Trapiello

Director editorial
Arturo Pérez-Reverte

Edición y coordinación
Leandro Pérez y Miguel Munárriz

Textos
© de la edición: Zenda

© de los textos: sus autores

Ilustración de cubierta
© Riki Blanco

Diseño y maquetación
trestristestigres.com

Primera edición
noviembre de 2023

Depósito legal
A 568-2023

Edita
Zenda - Ruritania Editores S.L.

Impreso en España
Gráficas Cervantes, C.B.

El papel con el que se ha impreso este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

Índice

Sin rendición en Breda, María Dueñas
El último viaje de San Isidoro, Juan Eslava Galán
La isla de los Faisanes, Espido Freire
Operación Quick Silver, Susana Fortes
Pequeñas batallas, Luz Gabás
El aceite de Nicea, Emilio Lara
Segundones, José María Merino
Un verdadero napolitano, Sergio del Molino
Jodía Pavía, Arturo Pérez-Reverte
Última noche en Yuste, Juan Manuel de Prada
Annemasse, Soledad Puértolas
La (cyber) leyenda negra, Karina Sainz Borgo
Una compañía de hombres libres, Lorenzo Silva
La esperanza, Andrés Trapiello
Autores

-

Relatos

Sin rendición en Breda

María Dueñas

Lentejas. Merluza a la plancha. De postre, un yogur. Es lo que toca hoy martes, según el calendario sujeto con un imán a la puerta del frigorífico.

—Otra cucharada, señora Carmen.

—¿Tú cómo te llamabas, hija?

—Leidy, señora. A su servicio.

Es la enésima vez que le pregunta el nombre y la enésima vez que la chica responde sin perder la paciencia. Así llevan desde que empezó a trabajar aquí hace tres meses, cuando uno de los hijos la contrató para encargarse de Carmen y de la casa. Para que no vuelva a dejarse una cacerola en el fuego encendido mientras va a Mercadona. Para que se tome las pastillas cuando toca y no confunda la lavadora con el horno al meter la ropa sucia; para que no vuelva a perderse como hacía cuando salía a comprar el pan y acababa desorientada por las calles, sola, dando tumbos.

—Ya no quiero más.

—Tres cucharadas y terminamos.

—No quiero.

Ahí siguen, Carmen y Leidy en un mano a mano contra la inapetencia, la anemia ferropénica y una memoria que va y viene. Una anciana con los ochenta y siete cumplidos y una ecuatoriana de veintiocho con la capacidad de aguante a prueba de bombas. Desde el primer día le dejaron bien claro que la señora tiene que comer, tarde lo que tarde. Ahí siguen, por eso, frente a un primer plato que lleva ya un rato frío y una televisión encendida que habla de la guerra de Ucrania, la caída del Euríbor y la subida de precio del aceite de oliva.

—Comprar aceite, dicen. A buenas horas; eso sí que lo echábamos en falta.

Como Leidy no la entiende, pregunta:

—¿Gusta usted que les ponga aceite?

Carmen mueve el mentón y deja caer la mano al regazo. La empleada lo intenta de nuevo.

—¿Quiere que se las caliente?

—Que me calientes ¿el qué, hija?

—Las lentejas.

—¿Qué lentejas?

—Estas, señora Carmen. Las que hice con el choricito, como me enseñó su hijo.

Sus dedos jóvenes agarran la mano amarillenta y venosa, deforme por la artritis, repleta de manchas. Con suavidad, la sube a la altura de la mesa y obliga a Carmen a coger otra vez la cuchara. Como si fuera una niña de guardería que está aprendiendo a manejar los cubiertos, y no una anciana que nació en plena guerra, trabajó en el esparto desde bien chica, parió vidas, emigró a lo desconocido y ahorró como una hormiga hasta la vuelta. Como si apenas quedara nada en ella de esa mujer que sufrió el desarraigo y enterró dignamente a sus padres, tres hermanos, un marido y una hija enganchada a la heroína; la que peleó por su pensión, cuidó de sus nietos y disimuló para que nadie notara lo que ella presentía desde el principio. La bruma. La grisura. Las implacables evidencias de un cerebro que empieza a apagarse.

—En Breda tampoco había chorizos, ¿sabes, niña?

—¿Disculpe, señora Carmen?

—Nos los llevábamos del pueblo, al volver del verano. De la matanza de mis suegros, metidos en la maleta, liados en papel de periódico y luego en trapos, para que no soltasen olor ni mancharan la ropa.

Leidy está acostumbrada a que esto ocurra de vez en cuando: Carmen se lanza a hablar como si de pronto le entrara un chorro de luz en la cabeza. A menudo cuenta cosas de su infancia, cuando hacían pleitas y cantaban mientras competían para ver qué niña era más rápida. La semana pasada, aunque estemos en abril, se enredó con las compras para Nochebuena, los polvorones, los langostinos. Hoy Leidy no sabe por dónde trotan los recuerdos de su señora, pero la deja que continúe. No hay prisa. Ni siquiera ha terminado el telediario.

—Trece años estuvimos allí, aunque Higinio llegó antes que yo; cuando vinieron los de la Philips al pueblo en busca de hombres, ¿te lo he contado? Menudos nervios, hija mía. Casi todos querían irse, pero ellos elegían, no te creas tú que les servía cualquiera.

La memoria de Carmen la está llevando hoy al principio de la década de los sesenta del siglo pasado, cuando ella era una veinteañera recién casada sin más horizonte que traer criaturas al mundo y apañárselas para sacarlos adelante. Por entonces, la siempre hacendosa y organizada Europa occidental se había vuelto a reconstruir tras su segunda gran guerra y avanzaba hacia el desarrollo económico pleno. Para alcanzarlo, ante la falta de mano de obra propia, llevaba unos años mirando hacia el sur. Y allí, además de italianos, griegos y portugueses, estaban los españoles, en un país obediente donde escaseaban las opciones laborales y sobraban estrecheces.

—Mi pobre Higinio casi se queda sin irse porque estaba al límite de la talla y tenía los brazos cortos. Tú fíjate, eso le dijeron, que igual no podría alcanzar las máquinas; cómo iba a imaginarse él que aquellos cacharros iban a ser tan grandes y aquella gente tan alta. Al final lo aceptaron por los pelos, pero su primo Eusebio, que también pretendía irse de los primeros, al cabo se

quedó por un pitido que le oyeron en los pulmones. Los querían sanos, no fueran a dar problemas.

Varones entre los veinte y los cuarenta, con las obligaciones militares cumplidas y certificado de buena conducta: ese era el perfil. Preferentemente solteros, aunque esta exigencia se relajaría pronto, incluso se acabó invirtiendo. Con una mano delante y otra detrás; con escasa o nula capacitación profesional, dispuestos a aceptar contratos temporales y salarios más bajos que los autóctonos. Gentes humildes, hijos en su mayoría de la España campesina y las clases más bajas, herederos de las mismas miserias, con sueños casi idénticos: comprar a la vuelta un tractor, una huerta, una viña; echar una mano a la familia, levantar una casa con sus propias manos, dar la entrada para un piso. A veces eran analfabetos, casi siempre poco instruidos, ignorantes de la existencia de beneficios sociales y de los aconteceres del ancho mundo.

Su esfuerzo se hacía necesario para mantener el ágil ritmo expansivo de las economías de Alemania, Francia, Suiza, Reino Unido, Luxemburgo, Bélgica. O de los Países Bajos, donde acabó Higinio Fernández Fuentes cuando firmó un contrato con letra de párvulo sin moverse de su pueblo, el mismo que el de Carmen, aquel mísero montón de casas, corrales y calles sin asfalto ni agua corriente que se repartía en torno a una plaza y que lo mismo podría encontrarse en Andalucía que en Murcia, en Galicia, Aragón, Extremadura o cualquiera de las dos Castillas. Miles de Higinios, Antonios, Franciscos, Eladios, Ambrosios seguirían los mismos senderos a lo largo de casi tres lustros, rumbo a la Europa industrializada. A Renania-Westfalia, al cantón de Zúrich, a Brabante o a las orillas del Ródano. A París y su periferia. A Colonia, a la Rue Haute de Bruselas. Al puerto de Hamburgo, al de Rotterdam. Al sur de Inglaterra.

Superada la posguerra inmediata, aquellos lugares devastados se habían rehabilitado, reabastecido de recursos y recuperado de las epidemias de tifus, difteria y disentería generadas tras las brutalidades de la contienda. Ahora la productividad bullía, por todas partes se precisaba personal y entre los españoles encontraron una reserva que parecía no tener límite. Pastores de ovejas, jornaleros y aparceros, cabreros, hortelanos, albañiles y obreros insignificantes, mozos y peones de cualquier oficio. Allá fueron, desde una nación arrinconada donde no hacía tanto se mataron entre hermanos. Mal nutridos, mal calzados, con sus penosas maletas y sus patéticos hatos, sin apenas ropa de abrigo. Faltos de escuela y vitaminas, de estatura, libertad, jabón, dentista; carentes de tantísimas cosas.

—Él y otros quince o veinte se marcharon los primeros. Todos los vecinos salieron a despedirlos cuando se subieron al autobús delante de la iglesia; yo me quedaba con mi hija de ocho meses en brazos y el segundo en el vientre, apretando las muelas para que no se me saltaran las lágrimas. Al llegar a Madrid les pagaron una noche de hotel, fíjate tú, menudo jolgorio, la primera vez que pisaban la capital. Al día siguiente los metieron en un tren en

la estación del Norte. De ahí, a Irún y cambio de tren. Y venga, Francia entera para arriba, y luego en París otro tren más y derechitos para Holanda.

Muchos emprendieron así la aventura, bajo el paraguas de la emigración asistida, en salidas concertadas con las empresas contratantes y reguladas por el Instituto Español de Emigración, un organismo lento y aparatoso que alentaba la marcha de mano de obra bruta mientras pretendía retener a los trabajadores especializados y a los sujetos políticamente conflictivos, para que no se enredaran con los del exilio y empezaran a dar la lata. Otros, sin embargo, marcharon clandestinos, con simples visados de turista y la etérea esperanza de ser ayudados por algún familiar o paisano. A menudo ignoraban dónde pararían sus huesos; les movía tan solo un efecto llamada irresistible; una suerte de psicosis migratoria alentada tanto por aquellos que ya se habían ido, como por el propio régimen.

—¿Puede por favor comer un poquito, señora Carmen?

Pero Carmen no obedece, a pesar de la suave insistencia de la joven. Sigue hilando recuerdos; hoy parece que han vuelto de golpe. Leidy aprovecha y echa un ojo al móvil: vídeos de TikTok, mensajes de sus gentes.

—Así que Higinio se colocó en la Philips, en Eindhoven, y nada más llegar lo pusieron a embalar bombillas, a meterlas en cajas de cartón, nueve horas al día, una detrás de otra, una detrás de otra…

Esparcidas por el ancho mapa de Europa les esperaban fábricas de componentes electrónicos, automoción, materiales para la construcción, insumos metalúrgicos, productos químicos. Altos hornos y talleres textiles. Minas de carbón y plantas agroalimentarias. Sus tareas solían ser simples, segmentadas, mecánicas aunque a menudo no exentas de dureza. Pocos se negaban a hacer horas extras o doblar turnos: cuanto más faenaban, más ahorraban, y eso era lo prioritario.

—En barracones los metieron a vivir, tú fíjate. De ocho en ocho en los dormitorios, en un pueblo de por allí cerca.

Aunque las primeras salidas arrancaron a finales de los cincuenta, a partir de 1961 empezaron a firmarse los acuerdos bilaterales entre el gobierno de España y los países receptores. Desde entonces, las oleadas se hicieron masivas y la vivienda se tornó un problema. Surgieron campamentos sostenidos por las propias empresas, con dormitorios compartidos y olor a sudor, pies y grasa. Se habilitaron pensiones y casas de huéspedes, apartamentos de alquiler y realquiler conjunto, desvanes en residencias particulares, albergues católicos.

No fue una emigración épica, como cuando sus compatriotas de antaño se subían a un barco rumbo a ultramar con el sueño de instalarse y hacer fortuna en el nuevo mundo. Este gran desplazamiento de población era meramente instrumental, coyuntural, sobrevenido. Una epopeya modesta, de gente anónima que, aun así, constituyó un éxodo de envergadura inmensa.

A su llegada dieron con empleadores de todo tipo: lo mismo dignos, solventes y honestos, que abusones y cicateros. En cualquier caso, nadie

pretendía echar raíces. Ni era el objetivo de los trabajadores, ni tampoco los países anfitriones lo ponían fácil; sirva el ejemplo de Alemania, donde los denominaban *Gastarbeiter*, trabajadores invitados. Con la excepción de Gran Bretaña, ahora llegaban por tierra y sabían que el retorno estaba al alcance de un par de días de viaje, sobre ruedas o raíles, con las perras contantes en el bolsillo o en la cartilla del banco. Y quien dice perras dice florines, marcos alemanes, libras esterlinas, francos suizos o franceses.

—Pero vivir de esa manera, tanto hombre amontonado, a Higinio no le gustaba, ¿sabes? Decía que le dolía la tripa y se le ponía así como una opresión en el pecho. Lo que peor llevaba era la comida de la cantina colectiva de la empresa, todo se le hacía raro. Así que, al año de estar allí, buscó otro trabajo.

Los dolores de pecho y las úlceras de estómago solían ser frecuentes, tanto por el desajuste biológico del organismo ante el nuevo modo de vida, como a causa del desasosiego emocional y la añoranza que intentaban mitigar con cartas de torpe caligrafía y alguna aislada conferencia telefónica. El tedio de los fines de semana lo entretenían con tragos de Fundador, partidos de fútbol y palmas a ritmo del porompompero y una lágrima cayó en la arena, ay, en la arena cayó tu lágrima. Anécdotas de mil milis y evocaciones de iconos colectivos se repetían hasta la saciedad en las eternas tardes de sábado: los combates de Legrá, los muletazos de El Cordobés, la gracia flamenca-yeyé de Carmen Sevilla. Mas manos de mus o chinchón, timbas de pocha y tute. Hasta los impíos acudían algunos domingos a misa, tan solo para ver las caras de otros compatriotas y oír la homilía si el cura usaba su misma lengua.

Todavía quedan lentejas sin comer cuando Leidy deja el móvil encima de la mesa y se pone en pie. Acaba de recibir un mensaje de su madre; por enésima vez le pide que vuelva a Guayaquil. Y como Leidy no sabe qué contestar, para evitar la respuesta da por terminado el primer plato de Carmen, lo retira y lo mete en el fregadero. Coge entonces el del pescado, abre la puerta del microondas. Aquí en España tiene un cuarto en un piso alquilado que comparte con otras cinco chicas, y un proyecto de novio al que conoció en Instagram. Antes trabajó en un *hipermarket* chino, hasta que se le acabó el contrato. Luego en una frutería, pero el jefe era un bruto y ella misma se terminó yendo. A ver lo que dura ahora en esta casa, donde le pagan ochocientos cincuenta euros al mes, a los cuales suma lo que saca los fines de semana cuando ayuda a una compatriota peluquera. A menudo comparten la ilusión de montar juntas un salón de belleza.

Carmen mira a Leidy mientras Leidy, a su vez, mira cómo los trozos de merluza descongelada dan vueltas tontas en el microondas. Casi nunca recuerda qué hace esta chica de piel morena danzando por su cocina, pero tampoco le pregunta. En ocasiones la confunde con su hermana Ángeles. O con su hija Yolanda, la que se llevó la droga. O con una de las protagonistas de *Amar es para siempre*.

—¿Y sabes tú, niña, por qué buscó Higinio otro trabajo?

—¿Por qué, señora Carmen?

—Para que yo también me fuera, a ganar unas pesetas.

El sonido del microondas cesa de golpe, Leidy abre la puerta.

—¿Adónde, señora Carmen? —pregunta sacando el plato, con cuidado para no quemarse.

No es que le interese lo que la señora cuenta; pregunta por mera cortesía, para no desatenderla. Y eso a Carmen le agrada, aunque quizá no lo sepa.

—A Holanda, a dónde va a ser; ya te lo he dicho tres veces, muchacha. Pero no otra vez a la zona de Eindhoven y a la Philips y los barracones; a eso ya no, aunque allí luego las condiciones cambiaron mucho y la empresa hasta dio casas. Pero él decidió que nos mudásemos a Breda, cerca; a una fábrica de mantas que acababa de abrir, donde le habían dicho que pagaban bien y había vivienda barata y buscaban hombres para manejar las máquinas plegadoras y mujeres para hacer los remates. Bien sabe Dios que no me lo pensé mucho, porque por el pueblo se empezaba a decir que si el fulano se había hecho novio con una rubia que le sacaba media cabeza, y que si el mengano se había liado con una casada bien fresca…

No le faltaba un pellizco de razón a Carmen: aquellos varones tan distintos llamaban en ocasiones la atención de las féminas locales. Por su tono singular, su simpatía, su desparpajo. O, simplemente, porque aportaban un componente exótico a sus planos panoramas. Padres y madres, en respuesta, se echaban a temblar ante la idea de que sus hijas terminaran con alguno de aquellos tipos morenos, bajitos y bullangueros, amantes del ajo e hijos de una dictadura; quién sabía si hasta potenciales contagiadores de gonorrea o tuberculosis.

—Así que —prosigue Carmen— allá que me fui con él, cagadita de miedo, dejando a mis dos niños con mi madre. Un año entero me pasé acordándome de ellos, llorando a moco tendido, sin entender ni papa de lo que me decía la gente, retirando hilos en la fábrica y viviendo en un cuarto helador del tamaño de una caja de cerillas, en lo alto de la casa de una viuda de la guerra de ellos que nos cortaba la luz a las nueve de la noche. Hasta que, al verano siguiente, ¿tú sabes lo que le dije?

—No, señora Carmen; no lo sé —responde Leidy mientras parte el pescado en trozos.

—Higinio, yo me rindo; eso fue lo que me salió de las entrañas. Tú verás lo que haces: o nos traemos a los niños aquí con nosotros, o yo me vuelvo para el pueblo, con ellos y con mi madre. Así que Higinio se lo pensó una noche y a la mañana siguiente dijo que se vengan, Carmen; yo no quiero volver a estar solo. O sea, que al final no me rendí, y nos quedamos en Breda. En los años siguientes nacieron allí mi María Luisa y mi José Andrés; holandesitos fueron los dos pequeños.

Las Cármenes, las Paquis, Pepis y Maris, las Lolis, Pilis y Adelas siguieron a los hombres a medida que los empleos temporales de los novios y maridos se fueron haciendo más o menos estables. Algunas se incorporaron

también al mercado laboral, en fábricas y talleres, en faenas de limpieza industrial y montones de ellas en el servicio doméstico. Un caso algo distinto y particularmente significativo en este último sector fue el de Francia, donde las españolas solían llegar solas para trabajar como criadas en casas burguesas; *bonne à tout faire*, chicas para todo. Solo en París alcanzaron las cincuenta mil en aquellos años sesenta, cuando eran conocidas colectiva y peyorativamente como *conchitas*, sinónimo franchute de chacha en versión inmigrante del otro lado de los Pirineos. Hasta libros de instrucciones había —como *Conchita et vous. Manuel pratique à l'usage des personnes employant des domestiques espagnoles*— destinados a que las finísimas señoras parisinas pudieran entenderse con aquellas empleadas que vivían hacinadas de las *chambres de bonnes* de sus propios edificios, y que en la cultura popular gala han trascendido con el estereotipo de agitanadas, ultracatólicas, primitivas y gritonas.

Otras mujeres, en otros entornos, se limitaron a las tareas de sus casas y sus proles, porque a ellas se sumaron los niños ya nacidos, o los que fueron viendo la luz en aquellas tierras. La escolarización los convirtió en hijos de dos patrias, útiles herramientas para las familias: traductores e intérpretes de unos padres que casi nunca aprendieron la lengua, pequeños gestores frente a los trámites cotidianos, para desfacer agravios y enderezar entuertos y problemas.

Con la intención de echar un cable a todos ellos, se generaron entidades de contactos y solidaridad más o menos institucionales: una cobertura que se robusteció con los años. Allá donde el número de españoles era nutrido, las agregadurías laborales de los consulados, las órdenes religiosas, la propia iniciativa particular de los ya asentados e incluso el partido comunista en el exilio fueron tejiendo una red de agrupaciones y sociedades, círculos recreativos, clubes y aulas, misiones, bares y restaurantes, asociaciones de padres y un amplio número de Casas de España.

Como parece que Carmen sigue sin querer comer por sí misma, Leidy le va pinchando pedazos de merluza con el tenedor y se los acerca a la boca. En la tele ha empezado el tiempo; ahora anuncian lluvias intermitentes en la cornisa cantábrica. A Carmen últimamente le importa poco el pronóstico, apenas pisa la calle. Pero hubo años en que habría vendido el alma por ver el sol al despertarse.

—Lo peor eran los otoños y los inviernos —prosigue cuando traga—. Siempre nublado, Virgen Santa, qué oscuridad en pleno día; lloviendo, nevando, de noche cerrada a las cuatro de la tarde; qué tristeza, niña. Eso era lo peor de todo. Peor que no comprender lo que te decían en las tiendas y al llevar a los niños al médico o a la escuela y tenerte que entender señalando con el dedo. Peor que no comer de lo nuestro y no probar ni una triste naranja en tres meses. Menos mal que, por lo menos, nos juntábamos con otras familias los domingos, para hacer una paella y hablar de nuestras cosas.

Tras el recuerdo de aquellos encuentros entre compatriotas, Carmen se

hunde en el silencio. Quizá en su cerebro siguen flotando los fantasmas de esos días, cuando intercambiaba con sus vecinas de la colonia de Breda recetas para hacer platos baratos, patrones de la *Burda* para coser abrigos o revistas enviadas por alguna prima desde el pueblo, con las fotos de la boda de Marisol y el romance de Junior y Rocío Dúrcal. También, por lo bajo, en cuchicheos encerradas en la cocina, se transmitían el consejo de esas pastillas milagrosas que recetaban los médicos y por lo visto servían para no quedarse una embarazada.

O quizá, al menos por hoy, las luces de la memoria se le apagan del todo mientras Leidy saca el yogur de la nevera. La conversación con su madre le ha dejado a la chica mal sabor de boca, aunque la entiende en el fondo. Igual que la madre de Carmen hace casi sesenta años. Igual que tantos millones de madres, ansía que su hija vuelva.

La crisis del petróleo del 73 sacudió con crudeza a Europa. A partir de ahí sobrevino una dura recesión, asomó el desempleo, llegó la incertidumbre. Aquello marcó el futuro de Carmen e Higinio y de cientos de miles de compatriotas. España, para entonces, se encontraba ya muy cerca de la órbita de los países democráticos y capitalistas, con un desarrollismo que estaba transformando la economía, con los turistas y sus bikinis y sus divisas, y un Caudillo al que le quedaban únicamente un par de años en el mundo de los vivos.

Se ansiaba el cambio, la democracia; abandonar el pelotón de los torpes y entrar con pleno derecho en la Comunidad Económica Europea. Y, para lo bueno y lo malo, terminaba una época: casi quince años de una emigración sostenida que sacó de sus campos y pueblos a más de dos millones y medio de españoles y los desparramó por centenares de rincones del centro y oeste del continente. La aventura migratoria llegaba a su fin; acababa la humilde proeza de una generación de hombres y mujeres que arrimaron el hombro para que la Europa no hace tanto devastada lograse recuperar su músculo.

Hubo quien optó por quedarse; tras más de una década, había ya matrimonios mixtos, ascensos profesionales, hijos con arraigo. La mayoría, no obstante, empezó a planificar la vuelta; a hacer unas maletas que ya no eran de cartón, sino de algún material sintético y que no irían medio vacías como las que llegaron, sino repletas. Con familias y enseres, se subieron de nuevo a trenes y autobuses o cargaron hasta los topes las bacas de sus Opel Kadett, sus Renault, Citroën o Mercedes de segunda mano. Y emprendieron el regreso.

En los puestos de trabajo que dejaban los sucedieron gradualmente otros trabajadores turcos o magrebíes, más pobres todavía, más ignorantes aún, más ajenos al primer mundo; con menor cobertura legal y dispuestos a ser remunerados con salarios inferiores. En una perversión más trágica del sistema, con el paso de las décadas el imparable efecto llamada, como un siniestro canto de sirena, acabaría atrayendo a algunos de los grupos humanos más desposeídos y más vulnerables del planeta.

A su regreso, Carmen, Higinio y tantos otros como ellos traían en el

equipaje no solo transistores a pilas, ropa de tergal, mantelerías bordadas y pequeños electrodomésticos. También costumbres adquiridas, nuevos horarios, hábitos de urbanidad e higiene, disciplina y capacitación profesional para empleos más tecnológicos. Y dinero, capitales que venían a sumarse a las remesas que sistemáticamente enviaron a lo largo de los años; ahorros que invirtieron para aliviar deudas familiares, en la compra o renovación de la vivienda, en la adquisición de pequeños negocios, en la modernización de numerosas explotaciones rurales y en asegurar el futuro de sus hijos.

Fue sin duda un *win-win* para España y para Europa; ambas ganaron mucho. Fue asimismo una experiencia dispar para aquellos que la vivieron en primera persona. Los hay o los hubo, como Carmen, que mantendrían de por vida una cierta nostalgia, agradecidos por la oportunidad de prosperar a pesar de los sacrificios. Otros en cambio, quizá los menos, mantendrían en la memoria la sensación amarga de haber sido carne de cañón, ciudadanos de segunda, protagonistas del lamentable drama de un país que expulsó a sus propios hijos al destierro.

En el ámbito académico y divulgativo encontramos abundantes trabajos sobre el fenómeno, y a nuestra memoria popular y colectiva han llegado testimonios —ficcionados o reales, profundos o anecdóticos— en diversos formatos. Desde películas tempranas como *Españolas en París* (dirigida por Roberto Bodegas en 1970) o *Vente a Alemania, Pepe* (Pedro Lazaga, 1971), hasta otras más recientes como la entrañable *Un franco, 14 pesetas* (Carlos Iglesias, 2006) o la coproducción hispano-francesa *Las chicas de la sexta planta* (Phillipe Le Guay, 2011). El gran Carlos Cano, en *La Murga de los currelantes*, dentro de su desiderata incluía aquello de «…que vuelvan pronto los emigrantes, haiga cultura y prosperidad». Xesús Fraga obtuvo en 2021 el Premio Nacional de Narrativa con su personal y deliciosa *Virtudes (e misterios)*, publicada en gallego por Galaxia y en castellano por Xordica. Y aunque a Carmen y a quien esto escribe se nos escapan, seguro que hay muchas más evocaciones y homenajes.

Leidy rebaña el fondo del yogur y da la última cucharada a Carmen; después le limpia la boca con una servilleta de papel y la ayuda a levantarse. Le sacude las migas de la falda, le ofrece su brazo para que se agarre. Despacito, recorren juntas el pasillo rumbo al salón, a dormir la siesta o a ver el enésimo capítulo de la serie de La 1. Allá van, un cuerpo pegado al otro, la anciana frágil y su joven empleada, piezas sucesivas de un imparable engranaje migratorio que, con sus luces y sombras, sus traumas y anhelos, existe desde que el mundo es mundo y no tiene visos de detenerse.

El último viaje de San Isidoro

Juan Eslava Galán

Está en los romances que cantan los ciegos en la escalinata de Santa María. Un 13 de mayo caliente y lluvioso, cuando la loba pare su camada y las abejas liban las flores, el conde de Castilla García Sánchez, de veinte años, estrenó jubón amarillo y calzas francesas para conocer a su novia, la princesa doña Sancha, que lo aguardaba con toda la corte en el palacio real de León.

No advirtió el heredero del condado de Castilla que al salir de su morada lo siguió el vuelo siniestro de la corneja. Cuando pasaba descuidado, con su breve séquito, junto a la iglesia de san Juan Bautista lo rodearon unos hombres que se fingían albañiles y lo acuchillaron con cachicuernas. Diez heridas le dieron, tres de ellas mortales. Con el tiempo se supo que fueron los Vela, en venganza porque su padre, Sancho García, les había arrebatado sus feudos de Álava.

Doña Sancha, viéndose compuesta, virgen y viuda sin haber consumado, lo tomó muy a mal, y aunque pretendientes no le faltaban, pues su dote era muy apetecible, sólo consintió en contraer matrimonio con el hijo del rey de Navarra, sobrino del difunto, el conde Fernando de Castilla, con la condición de que los asesinos de su anterior prometido fueran procesados: al principal culpable le cortaron las manos y la propia Sancha le sacó los ojos con las suyas, que habríamos supuesto más hechas al bordado primoroso que al rudo chirle del matachín. Luego pasearon al Vela, manco y ciego, por las polvorientas plazas de Castilla, con un pregonero que iba explicando la razón del castigo.

Vengada y satisfecha, doña Sancha se casó con Fernando. Las bodas se celebraron en Burgos, otoño de 1032, cuando nacen los leones y los robledales y hayedos se desvisten. Nunca se vio la ciudad tan lucida: juncia en las calles, campanas al vuelo y paños y tocas en las ventanas. Dos reyes firmaron por testigos: Bermudo de León, hermano de la novia, y Sancho de Pamplona, padre del novio.

¿El banquete nupcial? Fue un día grande de Castilla en el que salieron muchos vientres de mal año: para los nobles hubo carneros, liebres, gallinas y tres novillos espetados en palos de olmo, con doce lechones cosidos alrededor para darles sabor; para el pueblo, sopa boba con albóndigas, entresijos y pan de espelta y centeno. El vino corrió en abundancia, traído de Toro y de Álava y el hidromiel con rebabas de cera y el anís de endrinas. Al abad de Silos

hubo que meterlo hasta el pescuezo en estiércol fresco, desnudo, para que digiriera el atracón.

En los postres de miel y requesón se levantó asistida por dos monjas la tía del novio, doña Urraca, abadesa de Covarrubias, y levantando al cielo su sarmentosa mano profetizó que la pareja recogía las bendiciones del cielo.

—Reinarán en dilatadas tierras —dijo—. Un cuerpo santo se recibirá en León y concitará las devociones de la Cristiandad, no menos que el *sancro vulto* de Roma, o que la Vera Cruz de Jerusalén o que los huesos de Santiago en Compostela.

Concluido el banquete y recibidos los presentes, los novios se encerraron en la alcoba nupcial con los convidados a la puerta. Pasada una hora la aya de la princesa salió a mostrar a los presentes la sábana pregonera. Los notarios mayores examinaron las manchas de sangre y certificaron que el matrimonio se había consumado.

Al otro día, en la tornaboda, Sancho de Pamplona se acercó a su hijo Fernando, el recién desposado, y le murmuró al oído.

—Ya solo te queda matar a Bermudo y serás rey de León.

Año 1037. En el valle de Tamarón, cerca de Burgos, se enfrentaron el treinta de agosto los ejércitos de los dos cuñados, Bermudo de León y Fernando de Castilla.

No fue menester que Fernando matara a Bermudo. Él solo se mató por voluntad de Dios, que así lo había dispuesto. En los preliminares de la batalla, Bermudo picó espuelas a su fogoso caballo Pelayuelo y sin mirar que dejaba atrás a su escolta penetró entre las filas castellanas, donde los peones lo rodearon. Cuando sus apurados caballeros llegaron a su altura encontraron su cadáver sobre el pasto seco, cosido a lanzadas (dieciséis concretamente) y Pelayuelo pastando tan campante, ajeno a la ruina que le había buscado al amo. Ese fue un día de congoja y abatimiento en el reino. Los vasallos se espolvorearon ceniza en la cabeza, y en las majadas los gañanes apalearon a sus perros en señal de duelo.

El trono de León lo heredó Sancha, la hermana del muerto, que lo cedió *jure uxoris* a su esposo Fernando (entonces no se estilaba que una mujer fuera reina).

Pasaron los años. Auxiliado por la Providencia, Fernando, ya justamente conocido como el Magno, ensanchó sus dominios de Castilla y León a costa de los moros. Su última querella por lindes la tuvo con su hermano el rey de Pamplona, García III.

Era este García III un hombre altanero, impetuoso y codicioso que en los documentos palatinos se proclamaba *rex ibericus*. Le había sentado francamente mal que en una ocasión pasada Fernando lo cargara de cadenas y lo encerrara en una torre de Cea, de la que logró escapar.

—¿Arreglamos nuestras diferencias como buenos hermanos, tirando al aire una taba de carnero, como propone el abad de Retuerta, o lo fiamos por las armas al juicio de Dios? —le preguntó Fernando.

—¿Qué gloria hay en fiarlo a la suerte? —replicó García.

No hubo acuerdo. Los dos ejércitos se encararon en los llanos de Atapuerca en 1054.

Conviene saber que García III había seducido a la esposa de su ayo Sancho Fortún, Velasquita, que pasaba por ser la mujer más hermosa del reino, alta, rubia, resplandeciente como una antorcha y con los grávidos senos firmes y caídos para arriba. «Pandehigo» la llamaban las damas de la corte, con el nombre del manjar.

En los preliminares de la batalla, Sancho Fortún escuchó las chanzas de los mesnaderos sobre lo bien que le encajaba el yelmo a pesar de los cuernos. Disimuló la ofensa y fue a ponerse cerca del rey, entre los caballeros de su escolta. Entrados en faena, en medio de la polvareda de la caballería y el griterío de los peones, Fortún se acercó al rey y lo alanceó con un venablo ferrado que le entró por el sobaco, donde se juntan las mallas de la loriga con las del brazo.

—¡Ah, felón, me has matado! —proclamó García antes de desplomarse manando sangre por la boca y un moco espeso por la nariz.

Sus escuderos lo retiraron fuera de la batalla, al campo cercano, llamado Ages de los Navarros donde expiró en el lugar tradicionalmente conocido como «Fin de Rey» hoy señalado por una gran piedra.

Así murió el desventurado García, a manos del caballero *quia foedauerat uxorem eius* «al que había deshonrado o manchado el honor de su esposa», como dice la crónica.

Cuando supo la muerte de su amante, Velasquita se tiró al pozo. Acudieron a sacarla con sogas, pero ya estaba muerta. Ella se condenó, pero el rey fue a la gloria, dado que antes de entrar en combate había confesado y comulgado bajo las dos especies, como entonces se estilaba, por el rito mozárabe.

En el campo de batalla, pasada la refriega, Fernando se dejaba vendar el brazo, herido de saeta, por su físico de las llagas Federico de Soria. Se le acercó Alvito, obispo de León.

—Dios ha evitado que te manches las manos con la sangre de tu cuñado o con la de tu hermano. Debes pagarle el favor con algún acto reparador que al propio tiempo engrandezca tu reino. Has fundado un reino grande, rey. Ahora te toca honrar a Dios con una gran obra. El lustre de un reino se mide por la calidad de sus iglesias y de las reliquias que albergan. Busca algún cuerpo santo que haga milagros y edifícale un santuario famoso.

—¿Qué puedo hacer, eminencia? —preguntó Fernando— ¿Fundo un monasterio? ¿Construyo una catedral?

—El difunto García, que en gloria esté, salió un día a cazar con su halcón y encontró una cueva donde había una imagen de Santa María con un jarrón de cinco azucenas milagrosamente frescas. Allí levantó para gloria del Creador el monasterio de Santa María la Real de Nájera y lo enriqueció con los cuerpos de los santos de la comarca, significadamente san Felices de

Bilibio, el anacoreta de Haro, maestro de san Millán, cuya sepultura estaba en los riscos.

—Cierto —convino Fernando—, pero creo recordar, señor obispo, que a su colega de Álava que abrió la tumba de san Felices se le torció la boca y ya no se le volvió a enderezar sino que mantuvo esa postura, babeando, que no se le entendía el discurso, hasta su muerte.

—Muy cierto —concedió el prelado—, pero eso ocurrió porque antes de hollar un sepulcro hay que decir ciertas misas y realizar sortilegios que el obispo García de Álava se saltó. Estaban con él los obispos Sancho de Pamplona y Gómez de Burgos, a los que no pasó nada.

En este punto intervino el obispo de Astorga, Ordoño.

—También quiso llevar los restos de san Millán, sepultados cerca de su eremitorio en los montes Cogollos de la sierra de la Demanda, pero el santo hizo que los bueyes que tiraban del carro no pudieran con el peso. Lo que se interpretó como que el santo deseaba permanecer donde los bueyes se habían detenido. Allí le dio sepultura y fundó el monasterio de san Millán de Suso.

Fernando quedó convencido.

—¿Dónde puedo buscar un cuerpo santo?

—En estos reinos los cuerpos santos están muy rebuscados —dijo el obispo Alvito—. Quizá debes buscarlo fuera de la Cristiandad. ¿No es tributario tuyo el rey moro de Sevilla desde que amenazaste su reino después de tomar Mérida? Pídele los cuerpos de Santa Justa y Rufina, que padecieron martirio bajo el romano Diocleciano.

—No tenía noticia de ellas —dijo el rey.

—Eran dos hermanas alfareras que salieron de su taller a ver una procesión de los paganos y sin poderse reprimir quebrantaron la imagen de la diosa Venus a cuyo coño milagroso se acogían los impotentes de minga morcillona.

Fernando convocó al canciller real, Ferrán Pendol se llamaba, y le dictó la carta que los obispos llevarían a Al Mutadid, el rey taifa de Sevilla, donde estaban sepultadas las santas. Conviene saber que este moro era famoso por su crueldad: diestro en venenos, coleccionaba las calaveras de sus enemigos, pero a Fernando le guardaba el aire.

En abril, cuando florecen las rosas silvestres y encañan los trigos, tomaron el camino empedrado al-Balat, que hoy conocemos como Vía de la Plata, los obispos Alvito y Ordoño con nueve monjes de su servicio, veinte jinetes del rey y otros tantos peones y muleros con la impedimenta. Mandaba la tropa el joven conde Nuño o Munio, que se acompañaba con sus dos ayos, Gonzalo y Fernando.

Dos meses invirtieron en el viaje. Después de dejar atrás Bedunia, Brigeco, Ocelo Durii, Salmantica, Cáparra y Norba Caesarina, un domingo por la mañana avistaron las murallas pardas de Sevilla y postrados sobre el polvo del camino entonaron un *Te Deum*.

Al Mutadid recibió con zalemas y regalos a los obispos de Fernando y les

facilitó picos, palas, esportillas, almocafres y otras herramientas con las que excavaron en las siete iglesias de Sevilla y ahondaron hasta más debajo de los cimientos, pero las tumbas de las santas no aparecieron. ¿Qué podían hacer?

—Ayunemos y Dios ayudará —propuso el obispo Alvito.

Tres días ayunaron con sus larguísimas noches, si bien el obispo Ordoño se disculpó de hacerlo porque la debilidad del viaje lo había estragado y no quería perecer tan lejos de su diócesis.

Pasado el ayuno tornaron a excavar y levantaron las iglesias hasta los cimientos. Huesos aparecían y muchos, pero ninguno milagroso. Acudían moros escrofulosos y mozárabes a untarse con ellos y ninguno sanaba.

—Dios no ha querido que demos con las reliquias de las santas hermanas —se resignó el obispo Ordoño.

—No vamos a presentarnos ante Fernando con las manos vacías, menudo es —dijo el obispo Alvito.

—Llevas razón —convino Ordoño—. Capaz es de encerrarnos en algún convento. Hay que darle una pensada al asunto.

Se la dieron. Aquella misma noche San Isidoro se le manifestó en sueños al obispo de León. El santo era un anciano de luenga y resplandeciente barba blanca, vestido con la túnica floreada de los eclesiásticos de su tiempo.

—Sé que el intento con que tú y tus compañeros habéis venido es el de llevar el cuerpo de las bienaventuradas mártires Justa y Rufina —le dijo—. Mas ten por cierto que la voluntad de Dios es que las reliquias de la santa queden aquí para consuelo y amparo de esta ciudad que algún día volverá a ser cristiana. Sin embargo, no quiere la bondad divina que os volváis a vuestra patria con las manos vacías, pues desde ahora os concede mi propio cuerpo; tomadle pues, y llevadle a la corte de León».

Preguntó entonces el prelado quién era, y él respondió: «Yo soy el doctor de las Españas, Isidoro, en otro tiempo obispo de esta ciudad».

Al día siguiente, después del desayuno, pan candeal regado de aceite picual y estrujado de naranjas (una novedad para los cristianos), Alvito reunió a sus colegas y les anunció:

—He visto en sueños a San Isidoro y me ha hablado.

—¿Quién es San Isidoro? —preguntó don Nuño.

—El doctor egregio —respondió el monje Abacus, de los que acompañaban a Alvito—. Baste decir que Alcuino de York, el más grande sabio de la corte de Carlomagno, fue su discípulo. Es el gran doctor de nuestro siglo, la gloria más reciente de la Iglesia católica, un hombre que tenía en la cabeza toda la sabiduría de Grecia y de Roma, y la vertió en letras en sus famosas *Etimologías*, un libro extenso como un reino e inabarcable como la mar océana. Sabios bizantinos que las hallaron en la biblioteca de Alejandría profundizaron tanto en ellas que ya no volvieron a aparecer. San Isidoro es el último en el tiempo comparado con los otros sabios de la antigüedad, pero no el último comparado en la sabiduría y, lo que es más, el más docto de las últimas centurias, que ha de ser nombrado con toda reverencia.

—Instrúyenos —solicitó don Nuño.

—En diez años que os sermoneara apenas desbrozaría los conocimientos del santo obispo —dijo el monje Abacus—. Sabed que él divide la filosofía en tres partes: Física, Lógica y Ética. La Física a su vez se divide en Geometría, Aritmética y Música. La Lógica, por su parte, en Dialéctica y Retórica.

—En su obra se contiene el mundo y sus saberes —añadió Soto Chica, otro acompañante del obispo—. Contiene también la cronología, la astronomía, las Sagradas Escrituras, los ciclos del tiempo, las bibliotecas y los libros, las fiestas y los principales oficios, la naturaleza de Dios, de los ángeles, de los santos padres, la jerarquía y organización de la iglesia, la sinagoga y el judaísmo, la vida y obra de los más célebres filósofos, herejes y poetas, el estudio de las otras religiones, las noticias sobre los pueblos de otras tierras, sobre sus lenguas, instituciones, costumbres y las relaciones que se tenía con ellos o de donde provenía el conocimiento que de ellos se tenía, el estudio de los nombres, la anatomía del ser humano, sus malformaciones, los animales, tanto los familiares y cercanos, como los exóticos y casi fabulosos, los elementos que componían el universo y la materia, los mares, ríos y diluvios, la geografía, los tipos y elementos de los asentamientos urbanos y rurales: las ciudades, villas, aldeas, etc., las formas de comunicación que podían emplearse, los pesos y medidas, los minerales y los metales, la agricultura, la guerra: armas, táctica, etc., los espectáculos y juegos, los distintos tipos de embarcaciones, la pesca, los edificios y las vestimentas, los alimentos y bebidas, el ajuar doméstico, las herramientas...

Iba a seguir el buen monje, pero el obispo Ordoño lo contuvo:

—Dejemos las lecciones para los refectorios, que en tierra de paganos no está bien permanecer más de la cuenta, no se nos aficione al vicio la mesnada.

Cavaron donde la visión del obispo y hallaron un cofre sencillo de madera que contenía los huesos del santo. Acercaron su escápula a un mendigo ciego y los ojos secos se rehidrataron, derramaron copiosas lágrimas y cobraron vida:

—¡Veo, veo! —gritaba el ciego corriendo por las calles.

Supo el califa que habían encontrado el sepulcro del santo y despidió a los embajadores de Fernando con alivio, si bien les dijo: «Sufro por desprenderme del cuerpo de tan santo y sabio varón».

Quedaban en Sevilla, por propia voluntad, ocho monjes y cuatro peones que en el ínterin se habían amancebado con las moras y prometían atraerlas a la verdadera religión. Esta defección, en la que veía solo concupiscencia y no apostolado, causó tal disgusto al anciano obispo Alvito que murió a los siete días tal como le anunció San Isidoro cuando lo vio en sueños. Su compañero Ordoño le administró la Eucaristía bajo las dos especies y ungió el cadáver con aceite bendito en las plantas de los pies, el vientre, el pecho, las palmas de las manos, los ojos y la frente. Metieron al difunto en un ataúd de plomo, estañaron la tapa y lo llevaron de regreso a León.

El viaje de vuelta fue más lento que el de ida debido a las continuas

tormentas y copiosas lluvias que padecieron. Los arroyos venían tan crecidos que no se podían vadear pero el obispo Ordoño ponía en la cabecera el carro de bueyes que portaba los restos de San Isidoro y de este modo las aguas se abrían como las del mar Rojo cuando dejó pasar a Moisés y los hebreos.

León recibió a san Isidoro con grandes fiestas. El rey Fernando, su esposa Sancha, sus hijos Sancho, Alfonso y García y sus hijas Urraca y Elvira vistieron sus mejores galas para descender al Duero a recibir las sagradas reliquias acompañados de los arzobispos y obispos, abades, clero ordinario y religioso del reino, todos enjaezados con los sagrados ornamentos, antecediéndolos los cirios y demás insignias de la Iglesia, además de la corte en pleno y de una muchedumbre de ruanos que dejó vacía la ciudad.

Fue un momento emocionante cuando su alteza real se descalzó y con los notables de la corte tomó sobre sus hombros muy humildemente el ataúd del santo y de esta guisa lo introdujo en la ciudad y lo depositó en la iglesia de los Santos Juan y Pelayo, que desde entonces se llamó de San Isidoro. Para mayor gloria del día, el ciego Eusebio se acercó a tocar el ataúd y la luz brilló en sus ojos de repente.

—¡Milagro, milagro! —gritaba la multitud enfervorizada.

Fernando y Sancha reedificaron la iglesia palatina en piedra blanca y la enriquecieron con nuevas reliquias, principalmente la quijada de san Juan Bautista, el cuerpo de san Vicente de Ávila, los huesos de la tercera paloma que soltó Noé y una rama de la encina bajo la que oraba Abraham.

El obispo Ordoño se retiró al monasterio zamorano de Santa Marta de Tera, en el camino sanabrés. Acudían a él los escrofulosos de la comarca a que les impusiera las manos, que desde que revistieron las reliquias de San Isidoro se habían impregnado de santidad. En el huertecillo de la iglesia el santo obispo criaba malvaflor, la benéfica planta también conocida como hierba isidoriana.

La isla de los Faisanes

Espido Freire

Los dos hermanos (la reina de Francia, el rey de España) permanecen en silencio en la gran sala creada de la nada en la isla de los Faisanes, mientras dos damas francesas les sirven agua hervida con azahar, helada y fragante en las aparatosas jarras de plata. El rey mira hacia la puerta que lleva a Francia, la reina hacia la puerta que se abre en España. La isla pertenece a las dos naciones, se encuentra en tierra de nadie, erguida y diminuta en la corriente del río Bidasoa. Las jovencitas traen luego, sigilosas, chocolate en pequeñas jícaras humeantes, que la reina rechaza: junio ha comenzado con agobiantes calores, que la humedad del Bidasoa agrava. La delicada piel del cuello de Ana de Francia, que alguna vez fue Ana de Austria, brilla, pese a los polvos, cuajada de diminutas gotitas. Viste a la francesa, con un escote pronunciado que muestra sus clavículas y casi sus hombros, con las valonas de encaje muy caídas y ligeras y unas mangas cortas y acuchilladas que dejan ver el antebrazo. Lleva el cabello suelto.

A Felipe IV le desagrada esa apariencia extranjera, idéntica a la de las camareras que les atienden, y prefiere recordar a su hermana cuando era mucho más joven, siempre de lujoso negro, la cintura estrechísima atrapada en un jubón rígido y las más hermosas gorgueras de encaje sobre ese mismo cuello atravesado ahora por una telaraña de arrugas muy finas. Desde que se abrió la puerta, al otro lado del opulento espacio dispuesto para el intercambio de princesas, la imagen de los retratos que Ana ha mandado durante los años a la Corte Española se superpone a la de esta desconocida que ahora ve. Solo reconoce la voz, que ha aleteado entre sus recuerdos como un extraño pájaro que buscara la salida de la habitación en la que ambos se encuentran.

—Os entrego a una hija educada con primor. Solo ha conocido el amor de sus padres; mostradle el afecto que vuestro generoso corazón alberga y enseñadle con vuestro ejemplo a ser una digna reina de Francia —dice él, que se ha mostrado taciturno tras los saludos de rigor.

Ana asiente. Ha visto ya a su sobrina María Teresa, una joven espigada y de mirada triste. Una avecilla agobiada bajo el verdugo y las sedas. Su hijo Luis, que aguarda en el lado francés, impaciente, ya ha preguntado qué le cabe esperar de su futura esposa, su doble prima. *No temas, es una muñeca*, le ha escrito ella. *Déjame que le cambie el atuendo y el peinado y te gustará.*

Ella, Ana, era mucho más joven que esta sobrina pálida cuando se separó

de su padre, que la vio marchar entre lágrimas: fue allí mismo, en la isla de los Faisanes, cerca de la desembocadura del río Bidasoa, el 9 de noviembre de 1615. Han pasado 45 años, la mayoría de ellos en guerra. También entonces, como hoy, se sellaba un pacto, se curaban heridas con dos princesas intercambiadas en la frontera de Francia y España. El duque de Uceda, en nombre de Felipe III, la acompañó en una barcaza hasta el centro de la isla, bajo los atentos ojos de las dos cortes; a Ana le intimidaba aquel hombre, que nunca alzó la mirada a su rostro.

—No subáis —le dijo, mientras la sostenía por un brazo junto a la barca —. No subáis hasta que veamos que Madame haga lo mismo.

Ana sabía que al otro lado del Bidasoa la princesa gala tampoco le quitaba ojo. Le resultaría más sencillo que a ella, porque el lado español ofrecía un terreno más amplio y llano, y los pabellones superaban en tres veces el tamaño de los franceses: los españoles habían recibido órdenes claras de mostrar pompa y circunstancia. Vestían con más lujo, y en su barca subieron más personas, cerca de cincuenta, todo el que era algo en la corte de España. Dejaron la orilla española, palmo a palmo, con una angustiosa parsimonia sobre las aguas: en un tablado en el medio del río, fijo y cubierto por un palco, la recibió el duque de Guisa, enviado por Luis XIII.

Isabel de Borbón, la princesa francesa, había cruzado con la misma calma y en una barcaza idéntica el tramo de río que la llevaba a la isla. Ni ellas, ni los séquitos que las seguían, avanzaban un paso sin que la otra lo hiciera.

—*No somos princesas* —pensó, de súbito, Ana—. *Somos rehenes.*

Las dos cambiaron una mirada y una reverencia: muy jóvenes, casi unas niñas, acababan de casarse por poderes con sus respectivos hermanos, Ana con el soberano francés e Isabel con el heredero de la Corona española. La entrega del Bidasoa firmaba la paz en la Cristiandad, permitía un suspiro de alivio en las fronteras y en los campos de batalla, y cualquier error de protocolo podría haber arruinado las largas y pesadas negociaciones.

Los españoles habían tensado la cuerda previamente llegando mucho más tarde de lo acordado, mientras los franceses aguardaban inquietos, día tras día, y María de Médici, la regente francesa, se tragaba su orgullo, sabedora de que su posición resultaba inferior a la del legítimo rey español y que de nada serviría protestar. Felipe III se había empecinado, pese a la oposición de la Médici, en acompañar a su hija hasta la frontera de Irún, y eso había conllevado un desplazamiento más lento, más agónico y mucho más suntuoso, porque el rey había otorgado la merced al pueblo de verlo comer.

En San Sebastián el duque de Uceda organizó una ceremonia pública de tal lujo que el favorito del rey, el duque de Lerma, se sintió picado en su pundonor: y en Fuenterrabía, la noche anterior a las entregas, el valido desplegó un servicio de mesa tan espléndido que los propios nobles a los que agasajó se sintieron tan intimidados como los aldeanos que esperaban por las sobras, y que guardaban de ellas un pedazo del bendito pan que había tocado la mesa del rey.

Felipe III comía poco y con desgana. Su hija, a su lado, miraba al frente, picoteaba alguna vianda, y dejaba que la observaran. Para eso se organizaba esa ceremonia, para que quienes se cruzaran con ella retuvieran en la mente, durante generaciones, la gracia y la belleza de la infanta española. Yo la vi, dirían. Aquello fue en el año en el que entregamos a la infanta.

Las princesas y sus séquitos se reunieron durante una media hora en el tablado; tiritaban, rígidas bajo los encajes y las joyas, que transmitían el frío del aire a la piel tierna. Ana se llevó la peor parte, porque vestía un cuello abierto a la francesa, mientras que Isabel lucía una lechuguilla española, cerrada y alta. Realizadas las cortesías fijadas, los parlamentos diplomáticos y el intercambio de las jóvenes, cada una se subió a la barca opuesta a la que les había llevado allí. Lenta, muy lentamente, el mecanismo que controlaba las barcas a la vez las fue alejando del tablado central. Eso fue todo.

Los artistas presentes mostrarían luego la perfecta simetría de la entrega en cuadros que reducían a las princesas a dos manchitas borrosas en el lienzo, perdidas entre las listas blancas y rojas de las barcazas y el gris de acero del río. Rubens retrataría a María de Médici (*la vieja zorra*, piensa Ana, ya sin rencor) rodeada de ángeles como la gran artífice de los dos matrimonios. Era cierto: ella tejió y destejió, mandó a una hija poco querida a la corte española y recibió a una nuera nunca aceptada como el único remedio posible a una relación siempre frágil, siempre a punto de hacerse trizas entre los dos países.

Qué frío hacía, recuerda Ana, mientras se pasa la mano con delicadeza por el cuello empapado. El frío del norte de España era, sin embargo, el cálido sur de Francia. Durante los años siguientes solo sentiría frío, un temblor que atravesaba los huesos y dejaba el corazón triste, el estómago encogido ante los ataques de cólera y las intrigas de su suegra. Fue un triste augurio de lo que le esperaba en París. Aquel 9 de noviembre se helaron hasta los remates de las puntillas de sus enaguas.

Sin embargo, los cronistas españoles no veían nada de aquello. Ahítos de comida y de buen vino, cantaron a la paz y la alegría.

Los árboles estaban tan frondosos y verdes como en el mismo verano, repletos de peras y manzanas, castañas y otras frutas; en el río saltaban truchas y barbos, que habían venido a ver aquella grandeza y se subían por los mesmos aires a verla; e incluso el sol, a pesar de ser noviembre, parecía haber detenido su curso para alumbrar el momento y dar las buenas nuevas a todo el mundo.

Escritores, pensaba Ana, y movía la cabeza, pesarosa. Contarían lo que fuera por un vaso de aguardiente.

Oh, la belleza del día, insistían los poetas franceses, *el brillo del agua y de las mismas montañas. Mucha gente principal acudió a la entrega, y también los músicos y ministriles, que sonaron todo el tiempo, a veces junto con los músicos franceses del otro lado, otras alternándose entre sí con la mayor armonía posible.*

Ana no recuerda la música, aunque sin duda sonó: quizás se escuchara

mejor en las orillas, quizás disfrutara de ella quienes se jugaran menos en aquel paso del río. Mañana, de todas maneras, no tendrá nada de lo que ruborizarse de la participación francesa en la ceremonia. Si bien su hermano, el Rey Planeta, con merecida fama de amante de las artes, se ha empeñado en encargarse del pabellón de la entrega, y ha traído para ello a su pintor de cámara, un tal Velázquez, que hoy guarda cama, agotado por el esfuerzo, ella se ha encargado de la ceremonia. De algo le habrán valido los años junto a su suegra, maestra en ardides y en impresionar a los embajadores extranjeros, el gusto por el teatro que ha cultivado y el fino ojo de Michel LeTellier, el hombre más exquisito de París.

Respecto a la seguridad, recae sobre Charles de Batz-Castelmore, el conde de Artagnan, el escrupuloso capitán de la Compañía de Mosqueteros del Rey. Buen soldado y excelente espía, Ana sabe que desempeña mejor su trabajo cuando no lo ve que cuando lo tiene presente. De hecho, debe de hacerlo tan bien que Felipe se ha quejado ya varias veces del séquito francés.

—No quisiera ofender a la purpura cardenalicia, pero, señora, ¿dónde encontrasteis un diablo negociador como su eminencia monseñor Mazarino?

—Vos teníais de vuestra parte a don Luis de Haro. No podía ofenderle mandándole a un rival mediocre.

Felipe IV no llorará cuando vea la estrecha espalda de su hija perderse hacia el camino de Francia, avergonzado aún de aquella debilidad del viejo rey, su padre, que se derrumbó cuando la barcaza partía.

—Perdemos a una infanta de España y le damos una reina a Francia ¿a cambio de qué? De una princesa de Asturias.

Él solo tenía 10 años, pero nunca ha olvidado la pena de su padre, indigna en tan alto señor, roto en sollozos, mientras conducía de la mano a su nuera, aquella altiva moza de ojos negros que con el tiempo se convertiría en la primera mujer de Felipe y la nueva reina de España. No, no llorará, ni siquiera emitirá una queja, aunque le dolerán cada uno de los escudos de oro que componen el medio millón de la dote de María Teresa. Los dos plenipotenciarios, Luis de Haro, conde-duque de Olivares, y el retorcido Mazarino, que habla español mejor que cualquier hidalgo, le han convencido de que el pacto que firmará con la boda de María Teresa y de su sobrino Luis, el Tratado de los Pirineos, traerá una paz al menos tan duradera como los treinta años de guerra anteriores. Pero Felipe ya no cree en nada. Mira a su hermana, gruesa, envejecida, y dicen sus informadores que enferma, y sabe que su extrañeza no se limita a sus vestidos. Hace años que perdió la confianza en ella, que fue, durante tanto tiempo, una baza tan fiel en París.

—¿Cuándo dejasteis de servir los intereses de España, señora? —le escribió, en una carta airada, tras un prolongado silencio de Ana— ¿Cuándo olvidasteis dónde nacisteis y qué le debéis a vuestra patria?

—Cuando tuve un hijo francés —fue la respuesta, y Felipe quemó la carta, más por prudencia que por rabia. No se engañaba, no. Los reyes no tienen hijos, solo territorios. Las reinas no tienen nada, salvo hijos.

Medio millón de escudos, el condado de Artois, el Rosellón, la mitad de la Cerdeña y otro centenar de territorios costaba aquella paz. Y una hija. Felipe aguarda con calma a que una de las camareras rellene el vaso con agua helada. La muchacha tiene unos ojos aguamarina como todo encanto, pero es joven y fresca, y el rey se conmueve por un instante. Suspira, se aburre, no tiene mucho de qué hablar con su hermana, esa mujer extraña. Desearía que todo hubiera acabado ya, le irrita el muchacho que se convertirá en su yerno, lo adivina impertinente, ambicioso, bien criado. Envidia su edad y su empuje, le envidia sus herederos a su hermana mientras que los suyos mueren, y solo sobreviven los bastardos, envidia lo que les queda por vivir, la gloria que les espera y que a él se le escapa poco a poco entre los dedos y tras las guerras.

Anochece en la isla de los Faisanes, y algunos brotes de brisa oscilan entre los tapices abigarrados de la sala en la que al día siguiente sucederá todo. Con un suspiro, Ana se levanta. Le duele el pecho, que lleva vendado con hilas de lienzo y suaves tiras de lino para evitar que supure. Quiere retirarse a su tienda y quedarse en camisa, con los pies en una palangana que refresque sus tobillos hinchados. Ya poco le queda por hacer allí. Felipe se levanta, disimula el dolor que ella sabe que siente, porque no hay secretos de la corte de Madrid en París, y se inclina levemente ante ella.

—Cuidaré de la infanta como si fuera mi hija. Mejor que si mi hija fuera. Tendrá siempre en mí con quien llorar, con quien hablar su idioma, quien la consuele. Mi hijo el rey no es, por suerte, como su padre. Solo el cielo puede otorgarles la felicidad, pero mientras yo viva me cuidaré de que no sea desgraciada.

—No puedo pedir más, señora.

—Dejemos las minucias y los detalles a quienes saben y pueden tratar de ello.

—Que así sea.

Ana abandona la sala por la puerta francesa, con las dos damas a su vera, dos sombras sumisas y delicadas. Felipe IV camina hacia la puerta española, donde aguardan, dos oídos atentos, sus secretarios.

—Don Juan —dice, al aire—. Averiguad el nombre de la dama de la reina, la gruesa, la de los ojos garzos. Y si es casada, mandádmela.

Luego, apoyado en uno de ellos, pide su barcaza, y escucha, ya lejanos, el sonido de los remos contra el agua que se lleva lejos a su hermana.

Operación Quick Silver

Susana Fortes

Avanzó por la carretera en dirección al cabo. En días despejados se podía ver al otro lado la costa de Inglaterra, a sólo treinta kilómetros, pero aquella mañana el cielo estaba encapotado. En lo alto, a un lado del sendero, unas nubes grandes y espesas cubrían el canal y avanzaban en dirección sureste. Calculó que en menos de diez minutos empezarían a caer chuzos de punta. Así que pedaleó deprisa hacia la granja por detrás del acantilado. Iba bien pertrechada con un jersey grueso de cuello vuelto, un impermeable de pesca con capucha que le cubría el pelo recogido en una trenza de espiga, y los pantalones metidos por dentro de los calcetines. Empujó el manillar de la bicicleta dentro del pajar y se dirigió a la trampilla del establo, donde estaba el equipo de transmisión. Una pequeña caja negra provista de batería, envuelta en hule como una máquina de escribir.

Le echó un vistazo a su libreta de anotaciones llena de números y empezó a teclear el mensaje en código cifrado. Pensó que no dejaba de tener su gracia engañar al enemigo con sus propias armas, ya que el equipo era de fabricación alemana, de la marca Telefunken. Ciertas cosas le provocaban admiración, como la minuciosidad de los pequeños detalles, la modulación de las frecuencias, la exactitud, la precisión en la correspondencia de signos. El mundo de las ondas electromagnéticas representaba para ella un universo tan fascinante como las constelaciones.

Se acordaba cuando de niña, con seis o siete años, su padre la había llevado de la mano a la oficina donde trabajaba como radiotelegrafista en Santa Eulalia de Ores. Siempre tenía puesta la radio por si se producía alguna emergencia. Aunque por lo general no ocurría nada. «¿Qué te parece, pispajo? — le preguntó— Aquí estamos tú y yo, escuchando a una violinista rusa que ahora mismo está en una sala de conciertos de Amsterdam, tocando para nosotros. Eso es la electricidad». A ella le pareció un cuento de hadas. Ya no quiso hacer otra cosa que acompañarlo cada día a aquel cuchitril lleno de clavijas que olía a tabaco de picadura y a países lejanos. Aprendió el código morse casi sin darse cuenta.

Las niñas hacen promesas.

Su padre tenía una fe ciega en los inventos modernos, en las cafiaspirinas, y poco más. Era un anarquista puro, formado en la escuela de Ferrer i Guardia. Tenía en casa el atlas de Geografía Universal de Elisée Reclus y toda

la colección de la Novela Ideal publicada por ediciones libertarias. Ella había aprendido los primeros rudimentos de la lucha de clases en esas novelitas románticas. Su padre era un hombre de mundo que nunca decía una palabra más alta que otra, aunque a veces se cagaba en la ley de la gravedad. Era una manera suya de blasfemar contra lo más sagrado cuando las cosas se torcían, como cuando el frente republicano se vino abajo en la primavera de 1938. Fue de los primeros en caer intentando frenar la ofensiva franquista en Terra Alta.

Si me quieres escribir ya sabes mi paradero. En el frente de Gandesa / primera línea de fuego.

No quedaba nadie. Ni sus padres, ni sus dos hermanos mayores, ni su tío Justino, ni siquiera Fabián de Trevisos, que según decían tenía un ángel de la guarda porque al principio de la guerra una bala le atravesó la garganta sin tocar órganos vitales, pero cuando la legión Cóndor bombardeó el cerro Canalejas, el ángel no estaba de servicio.

Los que pudieron abandonaron todo cuanto tenían y se echaron a los caminos. Una mañana de septiembre de 1939, ella cruzó los Pirineos orientales por la estación de El Pertús con unos vecinos a los que llamaban los Cermeños, que la acogieron por lástima.

—¿Ves aquella loma de allá al fondo, pispajo? – le dijo Sole la Cermeña —. Eso ya es Francia.

Entonces era una cría de 13 años, con el pelo corto, las orejas de soplillo y las facciones todavía toscas de su edad. Llevaba un abrigo corto de colegiala y botines. Seguía la caravana de la diáspora callada, con el ceño fruncido, se le había comido la lengua el gato. Un patito feo. Pispajo.

Entró por primera vez en contacto con la Resistencia cuando los alemanes ocuparon París. En aquel momento *Combat* aún no era un periódico clandestino, sino un movimiento de resistencia formado para reunir información sobre las fuerzas alemanas de ocupación, sabotear sus instalaciones y combatir al enemigo en todos los frentes que fuera posible. Al principio ella sólo hacía tareas de enlace. Le proporcionaron una cédula de identidad falsa a nombre de Nina Bernard, con su fotografía y sus huellas digitales, una partida de nacimiento, una cartilla de racionamiento, y, sobre todo, la oportunidad de ganar la guerra que su país había perdido.

Desde París esa guerra se veía a veces como algo trivial y cansino igual que una película muda. Los cafés seguían abiertos, se estrenaban obras de teatro y las mujeres elegantes seguían llevando sus banderines clandestinos en bolsos pequeños y coquetos. Pero al otro lado de la línea de demarcación, la situación era algo distinta.

Nina leyó una mañana en un pasquín que los alemanes habían ejecutado a noventa y seis hombres de un mismo pueblo en represalia por el descarrilamiento de un tren que no había producido víctimas. Habían estado fusilando franceses durante tres horas seguidas sin interrupción. Aquello le hizo entender que podía resultar tan peligroso estar en la resistencia como no estarlo. «Si me trincan, al menos que sea por algo». Y entró en el grupo de

acción.

La tormenta la pilló en el camino hacia Lille. Iba un poco inclinada hacia delante en la bicicleta para enfilar la cuesta arriba. Estaba en buena forma. Había cumplido dieciocho años, aunque siempre decía que tenía tres más por si acaso. En general mentía sobre casi todas las cosas como medida de precaución. Era parte de su trabajo. La habían aleccionado bien: «Para que te crean, lo más importante es mezclar bien las dosis de información verdadera con la falsa».

En aquellos días el mundo entero estaba pendiente del curso de la guerra.

Al comienzo de 1943, EEUU no había podido ocultar el envío masivo de soldados a Inglaterra para una invasión que parecía inminente. Averiguar el lugar en el que iba a producirse el desembarco se convirtió en la principal preocupación de los alemanes. Para los aliados, evitarlo suponía la única baza de ganar la guerra.

Con ese objetivo el MI6 había desarrollado una estrategia tan arriesgada como imaginativa. En primer lugar, hicieron trasladar a la zona de Dover, en el sureste de Inglaterra, un decorado formado por centenares de tanques y aviones, Pathfinders, Lancasters y B-17 americanos, Hurricanes y Spitfires; más una flota entera de destructores, barcos y vehículos para el traslado de tropas. Todo ello construido con maquetas de madera contrachapada por artesanos de los estudios de cine. A continuación, favorecieron la difusión de los informes transmitidos a Hamburgo por los agentes alemanes del *Abwehr* capturados en suelo inglés. Naturalmente eran informes falsos. Y por último lanzaron desde distintos puntos de Francia mensajes por radio con información veraz y comprobable, cambiando sólo algunos datos para confundir al enemigo. Ahí era donde entraba en juego Nina y el equipo de comunicaciones radiales, coordinado por un español al que apodaban Garbo. Lo llamaron Operación *Quick silver*.

Mientras pedaleaba, le pareció oír detrás el distante petardeo de una motocicleta que se aproximaba. El temor a ser apresada por una patrulla alemana justo en aquel momento le hizo apretar la marcha. Vio cruzar un conejo por delante de la rueda y casi se cae al maniobrar para no atropellarlo. Los pies le resbalaban de los pedales con la lluvia. Sentía los músculos de la pantorrilla acalambrados. Dobló por un sendero y se adentró en el bosque. Mala idea. Una muchacha que no tiene nada que ocultar no se mete en una emboscada.

Cuando los motoristas de la Gestapo le pusieron las esposas, Nina sonrió. No pretendía ser insolente, era un tic nervioso que tenía desde pequeña. Siempre que estaba en apuros sonreía. Durante el interrogatorio en el cuartel general de Lille, se le presentó la ocasión perfecta para completar la misión que había empezado. Debía pensar deprisa y fue lo que hizo.

Los últimos días los alemanes se mostraban inquietos. Veían indicios por todas partes: una explosión en la fábrica de oxígeno en Boulogne-sur-Seine, un tren descarrilado en las Ardennes, un pozo de petróleo incendiado en

Boussens, un oficial del servicio de inteligencia asesinado en Lyon, un envío masivo de armas en paracaídas en la Dordoña hacía menos de una semana. El cuadro era claro. Sin embargo en el estado mayor de Hitler la opinión de los estrategas estaba dividida respecto al punto en el que iba a producirse el desembarco. El mariscal de campo Gerd von Rundstedt se inclinaba por Normandía. Por el contrario el almirante Theodor Krancke, comandante de la Marina en el Oeste, estaba convencido de que tendría lugar en Calais. La labor de inteligencia se convirtió en determinante para dilucidar la cuestión.

Nina estaba al tanto de los sabotajes que se iban produciendo en el territorio ocupado. Entendió que lo único que tenía que hacer era confirmar las sospechas del enemigo. Representó lo mejor que pudo el papel de joven asustada dispuesta a todo por salvar el pellejo. Contestó a todas las preguntas que le hicieron ateniéndose a la verdad. Al menos en un 95%. El otro 5% era el mínimo margen de error que va de ganar una guerra a perderla. Se refería, por supuesto, al lugar elegido por los aliados como punta de lanza.

Al cabo de dos horas, sus captores corroboraron que sus respuestas coincidían con las informaciones que tenían los servicios secretos alemanes y con las fotografías aéreas de sus aviones de reconocimiento. Todo apuntaba a la existencia de un importante contingente de tropas y armamento en el sureste de Inglaterra en la región conocida como East Anglia. El paso de Calais, a sólo 30 kilómetros, era en efecto el lugar más próximo al continente. Parecía lógico que los aliados eligieran el camino más corto en pro de la velocidad; la costa más cercana permitiría que los aviones se reabastecieran y retornaran en menos tiempo. Por otra parte el sudeste era mejor plataforma de lanzamiento, con más estuarios y puertos. Sin duda el lugar elegido debía de ser Calais. Además era imposible que los informes del servicio de inteligencia fueran erróneos. Todas las piezas encajaban. Lo cual debería resultar un poco sospechoso. Sin embargo creyeron que Nina decía la verdad. Una chica demasiado joven para pensar por su cuenta. En lugar de enviarla al campo de trabajos forzados en Ravensbrück, la dejaron ir con intención de seguirla y poder capturar al resto del grupo.

Salió del cuartel con un labio partido y la muñeca rota, tarareando una canción en bajito, como hacía de cría cuando tenía que pasar de noche por delante del cementerio. *Si me quieres escribir / ya sabes mi paradero…* Las aletas de la nariz dilatadas. Había un brillo en sus ojos, un vago destello de algo, que podía tener algún significado o no tenerlo.

Dos meses después, en la madrugada del 5 al 6 de junio, a la una y diez exactamente, 15.500 paracaidistas americanos empezaron a caer del cielo sobre la playa de Utah. A las 6.25 a.m 156.115 soldados aliados desembarcaban en las playas de Normandía. Enfrente sólo tenían al viejo Rommel con unos cuantos cañones.

Los nazis estaban tan seguros de los informes de sus servicios de inteligencia que incluso una semana después, cuando la cabeza de puente de los aliados en Normandía ya estaba consolidada, las principales divisiones

acorazadas Panzer del ejército de Hitler todavía estaban esperándolos en el paso de Calais. Se tragaron el anzuelo hasta el final.

Nina se acordaba de eso la mañana del 25 de agosto cuando vio asomar por los campos Elíseos la 2ª División Blindada del general Leclerc. No había podido dormir en toda la noche pensando que, en alguna medida, ella personalmente había tenido algo que ver con aquello. Al igual que miles de franceses, asistía al momento histórico de la liberación de París con sus mejores galas: una blusa ligera sin mangas, la falda campera con bolsillos y unos zapatos de tacón bajo con hebilla. Se dejó contagiar por el ambiente de euforia. Aunque la suya era una alegría quizá más contenida, más cauta, sin lanzarse a atrapar al vuelo los paquetes de cigarrillos americanos lanzados al aire como confeti. Hasta que los vehículos estuvieron suficientemente cerca, no reparó en los nombres que llevaban pintados en grandes letras blancas. Fue al leerlos en voz alta, uno por uno, cuando se le rompió algo por dentro. *Ebro, Brunete, Belchite, Teruel, Guernica, Don Quijote, Guadalajara*.

Sintió una exaltación física, carnal, una intensa energía interior que le hacía respirar más deprisa. Eran los suyos. Los hombres que, después de haber luchado por su país durante tres años interminables, después de cruzar los Pirineos derrotados y hundidos en la peor desolación, en el más absoluto de los anonimatos, eligieron seguir peleando. Y cuando los alemanes invadieron Francia, no dudaron en alistarse voluntarios en la Legión Extranjera y siguieron combatiendo. Lo mismo aquí que allá. Los republicanos españoles de la 9ª Compañía. La nueve.

Se abrió paso a codazos entre la multitud y se acercó a un tanque semioruga con siete soldados a bordo. Quería verlos de cerca. Uno de los hombres, el que estaba de pie al lado del conductor, le soltó un requiebro un poco atrevido en un francés chapurreado. No era guapa según el canon de la época, pero tenía algo que le gustaba a los hombres, los ojos grandes, castaños, y una sonrisa franca de muchacha avispada que le marcaba dos hoyuelos a ambos lados de las mejillas.

—Soy española, compañero—, le respondió divertida.

El soldado entonces le tendió un brazo para auparla en volandas al tanque. Era moreno, bajito, llevaba la camisa remangada y una colilla colgada de la comisura de los labios. Aragonés hasta en la forma de fumar.

Nina se lo pensó un instante. Estuvo a punto de dejarse llevar por el sentimentalismo, pero estaba un poco cansada, un poco melancólica. Además la guerra todavía no había terminado. Quería decir algo, pero no le salían las palabras. Se limitó a sonreír de un modo extraño, muy feliz y muy dulce, también un poco triste, como si por alguna razón le debiera ese momento a España, su país de nunca jamás. Y entonces hizo un timidísimo gesto de adiós con la mano.

Cuando llegó al cuartito del hotel Minerve que era la dirección que tenía asignada en París, se tumbó descalza en la cama. Encendió un cigarrillo Gauloises blue y puso una emisora de radio al azar. Sonaba la orquesta

sinfónica de Londres.

«¿Qué te parece, pispajo? —recordó—. Todos esos músicos a miles de kilómetros tocando para nosotros». Durante aquellos breves segundos, mientras escuchaba la Marsellesa desde el Royal Albert Hall en una humilde pensión del barrio latino, sintió revolotear por encima de su cabeza un polvillo de hadas.

—La electricidad —dijo en voz muy baja, como si no viniera a cuento.

Pequeñas batallas

Luz Gabás

Cerler, Alto Aragón, finales de marzo de 1809.

Zilia no sabe qué hacer para calmar a su amado, que, sudoroso, con el rostro encendido y los dientes apretados, lanza pestes contra el mundo y piedras contra los árboles y los muros, sin dejar de ir y venir por el estrecho camino que discurre ante la ermita. Sentada en un saliente de piedra en la pequeña galería que protege la puerta de entrada y que ha salvado a más de un pastor de un inopinado chaparrón, Zilia cuenta los nudos de los maderos que sostienen la techumbre a dos aguas, a la espera de que escampe el temporal. Tarda un buen rato en atreverse a decir:

—Espero que san Pedro no tenga en cuenta todo lo que sale de tu boca.

Josef se detiene en seco, se rasca la cabeza, da una última patada a un guijarro y se le acerca.

—¡Que dice que soy demasiado joven, Zilia! —repite, ahora con más frustración que rabia—. ¡Si le saco una cabeza al sargento ese!

—Es que lo eres.

Josef extrae un librillo visiblemente manoseado del bolsillo trasero de sus calzones y pasa varias páginas, señalando los pasajes que se sabe de memoria.

—Tú, que tanto lees, sabes qué dice aquí. ¿Acaso no perderíamos la religión católica si mandara el demonio de Napoleón? Sí, porque habría en España judíos, moros, herejes de todas clases y ateístas. ¿Y la libertad? También. Porque todos los hombres desde *diez* —enfatiza este número— hasta cincuenta años irían desposados a servir en los ejércitos de Prusia, Alemania, Nápoles y Turquía… ¿Para que se me lleven preso sí que tengo edad, pero para luchar por mi patria no?. —Suelta un bufido y sacude la cabeza—. Deberías estar tan preocupada como yo. —Señala otro fragmento —: Está en juego la felicidad de España, la seguridad de nuestra religión, de nuestra monarquía, de nuestras leyes, de nuestros bienes, de nuestros derechos…

Como sus padres le enseñaron a leer, Zilia conoce el contenido de esos catecismos que mezclan religión y política. A su juicio, si inciden en clasificar como alta traición el hecho de excusarse de acudir a la lucha, es porque hay más personas como ella, que no sienten ninguna inclinación por la guerra. Apasionada de la lectura y la observación de la naturaleza, es de carácter

tranquilo, comprensivo y compasivo, todo lo contrario que el impetuoso y arrojado Josef.

—Otras guerras han sucedido a lo largo de la historia y aquí no se ha acabado el mundo. Esto está lejos de todo. Aquí todo tarda en llegar, lo bueno y lo malo. —Zilia se refiere sobre todo al pueblo natal de ambos, Cerler, el más alto de los cuatro lugares (Cerler, Benasque, Anciles y Eriste) que gobierna el mismo ayuntamiento de Benasque, en el norte del antiguo condado de la Ribagorza.

Josef la mira fijamente, pensativo, como si tratara de reconocer no ya a su novia, sino a la amiga de su infancia. Su prudencia, beneficiosa para ambos ante la tentación de una travesura infantil, comienza a irritarle.

—Hasta ahora, hemos ido de la mano con los franceses. Ahora es distinto. —Señala hacia las montañas circundantes, una inmensa sierra de piedra con dientes desiguales que traza la frontera con Francia—. Nuestros vecinos quieren quedarse con lo que es nuestro. Nos mintieron cuando las tropas imperiales de Napoleón entraron en España con la excusa de invadir Portugal y aprovecharon para ocupar las ciudades, quitar a nuestro rey e imponernos al suyo. ¿No te llena de orgullo pensar en cómo los madrileños se levantaron el año pasado en Madrid contra los franceses? ¡Toda España está en armas contra ellos! ¿Acaso no sabes lo que hacen allá por donde pasan? Violan a las mujeres, asesinan, roban comida y animales de tiro a los pobres campesinos… ¿Cómo no te hierve la sangre sabiendo lo que hicieron en Zaragoza?

Se calla súbitamente, con la pretensión de que Zilia reflexione sobre lo sucedido allí. Por todo el valle ha circulado el contenido de las cartas de los jóvenes cadetes y oficiales que participaron en el infierno de enfermedad, hambre y muerte del sitio de Zaragoza del verano anterior y en el de comienzos de ese mismo año y que terminó con la capitulación de la ciudad en febrero, hace poco más de un mes. Al oeste, también Jaca acaba de caer en manos de los franceses. Ya solo es cuestión de tiempo que estos lleguen al valle y tomen el castillo, que está solo a cuatro leguas de la raya con Francia. Cuesta comprender el ritmo de la guerra: Benasque todavía no pertenece a los franceses, y en otros lugares, según dicen, ya ha comenzado la reconquista. Tal vez Josef no se preocuparía tanto si allí no hubiera un castillo y el valle no fuera un lugar de paso de personas, mercancías y ejércitos que comunica Aragón con Francia y Cataluña.

Zilia compara mentalmente las relaciones entre los países con las de los vecinos: son tan frágiles que incluso los mejor avenidos dejan de hablarse de un día para otro y comienzan a odiarse. Por un palmo de tierra, por un derecho de paso, por unas vacas comiendo en otros pastos, por unas manzanas robadas, por un súbito ataque de envidia. Por eso le inquietan las palabras de Josef. Cómo no van a hacerlo. Francia está a apenas unas horas de camino a pie. Gran parte de los objetos que se venden en el mercado provienen de allí. Existe un contacto estrecho con familias de comerciantes del otro lado de esas

montañas que parece que casi se pueden acariciar con la mano. En los meses más crudos del invierno, cuando las nieves impiden faenar en el campo, hombres de Benasque y Cerler trabajan en la tierra baja de Francia para ganar dinero. Gracias a esos viajes, su padre habla algo de francés y conoce a familias francesas con nombre y apellidos. Zilia se atrevería a asegurar que allí también hay jóvenes como ella que maldicen este conflicto nacido de la mente de un loco ambicioso que ha trastocado la paz de sus vidas y que ha lanzado a jóvenes de países hermanos a los brazos de la muerte. No quiere darle alas a Josef. No quiere que participe en ninguna guerra. Sueña con casarse y formar una familia con él. Se conocen desde niños. Josef es fuerte y apasionado. Sabrá llevar bien una casa. Y hablan de todo con confianza.

Le arrebata a Josef el catecismo civil y busca la pregunta que tantas veces se ha hecho ella, por cuanto su respuesta choca con lo que le han enseñado sobre el pecado. El quinto mandamiento de la santa madre iglesia dice: «No matarás». Ella no mataría ni moriría por las decisiones de otros. Mira fijamente a Josef. Lee:

—«¿Será pecado matar franceses? ¿Jóvenes como tú y como yo?»

Josef responde sin dudar; ha memorizado cada palabra.

—«No, señor; antes bien se merece mucho si con eso se libra a la patria de sus insultos, robos y engaños». —Le sostiene la mirada antes de añadir—: En Zaragoza también lucharon mujeres. Debemos estar todos preparados.

Zilia no dice nada, pero sus labios apretados y su leve encogimiento de hombros revelan que no le interesa el tema. Josef concluye, con un tono de voz duro, decepcionado:

—Solo tengo catorce años, pero disparo mejor que mi padre. Formaré parte de la historia que cambiará el mundo.

Zilia se pone en pie y se le acerca.

—Lo que me preocupa de verdad es que te pase algo.

Él la envuelve con sus brazos, pero ella percibe que su mente está en otro sitio. Un súbito viento azota las hojas de los fresnos, nacidas durante el derretimiento de las nieves.

Josef se inclina y deposita un suave beso en los labios de ella.

—Es tarde. Regresemos.

Zilia camina por el sendero tras la figura alta y desgarbada de Josef hasta poco antes de las primeras casas del pueblo. Allí se separan para que nadie sospeche que han estado juntos y solos.

Josef ha tomado una decisión. En casa, durante la cena, tiene que controlar su excitación. Sus padres, que no quieren que participe en la guerra, parecen aliviados porque no lo hayan aceptado como voluntario en el castillo, pero no comentan nada para no herir más su orgullo. Por la noche, cuando todos duermen, Josef prepara un hatillo con una muda de ropa y algo de comida y se acuesta, aunque no puede pegar ojo. Dos horas antes del amanecer, aprovechando el profundo sueño del resto de la familia y el azote del viento que hace crujir todos los objetos de madera con los que se encuentra a su

paso, abandona la casa, baja por uno de los tres callejones que parten de la única calle que atraviesa Cerler y toma el camino que desciende hasta la cercana Benasque.

Conoce bien el terreno y nunca le han dado miedo los inquietantes murmullos, sombras y súbitos movimientos de la noche por los prados, cuando a otros los pasos o resoplidos de un animal en la oscuridad les encoge el corazón y les desboca la imaginación. Rodeada por colinas, a un tiro de fusil de las últimas casas al norte del pueblo, surge la tenebrosa silueta de una edificación amurallada de unas ciento veinte varas de largo por cincuenta de ancho, con un pequeño puente levadizo sobre un foso poco profundo. A la luz de la luna distingue la silueta de la torre, que se yergue en la plaza de armas, y las oscuras moles del torreón redondo, el baluarte de poniente y la muralla, con sus troneras y aspilleras. Tiene la precaución de abandonar el camino; da un rodeo por unos campos todavía sin labrar y entra en Benasque, la población más grande e importante del valle. Allí viven unas mil seiscientas almas repartidas en casi doscientas casas y siete calles. Hay dos iglesias parroquiales —las de san Martín y santa María—, ayuntamiento, cárcel, peso y lavadero de lanas.

Camina a paso ligero por las estrechas callejuelas cercanas a la iglesia de santa María y se dirige a una pequeña casa de piedra mal encalada y con una puerta de entrada cuyo dintel es demasiado bajo para un hombre de estatura media. Espera hasta percibir una tenue luz de candil y una sombra en movimiento a través de la ventana del primer piso para atreverse a golpear una vez con la aldaba. Al poco, la puerta se entreabre y reconoce a Berot, un hombre de veintipocos años con la piel muy curtida para su edad.

—Me sumo a vosotros —dice Josef, con firmeza y el corazón palpitante.

Berot se percata de su hatillo y esboza una sonrisa. No es el primer adolescente impulsivo que huye de casa y llama a su puerta.

—Esto no funciona así, pero entra.

Después de someterse al largo interrogatorio de Berot, Josef sabe que, aunque se ha despedido mentalmente y con cierta tristeza de su familia y de su casa, debe volver a ella y seguir con sus actividades cotidianas hasta que reciba el aviso de acudir al lugar de encuentro de la banda de guerrilleros que opera al margen de los militares.

Frustrado y expectante, Josef cuenta los días y las semanas hasta que una mañana de agosto, mientras da vuelta con una horca a la mies segada para que se seque, aparece el mismo Berot a caballo. Josef se separa de su familia para acercársele y conversan unos segundos.

—¿Qué quiere ese de ti? —le pregunta su padre, que lo ha reconocido.

—Hay movimiento al otro lado de la frontera. Conviene que todos, solteros y casados, estemos preparados. —No añade que a él lo ha citado al amanecer.

Su padre sacude la cabeza y se apresura a retomar la faena. Su intuición anuncia tormentas.

—Más le valdría trabajar y dejar la guerra para los soldados.

—Está usted equivocado si piensa que con la guarnición de Benasque basta para defendernos de los franceses.

—Te prohíbo que vayas.

Josef no responde, pero de nuevo prepara sus cosas y abandona su casa en mitad de la noche.

Cuando al amanecer llega a los bosques del fondo del valle, justo al pie de las montañas tras las que está Francia, reconoce de vista a varios jóvenes de pueblos cercanos, con los que ha coincidido en el mercado o en alguna fiesta popular, armados con sables, fusiles, espadas, pistolas o mosquetes. Solo Berot y sus más allegados van a caballo. A él le entregan un fusil y un cuerno con pólvora. Comienzan a ascender hasta la cima, que alcanzan ya cuando la visibilidad es completa. A partir de allí, el territorio es francés.

—¡Ahí están! —grita Berot.

Serpenteando por una empinada pendiente, una hilera de soldados avanza lentamente, sin percatarse de la presencia de los españoles en las alturas. Cuando los tienen a tiro, Berot da la orden de disparar. A Josef le tiembla el pulso unos instantes antes de apretar el gatillo. Falla el primer disparo, pero recarga el fusil, respira hondo y vuelve a disparar. Ve que cae al suelo un hombre que otros recogen y arrastran. No sabe si lo ha matado, pero no siente ni pena ni remordimiento. Los franceses se retiran.

—¿Habéis visto algún soldado español? —grita Berot exultante—. ¡Yo no! ¿Cómo es que nosotros estamos aquí y ellos no? ¡Porque nosotros protegemos lo que es nuestro y ellos son unos mandados sin cojones, que solo se mueven cuando no queda más remedio, y por obligación! ¡Se han retirado ahora, pero volverán y serán más y más hasta que nos conquisten!

Tras este episodio, Josef ya no regresa a casa. Berot tiene razón. Hay que seguir vigilando la frontera y por el sur. Los franceses no van a cejar en su empeño de tomar el castillo y la población de Benasque para controlar el Pirineo central. Durante las semanas siguientes, Josef pasa hambre y siente frío al dormir sobre el suelo húmedo de los bosques. Los días se suceden en una monotonía de especulaciones a la espera del momento de actuar. Esa es la vida del guerrillero. Siempre en alerta. Come lo que puede cazar a cuchillo para no revelar su ubicación o lo que requisa por los pueblos. Ya ha comprendido que eso no es robar, sino apoyo a la causa. De algo tienen que vivir los que luchan por la libertad de los demás. Se desplaza a pie de norte a sur por la comarca hasta que consigue un caballo. Cabalga junto a un joven llamado Juan, de la población de Anciles, a un tercio de legua de Benasque. Pronto se hacen amigos. Juan tiene más voluntad que habilidad, pero es buen conversador. Gracias a su compañía el tiempo pasa más deprisa y Josef lleva mejor la ausencia de Zilia. La echa mucho de menos, más de lo que pensaba, pero se convence de que también lucha por ella y por su futuro juntos. La ama y será su esposa y la madre de sus hijos. Es lo único que importa. Aunque ella no quiera que luche; aunque sean diferentes.

Su grupo se junta con voluntarios de los valles vecinos catalanes en la parte media de la comarca y durante días tienen en jaque al ejército imperial, aunque finalmente son obligados a dispersarse y huir a los montes. A pesar de la derrota, Josef se siente optimista. Ninguno de los suyos ha muerto y, si han tenido tan cerca la victoria, no es descabellado pensar que la próxima vez pueden vencer.

Por otros guerrilleros está al tanto de lo que ha sucedido en otros lugares. En valles vecinos del oeste, las fuerzas francesas cometen tropelías e incendian casas de paisanos. Berot les repite las mismas palabras de los otros líderes de guerrilleros del Pirineo: «Por cada casa incendiada en España, reduciremos a cenizas un lugar de la Francia, y por la contribución de una libra francesa, exigiremos la de sesenta». El empeño de los montañeses en hostigar a los franceses, sin embargo, no impide que estos vayan ganando territorio en otoño por el sur y el oeste hacia el norte. Una vez han tomado la capital de la comarca, ya nadie habla de alguien lejano y legendario como Napoleón sino de hombres concretos —Octavien Lapayrolerie o Maurice Roquemaurel— que ofrecen mil duros por cada cabecilla de los guerrilleros o exigen por escrito al alcalde de Benasque que se rinda. Pero Benasque no claudica y los franceses irrumpen en el valle la mañana fría y soleada del 23 de noviembre desde el vecino valle de Gistaín.

La partida de Berot les hace frente en el llamado puerto de Sahún, pero esta vez tampoco pueden frenarlos. En el intercambio de disparos, Juan resulta herido. Josef lo carga en su caballo, lo lleva a su casa de Anciles y pasa la noche en el bosque cercano. Otros compañeros traen noticias de que al gobernador del castillo no le ha quedado otra opción que rendir la fortaleza, dar libertad a la tropa y jurar fidelidad al nuevo rey francés, hermano de Napoleón.

Las cosas no pueden ir peor, piensa Josef, frustrado. Benasque ha caído en manos de los franceses y Juan, su amigo de correrías, fallece el primer día de diciembre a consecuencia de las heridas. Berot les ordena que se dispersen, que se escondan donde puedan hasta que se tomen nuevas decisiones.

Josef regresa a casa y sus padres permiten que viva oculto en el pajar. No se lo dicen a nadie, porque en esos tiempos de represalias, nadie se fía de nadie.

Los padres de Zilia discuten por todo, pero en algo están de acuerdo: no quieren que su hija tenga nada que ver con Josef.

Los franceses, al mando ya del valle y de la villa y castillo de Benasque, castigan severamente a los que han ayudado o son sospechosos de ayudar a las tropas españolas; pero también llegan noticias de que, en otras partes de la comarca, los afrancesados o los que han jurado fidelidad al nuevo rey francés, aunque sea a la fuerza, son ejecutados por los guerrilleros y sus bienes confiscados. Lo mejor es no opinar, no moverse mucho fuera de las propiedades de cada casa, continuar con las labores cotidianas del campo y del cuidado de los animales domésticos como si no pasara nada.

Zilia sabe que resulta difícil mantenerse al margen. Algunos en el valle quieren llevarse bien con los franceses, que son los que mandan. Otros los odian, pero se guardan bien de manifestarlo. Ella simplemente ama a Josef, que pertenece ahora al bando de los perseguidos, y quiere verlo con la asiduidad de antes, pero tiene que conformarse con ratos muy breves, siempre a escondidas en el pajar donde Josef se oculta entre viajes, cuando él logra avisarla, agotando ella las excusas, de camino al lavadero o a casa de alguna vecina a pedir un favor, con el invierno ya encima, cuando muy pocas personas transitan por las estrechas calles de Cerler cubiertas de nieve.

En las veladas compartidas con los familiares cercanos, Zilia se entera de que, aunque allí parezca que los días pasan con relativa tranquilidad, el grupo de Berot al que pertenece Josef ha vuelto a las andadas. Los guerrilleros realizan ataques periódicos durante todo el año de 1810, especialmente contra las unidades de intendencia encargadas de aprovisionar el castillo, por lo que los franceses tienen que enviar tropas de refuerzo desde la localidad francesa de Luchon para garantizar los suministros.

En los dos años siguientes, Zilia se acostumbra a esperar el mensaje de Josef para poder verse; se acostumbra a los ardientes reencuentros y a las tristes despedidas. No hace caso a sus padres, que la advierten de que está dejando pasar buenas opciones de matrimonios por su obstinación. No hace caso a sus amigas, que le auguran un negro futuro con un hombre que nunca está y, lo que es peor, que se ha acostumbrado a no pertenecer a un mismo lugar. Más temprano que tarde, la guerra terminará, se repite. Y cuando eso suceda, ya se encargará ella de que Josef olvide los duros días de monte y frío y vuelva al calor del hogar y de un lecho de lana. Calcula que será pronto porque, entre los veranos de 1812 y 1813, los aliados ingleses y españoles, con un tal Wellington al frente, van derrotando a los franceses y forzándolos a retirarse y perder territorio. Lo que sucede en puntos como Zaragoza y Vitoria se repite en lugares tan pequeños y apartados como Benasque. Los franceses ya no campan a sus anchas por el valle porque son ahora las compañías españolas las que empujan desde el sur. Los guerrilleros ya no son unos bandoleros que actúan por su cuenta, sino que se han estructurado de modo militar. Forman parte de los héroes que luchan por echar al invasor. Josef es uno de esos héroes. *Su* Josef es un héroe.

A principios del año 1814, cada semana corren nuevos rumores. Las tropas aliadas han vencido en el lado francés de los Pirineos. Napoleón ha pedido la paz. El rey Fernando VII ha sido restaurado a su trono y ha podido regresar a España. La situación del ejército francés en Aragón es desesperada. Las plazas de Jaca y Monzón han sido tomadas. ¿La guerra ha terminado? Eso parece; pero entonces, ¿por qué siguen luchando en Benasque?

Se lo pregunta a Josef una mañana de marzo de 1814. Se encuentran en la ermita, esta vez por casualidad. Zilia ha llevado a apacentar a unas cuantas ovejas, con sus corderillos recién nacidos, a un prado cercano y Josef ha aparecido a lomos de su caballo. Se han abrazado y besado. Han bromeado y

se han reído. Se sienten como aquellos adolescentes de catorce años, aunque ahora tienen diecinueve. Cinco años de encuentros intermitentes en un contexto de conflictos y batallas los han curtido y endurecido. Sueñan con que todo acabe ya de una vez y puedan casarse.

—No sé yo si podré casarme con la hija de un traidor —bromea Josef, sin soltarla—. Tu padre ha trabajado de guía para los franceses.

—Un par de veces y por obligación, porque habla francés —replica ella, sin enfadarse. Sabe que él ha comprendido que no tuvo opción—. También te odiaron a ti cuando exigías comida y dinero. Nunca llueve a gusto de todos. Quiero que esto acabe. Si es cierto que Napoleón quiere la paz, ¿por qué tienes que seguir luchando?

—Porque no me detendré hasta que el último francés abandone nuestro castillo.

—¿Y cuándo será eso?

—Ya queda poco. Han volado el puente de Eriste y la iglesia de San Martín a la desesperada. La guarnición mantiene a duras penas el control de la villa. Están desmoralizados, pero el comandante es tan obstinado como lo fue Palafox.

—Que acaben otros la guerra. Quédate en casa.

—Ya me conoces. No me gusta dejar una faena sin terminar.

Se inclina sobre ella y la besa apasionadamente, como si quisiera recuperar los besos perdidos en los últimos años, como si quisiera sellar la promesa de que nunca más se separarán.

Hay noticias que tardan semanas o meses en saberse —y en su mayor parte se reciben con prudencia y recelo hasta que el transcurso del tiempo, la coincidencia de varios informantes y la realidad las torna creíbles—; pero la noticia sobre Josef llega a Cerler al atardecer del mismo día de su muerte. Cuando descargan a medianoche su cuerpo sangriento del mulo para entrarlo en la casa, entre los lamentos de sus familiares, ya no le es posible a Zilia aferrarse a la incertidumbre que, en otras ocasiones, ha mantenido viva su esperanza en esos años de guerra. Al borde del desmayo, llora en silencio agarrada del brazo de su madre, que no ha dudado en acompañarla porque hace tiempo que sabe y acepta que Zilia nunca querrá como marido a otro que no sea Josef.

—Un disparo de fusil desde el castillo —explica el dueño del mulo, un vecino de Benasque—. Al amanecer, los soldados del 8º Regimiento de Navarra han tomado la villa. Han muerto un teniente y varios soldados de los nuestros. La guardia francesa ha tenido que replegarse hasta el fuerte. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la casa donde habían entrado el cuerpo de Josef—. Mala suerte ha tenido el pobre chaval. Dicen que, con la euforia del momento, se expuso demasiado.

«¿Quién le mandaba a estas alturas hacerse el héroe?», se repite Zilia. «Por tan poco tiempo, por tan poco…».

—Entonces, ¿ya no se ve ningún *setuyén* por las calles? —le pregunta

otro hombre al del mulo. El nombre de los grandes capotes de los franceses ha quedado como mote para referirse a ellos.

—Ninguno. Ahora están todos encerrados en el castillo como ratas.

Zilia no puede hablar. Ni en ese momento ni en los días siguientes. Lo cercano le resulta ajeno, borroso. Pasa el tiempo encerrada en su habitación, mirando sin ver por la ventana. El desconsuelo se ha convertido en odio. Su madre le cuenta que los franceses, acantonados en el fuerte, resisten y se defienden bombardeando las posiciones españolas. Los españoles trabajan codo con codo con voluntarios. Ya no hay soldados y guerrilleros, sino una masa de hombres unidos por un fin común. Hacen trincheras en posiciones más altas, en pequeños prados por encima del castillo, lo que les permite dominar las entradas y las salidas de este.

Su madre le dice que pronto terminará la guerra y que el tiempo curará las heridas; pero Zilia sabe que la suya la desangrará. No puede borrar de su mente la imagen del cuerpo de Josef sin vida, como un saco, sobre la mula. Necesita venganza, aunque nada pueda hacer.

Dos semanas después de la muerte de Josef llegan a Benasque dos morteros, dos cañones y un obús. Los ubican en un prado sobre el castillo. Algunos de Cerler bajan para observar las maniobras, como si fuera la escena final de una representación. Zilia también va. Quiere ver cómo matan a quienes han terminado con sus ilusiones. Cuenta ciento cincuenta disparos de balas, obuses y granadas. Queda derruida parte del muro, la techumbre del cuartel de artillería y la puerta de entrada. Se oyen lamentos, luego hay heridos. Zilia quiere que mueran todos, que no quede ninguno vivo.

En los días posteriores se suceden los bombardeos. Resultan dañados la cocina, la acequia que abastece de agua la cisterna, la torre del homenaje, algunos cuarteles y el alojamiento del gobernador. Resultan heridos un capitán de la Guardia Nacional y tres soldados, y dicen que uno ha muerto. Una bomba alcanza un ángulo de la torre. Otro cañonazo destruye parte de la bóveda que corta el canal que abastece de agua a la cisterna. Los distintos cuarteles son un montón de escombros inhabitables.

Corre el rumor de que los franceses carecen de cirujanos y de medios para atender a los heridos; corre el rumor de que los oficiales franceses quieren que el comandante Placide Fouque negocie con los españoles la capitulación. Un oficial francés parlamenta con el coronel español, pero Fouque no acepta las duras condiciones que aquel impone. Nuevas bombas destrozan los muros y la enfermería, pero el fuerte no se rinde. Corre el rumor de que la tropa trama abandonar sus posiciones y desertar.

Anochece y Zilia no se mueve del pedregal desde donde contempla la batalla final. Sus padres, incapaces de librarla de la pena que la corroe, le han puesto como condición que acuda a dormir a casa cada noche. No siente ni el frío de las nieves de las cumbres que reparte el viento por prados y pueblos. No siente nada desde la muerte de Josef. Oye los gruñidos de un animal y

permanece quieta. No le importaría ser devorada por un lobo y dejar de sufrir.

A pocos pasos distingue la figura de un hombre encorvado que se tambalea y cae de bruces. Un impulso la lleva hasta él. Reconoce la guerrera azul, andrajosa, y los pantalones blancos, rotos y sucios de sangre y tierra, de un soldado francés. Lo observa sin tocarlo.

Cuando él alza el rostro con dificultad, Zilia ve a un joven de su edad que le suplica ayuda en francés y en español. Podría ser el mismo que disparara a Josef dos semanas atrás, piensa con odio. Mira a su alrededor y elige una piedra del tamaño de una col. La toma con ambas manos y la levanta sobre la cabeza del soldado mientras murmura las palabras que le repetía Josef: «Hay que proteger lo nuestro: la familia, la casa, nuestro pueblo, nuestra forma de vida, nuestras tradiciones… Seremos inspiración para otros pueblos. Aquí no tenemos un gran ejército, ni lo necesitamos. Ya estamos nosotros para proteger lo nuestro». ¿Qué ha hecho ella en todos estos años mientras Josef luchaba por su tierra? Nada. Ahora puede colaborar librando al mundo de un asqueroso francés.

El joven emite un suspiro desgarrado de derrota y apoya la cabeza sobre la tierra, esperando su final. Con un rugido, Zilia deja caer la piedra a su lado. Un rayo de luz se ha abierto camino en las tinieblas de su entendimiento. «No matarás». El joven tiene su misma edad. Unos padres, una familia. Tal vez una novia esperándole en algún pueblo de Francia tan pequeño como el suyo. Va a por su bota de agua, que ha quedado en el pedregal. En silencio, ayuda al muchacho a girarse e incorporarse. Le da de beber. Le quita la guerrera y la camisa. Le limpia la herida del costado y se la venda con la tela de su sayalejo. Le da de comer un poco de pan con queso y vigila su sueño durante la noche.

Poco antes del amanecer lo acompaña hasta una zona que solo conocen los lugareños y le indica el camino a Francia. Tendrá que andar unas tres horas y atravesar luego esas montañas en las que todavía persiste la nieve de abril. No sabe si resistirá, pero debe intentarlo. Los españoles están centrados en el castillo; tal vez se encuentre con otros franceses que huyen como él.

Pocas horas después, el comandante francés acepta la capitulación. Se ha dado cuenta de que no tiene sentido este lento goteo diario de muertos, heridos y deserciones. La guarnición francesa sale del fuerte con honores de guerra la mañana siguiente, 24 de abril, y parte para Francia con sus armas y bagajes. Zilia se pregunta si en el camino recogerán al soldado herido o si lo detendrán por desertor.

Cuando llega la calma, Zilia, como todos, se entera de que Napoleón ya había abdicado cuando se produjo la última batalla de la toma del fuerte de Benasque; una batalla que no tendría que haber sucedido. Josef podría estar vivo.

Poco después, Zilia, como todos, se entera de que el rey Fernando VII ha restaurado el absolutismo. Las aguas vuelven a su cauce. España tiene a su rey español. Los nuevos catecismos políticos insisten en la unidad. Repiten que,

como todos, ella es española por la gracia de Dios y por la Constitución de la monarquía. Con el paso del tiempo, Zilia aprende que también hay defensores y detractores del absolutismo y sospecha que ese pueblo unido que ha luchado por la independencia frente al invasor puede tomar de nuevo las armas para luchar por la libertad frente a la tiranía.

Estas conversaciones ya no le interesan a Zilia porque no las puede comentar con Josef. Se ancla al pasado. Prefiere leer que la guerrilla de la que formó parte Josef se ha convertido en inspiración para otros lugares del mundo, ha animado a quienes resistían a los franceses en otros territorios extranjeros e incluso ha inspirado a escritores ingleses.

Sus padres, preocupados por ella, le repiten que la vida sigue.

Crecen cada año las cosechas de heno, centeno y algo de trigo. Paren las vacas y las ovejas terneros y corderillos. Crecen las ramas que arderán en los hogares y las hojas de fresno que alimentarán a los conejos. Se casan sus amigas y fundan nuevas familias. Se celebran bautizos. Se cavan tumbas. Los franceses y los españoles retoman sus negocios en tierras fronterizas.

Zilia reconoce que todo continúa como siempre, pero su mirada ha cambiado. La gran guerra contra los franceses ha terminado hace tiempo, pero ella no ha sentido la paz.

El aceite de Nicea

Emilio Lara

La ciudad despertaba con el sonido de la piedra tallada, de las ruedas de los carros atestados de mercancías y de los soldados que marcaban el paso. Eran los sonidos del imperio. Los escultores repetían el modelo de la cabeza de Constantino para encajarla en anteriores esculturas de mármol descabezadas. Los mercaderes blasfemaban si sus carros se quedaban atascados en las calles, y los centuriones, con los cascos sombreando sus ojos, daban secas órdenes a los legionarios que relevaban a sus compañeros tras haber montado guardia nocturna en las cien torres que recorrían las murallas de una ciudad donde todo era moderno.

Osio atendía en uno de los patios del palacio imperial a un comerciante aceitero recién llegado de la Bética. Más que una extravagancia, la decisión de comprar aceite de los olivares de Aurgi y Corduba había sido un capricho del obispo, que llevado por la nostalgia, decidió adquirir aceite de su tierra natal para obsequiar al resto de prelados. Con una media sonrisa, Osio repasó con la vista las numerosas ánforas cargadas en cuatro carromatos.

—¿Tuviste buena travesía? —preguntó el obispo.

—Hubo buen tiempo salvo una fuerte tormenta que sorteamos… —iba a decir «gracias a los dioses», pero se contuvo para no irritar al mandamás cristiano y quizás dar al traste con el negocio—, gracias a los cielos. El cargamento, como veis, ha llegado intacto.

El comerciante señaló las vasijas panzudas y rematadas en punta que habían hecho la travesía clavadas en una gruesa capa de arena vertida en la bodega de la nave para evitar que el vaivén las destrozase entrechocando entre sí. Todas llevaban impreso en las asas el sello de la alfarería de Iliturgi donde se habían fabricado. Aquel alfarero, además, tenía cumplida fama de hacer una de la cerámica sigillata más bonita de la provincia de la Bética.

—¿Es aceite de calidad tal como exigí? —inquirió el religioso.

—¡De primera! De las mejores aceitunas de Aurgi y Corduba, tal y como dispusisteis por carta.

A una señal del obispo, el diácono que lo acompañaba partió un pan y le entregó la mitad a su superior. El joven religioso abrió una de las ánforas olearias, la inclinó y vertió un generoso chorro de aceite en el trozo de pan, y la miga se empapó de un líquido verde y fragante. El obispo saboreó el pan, cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Muy rico —el aroma lo llevó en volandas a su niñez, a los cantos de pan pringados en aceite que le preparaba su madre para desayunar, y tuvo un arrebato de emoción por los días en los que aún vivían sus familiares.

El mercader mostró una amplia sonrisa desdentada. Y mientras el diácono se disponía a pagar el precio estipulado, el obispo recordó un importante detalle.

—Por cierto, ¿te has acordado de mandar grabar en las ánforas las palabras de Pablo de Tarso? —preguntó con sumo interés.

El obispo de Corduba, al encargar el aceite de la Bética, había hecho hincapié en que el alfarero, durante el proceso de fabricación de las ánforas, inscribiese en el interior de sus paredes —mientras el barro estaba fresco— una serie de frases de las epístolas del apóstol Pablo de Tarso que el propio Osio había copiado de su puño y letra en la carta que los emisarios imperiales hicieron llegar al comerciante aceitero de Aurgi.

—Por supuesto que me acordé —inclinó la cabeza, respetuoso—. El hijo del alfarero es un muchacho al que le gusta leer y acogió con entusiasmo el encargo.

Osio esbozó una media sonrisa. Aquel aceite era el obsequio que iba a hacerles a todos los obispos que, tras ser convocados, acudían a la ciudad para participar en el concilio que iba a celebrarse de inmediato. El exquisito aceite lo emplearían los prelados como alimento durante los días que durase tan trascendental asamblea, y el sobrante lo usarían para administrar los santos óleos en la extremaunción.

El sabroso *oleum* serviría tanto para la vida como para la muerte.

***

Alrededor de doscientos cincuenta obispos llegados de todo el imperio se establecieron en Nicea durante aquel mes. La mayoría provenía de las sedes de Oriente, no sólo por la mayor cercanía de la provincia de Bitinia donde se enclavaba la ciudad, sino porque los prelados orientales eran los más proclives a la heterodoxia, a aceptar peligrosas doctrinas religiosas sólo por el gusto de la novedad. Les gustaba discutir, polemizar, pelearse por el significado de una palabra o de una frase evangélica. Era algo innato en ellos.

Numerosos obispos habían sido sometidos a tortura en los tiempos no tan lejanos de la persecución a los cristianos, de modo que el tormento había dejado huella en sus maltrechos cuerpos. Los más discretos ocultaban las cicatrices bajo la ropa no por vergüenza de mostrar la carne remendada o quemada, sino por no alardear de haberse mantenido firmes en la fe mientras los verdugos los laceraban entre risotadas y palabrotas. Sin embargo, otros exhibían sin pudor las mataduras en sus piernas y brazos, mostrándolas como si fuesen medallas ganadas tras un cruento combate, y al alzar la túnica para enseñar los tremendos costurones, daban voces diciendo que Cristo los sostuvo frente a los paganos, a quienes maldecían, relatando con detalles el sufrimiento al que fueron sometidos; y conforme más gritaban y recorrían con

sus dedos el cuerpo martirizado, se congregaban a su alrededor grupos de personas que, conmovidas o excitadas por el morbo, lloraban o abrían la boca con desmesura, criticando a los paganos que seguían ofreciendo sacrificios de animales a los falsos dioses.

Y también montaban una escandalera los diáconos que con un cuchillo se habían cortado los testículos como muestra de rechazo del sexo, al considerar que la castración los hacía más santos al evitar tajantemente la tentación de la carne. Algunos de dichos religiosos capados se bajaban los calzones o se subían la túnica para mostrar su mutilación y, con voz meliflua, cantaban las bondades de la vida eterna mientras denostaban la fornicación. Y la muchedumbre se reía y hacía chistes sobre aquellos hombres sin huevos que echaban fuego por los ojos y palabras suavonas por la boca.

Osio, entre tanto, se mantenía ajeno a aquellas estrepitosas exhibiciones. Él se dedicaba a supervisar que todos los obispos y sus ayudantes —dos presbíteros y tres diáconos por barba— recibían digno alojamiento y manutención a costa del erario público. Y además de organizar los aspectos prácticos, meditaba cómo contrarrestar el creciente éxito que Arrio y sus seguidores tenían no sólo en ciertas iglesias africanas, sino también en la corte imperial.

Hasta el propio Constantino veía con simpatía las predicaciones de Arrio.

Cada día, Osio, en calidad de consejero religioso de Constantino, le informaba de los preparativos del concilio. Del obispo hispano había sido la idea de organizar aquella primera asamblea ecuménica. El pontífice romano manifestó su apoyo a la iniciativa —aunque él no se movería de Roma y envió a dos legados—, por lo que Osio era, a ojos de todos, quien estaba revestido de autoridad para poner orden doctrinal en el gallinero eclesial, revuelto por culpa de esa mezcla de gallo y zorro de Arrio, cuyas enseñanzas estaban a punto de provocar un cisma en la Iglesia, de partirla, y precisamente una Iglesia unida y poderosa era lo que exigía el emperador. Por ello, Osio tenía el doble objetivo de satisfacer a Constantino y desacreditar a Arrio. Así, por las mañanas despachaba con el emperador, por las tardes rezaba y por las noches, meditaba.

—¿Sueñas despierto, Osio? ¿Con qué? —le preguntaba el emperador cuando lo veía ensimismado.

—Con volver a Corduba, mi señor.

—¿No te colmo de atenciones? ¿Estás a disgusto conmigo?

—Al contrario, señor. Me distinguís con mucho más de lo que merezco. Acaso sea la nostalgia.

Al obispo de Corduba le gustaba pasear al anochecer por el perfumado jardín del palacio, bajo el cielo azul marino de la primavera, mirando a la luna.

Solía pensar en la noche en la que Jesucristo oró a la luz de la luna en el Monte de los Olivos, sudando sangre. ¿Qué pensamientos tendría el Hijo de Dios en aquellos momentos de aflicción? Estaba persuadido de que el

demonio, apoyado en un olivo centenario, tendría que haber presenciado la escena de la oración, tentando sin palabras a Cristo, intentando persuadirlo de abandonar su misión de redención de la humanidad que, necesariamente, pasaba por la crucifixión.

La luz de plata pulida de la luna también le hacía a Osio echar de menos a sus seres queridos fallecidos, y al pensar con sosiego en ellos, tenía la sensación de que vivían, pero que se encontraban viajando por países lejanos o por imperios extinguidos, y que en algún momento volverían a reencontrarse y a abrazarse. La vida del más allá, la vida en el paraíso debía de ser algo así: un feliz reencuentro, una resurrección en cuerpo y alma y un estado de perenne felicidad junto a Dios. El cuerpo no era una mera carcasa, algo despreciable y fuente de pecado, sino el precioso recipiente del espíritu que, en el futuro, volvería a cobrar vida sin padecer dolores ni el deterioro de la edad.

El día anterior a la inauguración del concilio, mientras paseaba solo y despacio por los senderos de los jardines imperiales iluminados con lucernas, sintió un aguijonazo melancólico bajo la suave noche primaveral. Quería regresar a Hispania, pero antes, tenía importantes obligaciones que cumplir. Y complicadas.

Pero él no era de los hombres que se amilanaban.

***

Constantino, sentado en su trono, presidió el primer día del concilio, que se celebraba en la sala más grande y lujosa de su palacio. El emperador, revestido con manto púrpura, saludó cortésmente a los obispos, los conminó a unificar criterios teológicos que fortaleciesen la Iglesia, y por ende, el imperio, y con su habitual gravedad de gestos, estuvo toda la jornada siguiendo los enconados debates sin exteriorizar sus emociones. O quizá, porque se aburría de los matices y litigios teológicos, pues sólo aspiraba al robustecimiento imperial.

Desde esa misma mañana, dos secretarios palatinos tomarían nota de las vehementes discusiones sin apenas levantar la vista del rollo de pergamino donde escribían veloces. La tinta les dejaba manchas en los dedos, y permanecían concentrados para captar las intervenciones de los religiosos, pues mientras algunos de ellos se expresaban en latín vulgar, otros lo hacían en la variante culta de la lengua del Lacio, e incluso intercalaban helenismos deudores de una sólida formación filosófica.

Los orígenes familiares de los obispos y su forma de gastar el dinero se reflejaban en sus rasgos físicos y comportamiento, pero sobre todo, en su atuendo. Los había vestidos con tan extrema sencillez que podían ser confundidos con peregrinos, mientras que otros usaban atuendos propios de magnates y lucían sortijas de oro y piedras preciosas, como era el caso de los responsables de las sedes de Fenicia, Cilicia y Capadocia.

Osio los observaba y analizaba para saber, llegado el momento, cómo

rebatir sus posturas. Más que el uso de ropas lujosas y manos enjoyadas, lo que a él le desagradaban eran los corrillos formados justo antes de la primera sesión, donde los prelados casados habían aprovechado para manifestar su deseo de que el concilio no se demorase en exceso, pues echaban de menos a sus mujeres, sus lechos en Nicea les resultaban fríos y, por encima de todo, aburridos, comentaban, salaces. Él, años antes, dada su autoridad moral, había conseguido que todos los sacerdotes hispanos asumiesen el celibato tras el concilio de Elvira, y pensaba conseguir lo mismo ahora, ya que estaba persuadido de que era imposible servir en exclusiva a Dios si existían cargas familiares.

La primera jornada no finalizó sin un primer choque entre Osio y Arrio. Se tenían ganas, dadas sus opiniones antagónicas. Al igual que existen los amores y amistades a primera vista también existen las enemistades. Tal fue el caso de ambos religiosos, que se aborrecían desde que se conocieron. El mutuo desdén borboteaba en sus miradas.

Los dos eran unos ancianos de aspecto y personalidad diferentes. Osio, alto y de pelo canoso, era de constitución atlética y mirada franca. Arrio, en cambio, era de tez oscura, pequeño, calvo y jamás miraba a su interlocutor directamente a los ojos; y además, para llevar la contraria, llevaba barba, contraviniendo la moda impuesta por el emperador, que siempre lucía afeitado.

El libio, ávido de protagonismo y deseoso de arrollar dialécticamente al hispano, tomó la palabra y, sin circunloquios, dijo:

—Ha llegado el momento de que admitamos la lógica en nuestras creencias, de pensar con la cabeza. Dios, que es uno solo, preexiste al tiempo y de Él surge todo lo creado. Por consiguiente, Jesucristo, su Hijo, tiene un principio, ya que fue creado por el Padre, lo que significa que el Hijo no tiene la misma naturaleza que el Padre.

Los contrarios a su doctrina se movieron inquietos en sus asientos y se generó un murmullo, pero nadie lo interrumpió. Arrio, tras mesarse la espesa barba, continuó hablando, progresivamente exaltado:

—Jesús no es Dios propiamente, su naturaleza no es divina, al no ser eterno.

Sus palabras indignaban a buena parte del episcopado presente, y unos cuantos obispos alzaban las manos al cielo, airados, mascullando «¡anatema, herejía!». El pequeño pero exaltado grupo que compartía las tesis arrianas cerraba los puños y animaba a su líder espiritual a proseguir. Osio, entre tanto, callaba, cauteloso.

—Dios, el Increado, es distinto de Cristo, que fue creado. El Hijo no es consustancial al Padre —sentenció, filosófico.

A continuación, dejó a un lado las abstracciones teológicas y puso un ejemplo concreto que solía incluir en sus homilías y que resultaba fácil de entender por el común de los creyentes:

—El padre engendra y crea al hijo, es así de sencillo en los seres

humanos. Todos nosotros hemos nacido así. ¿No? Asimismo, los gemelos son iguales entre sí pero con vidas independientes. Son hermanos de la misma naturaleza. Ahora bien, una vez presencié el nacimiento de dos hermanos unidos por el tronco que sobrevivieron unas horas ante el llanto horrorizado de la madre —hizo una pausa dramática—. Dichas criaturas monstruosas, incapacitadas para la vida, eran un engendro de la naturaleza. Pues del mismo modo, es ilógico y antinatural creer que Dios y Jesucristo comparten una misma naturaleza —dijo el libio con creciente enfado.

Una vez expuestos sus argumentos, Arrio se sentó entre las felicitaciones de sus correligionarios, que veían una lógica aplastante en todo cuanto había dicho. La tensión del momento le provocaba al obispo barbudo un ligerísimo temblor de manos que dominaba entrecruzándolas sobre el pecho.

Aunque todas las miradas se dirigieron a Osio, éste se abstuvo de intervenir y dejó el turno de palabra a otros obispos para que desmontasen los argumentos arrianos, y así poder él sondear los apoyos de ambos bandos. De este modo, los ataques y contraataques dialécticos entre una y otra facción terminaron a gritos, sobre todo procedentes de los arrianos, que compensaban su minoría con la violencia verbal, puesto que ninguno de esos obispos tenía la inteligencia de quien los acaudillaba. Chillaban e insultaban para compensar sus carencias teológicas, y las voces bien timbradas se mezclaban con otras agudas, de pito.

El guirigay era tal que Osio se levantó, y fue como si pasase un ángel en vuelo rasante, porque se hizo el silencio. Se cogió los bordes de su manto blanco —como solían hacer los oradores— y dijo una sola palabra:

—*Homoúsios*.

Arrio dio un respingo. Al estar versado en filosofía griega, conocía el significado de aquella palabra. Un silencio expectante se prolongó en la vasta sala durante unos segundos más.

—Consustanciales. De la misma esencia. Padre e Hijo comparten su naturaleza divina —explicó Osio sin alterarse.

Aquella única palabra griega, *homoúsios*, había sido una piedra lanzada con catapulta contra las tesis arrianas. Un impacto directo. Continuó hablando en un tono mesurado que sacaba de sus casillas a su oponente, que prefería desenvolverse en la dialéctica agresiva y gritona.

—Cristo fue engendrado, no creado. El Hijo no tiene principio alguno y existe, al igual que el Padre, desde antes de los tiempos. El Hijo es de la misma naturaleza que el Padre, y por tanto, es de naturaleza divina. Nuestro Señor Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre —expuso, paseando su mirada por todos los presentes—. Hermanos en Cristo, ésta es la esencia doctrinal de la Iglesia, mientras que las tesis de nuestro hermano Arrio constituyen una herejía condenable. Quien niega la divinidad de Cristo niega su obra y su mensaje, recogidos en los evangelios.

Aquella intervención entusiasmó al sector oficialista y desquició al heterodoxo, pues si al primero le quedaba clara la definición dogmática, al

segundo le resultaba un jarabe amargo imposible de tragar. Pero además, los arrianos comprobaron la elocuencia, el aplomo y, sobre todo, la sintonía de Osio con la mayoría de los presentes, lo cual constituía un serio problema. El adversario, pensaban, era formidable.

***

Constantino, al que le superaban las disquisiciones teológicas y exigía resultados prácticos, no asistió a las siguientes jornadas del concilio, que se estiraron todo un mes y concluyeron a las puertas del verano, cuando los esclavos, a la puesta del sol, regresaban de trabajar en el campo vestidos con taparrabos y sin sombrero de paja, lo que reblandecía su sesera por el calor.

Los obispos y su escaso séquito se aprestaban a regresar a sus respectivos lugares de procedencia, a sabiendas de que las cédulas imperiales que portaban les franqueaban el paso por todas las vías y caminos si elegían viajar por tierra, y asimismo, si optaban por embarcar, tenían facilidades para encontrar barcos que los devolviesen a sus diócesis.

La ciudad no dejaba de hervir de actividad. En las proximidades del palacio se montaban las piezas que componían una estatua colosal del emperador. Los escultores cincelaban los crismones, estrigilos y espigas de trigo de los sepulcros que encargaban los altos funcionarios y potentados convertidos al cristianismo para cuando les llegara la hora de la muerte. Y los comerciantes, tocados con el gorro frigio característico de Asia Menor, se mostraban quejumbrosos por los nuevos tiempos a pesar de que el volumen de sus negocios no paraba de aumentar.

Por su parte, Osio estaba razonablemente satisfecho de las conclusiones del concilio. Había conducido las sesiones según su criterio. Su visión ensoñadora de la luna sirvió como regla de cálculo, de modo que se fijó la celebración de la Pascua el primer domingo después del primer plenilunio de primavera. Además, consiguió la condena del arrianismo y su consideración como herejía. Eso era un triunfo, pero más aún lo era que los obispos hubiesen votado por amplia mayoría una poética profesión de fe cuya autoría intelectual era casi por entero suya: «Creo en un solo Señor Jesucristo, hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre por quien todo fue hecho…».

Constantino, satisfecho por la solidez que su consejero había proporcionado a la Iglesia, preguntó a Osio:

—Te felicito. Has cumplido con creces. ¿Cómo puedo recompensarte? ¿Qué dignidad deseas recibir?

—Sólo deseo volver a Hispania, ver la salida y la puesta del sol en la campiña de Corduba. Hace demasiado tiempo que no lo hago.

El emperador hizo un gesto con la mano, concediéndole la petición.

Entre tanto, al salir por una de las diez puertas de la muralla de Nicea, el carro donde viajaban el obispo de Antioquía y sus ayudantes sufrió la rotura

de una rueda, lo que provocó que se cayeran al suelo un arcón con ropa y un ánfora obsequio de Osio con el rico aceite sobrante. El cacharro de cerámica se quebró y uno de los presbíteros, raudo, consiguió verter el aceite que no llegó a derramarse en otro recipiente. Entonces, el religioso observó extrañado algo. En el interior de uno de los grandes trozos del ánfora rota había una inscripción. Un breve texto erótico de Ovidio: «A mí me gusta oír sus palabras diciéndome su goce; y que me ruegue que me detenga, y que me contenga, y ver los ojos vencidos de mi amante fuera de sí».

El presbítero era un hombre comprensivo con las debilidades humanas, de modo que, en lugar de escandalizarse, sonrió y calló.

El picarón alfarero hispano que recibió el encargo de grabar en el barro —antes de cocerlo— frases de las epístolas de Pablo de Tarso, en lugar de ello, había escogido párrafos del *Ars Amatoria* del poeta Ovidio.

El aceite no había estado en contacto con palabras que exaltaban el amor divino, sino con palabras que ensalzaban el amor carnal.

Segundones

José María Merino

Para la asociación ***Amigos de los Decreta***

Había pasado media mañana desde que dejamos el burgo cuando apareció la partida almohade. Eran cinco, tantos como nosotros, pero iban todos a caballo, y demasiado bien armados como para ofrecerles resistencia.

El que los conducía, embozado —lo que a mí me extrañó—, habló con Pedro apartado de todos. Luego, Pedro me hizo una señal para que me acercase.

—Vienen a raptar al obispo —me dijo—. Se lo van a llevar, con su auxiliar y el siervo —añadió—, y yo creo que no debemos intentar impedirlo, porque no saldríamos con vida.

Era un tiempo en el que aquellos secuestros no eran raros, y suponían por lo general un copioso beneficio para los malhechores.

En este caso, de todos nosotros –el obispo, su auxiliar, el criado de ambos, Pedro y yo— el único que iba armado, como guarda del grupo, era Pedro, pero los cinco almohades llevaban demasiados pertrechos dañinos como para enfrentarnos a ellos, de modo que no tuvimos más remedio que aceptar lo que sucedió. Y se llevaron al obispo, al auxiliar episcopal y al criado, con sus dos caballos y las tres mulas.

Antes de irse con ellos, el obispo quiso hablar conmigo y me dio los escritos que llevaba su auxiliar en la bolsa.

—Entrega todo esto de mi parte a nuestro reverendísimo arzobispo, pues aunque ya lo conoce, es lo que yo le iba a mostrar a Su Santidad —me dijo—. Y que Dios Nuestro Señor nos ayude a todos —añadió, bendiciéndonos.

Había pasado alrededor de una semana desde que salimos de León, y no tuve duda de que aquellos almohades estaban bien informados de nuestro viaje.

El destino era Roma, donde el obispo iba a encontrarse con el papa Urbano, para informarle de algo que nuestras potestades eclesiásticas consideraban, al parecer, muy importante.

Para acompañar al obispo durante el viaje, nos habían escogido a mí y a Pedro, ambos segundones de buenas familias, a mí por mi buen conocimiento de la lengua latina —mi dominio del latín hacía que fuese la segunda vez que viajaba a Roma acompañando a una autoridad de la Iglesia— y a Pedro por su

oficio de buen guerrero, acreditado en varios encuentros bélicos contra los portugueses y los castellanos.

Ni Pedro ni yo nos conocíamos, porque él provenía de la montaña de Riaño y yo de El Bierzo, pero ambos somos segundones de familias destacadas. Yo me había inclinado por la vida monacal, como benedictino, siguiendo mi gusto por la soledad y la lectura, pero entonces, aunque rondaba los treinta, era todavía novicio. Pedro había optado por la vida de las armas y ya estaba muy bien entrenado, como he dicho.

Durante el viaje, cada uno de los viajeros a lomos de su respectiva montura, se estableció cierta natural comunicación: delante, a caballo, íbamos Pedro y yo; nos seguían el obispo y su auxiliar, también a caballo, y cerraba el grupo Nico, el criado, montado en una mula y conduciendo otras dos cargadas con la ropa y el material para los almuerzos.

Recorríamos cada día, sobre todo al trote, entre cinco y seis leguas, almorzábamos lo que el criado del obispo nos preparaba en un sitio adecuado, y cenábamos y dormíamos en algún convento, monasterio o residencia eclesiástica que el obispo tenía previsto en numerosos puntos del recorrido —su auxiliar me mostró el meticuloso mapa—, que hasta Logroño se ajustaría al Camino de Santiago y luego seguiría la orilla del río Ebro para llegar a Zaragoza, y desde allí dirigirnos a Barcelona, el principal puerto de la Corona de Aragón, para embarcar en la nave que debería conducirnos a Roma.

Hasta Barcelona, el viaje duraría algo más de un mes, y luego, navegando, yo había tardado dos semanas en llegar a Roma, la otra vez que fui. Muy mareado, por cierto…

A veces el trote se sustituía por el paso y, como en otros momentos del descanso nocturno, Pedro y yo charlábamos, lo que fue estableciendo entre nosotros una amistosa relación que fortalecía nuestra concordancia en muchos aspectos.

Como él tenía muy buenos contactos en la Corte, me reveló cosas que no me podía imaginar. Por ejemplo, que ese viaje nuestro debía de estar conectado con alguna operación por parte de la Iglesia, manipulada también por los portugueses y los castellanos, contra Fernando, el rey de León.

Aquello fue el inicio de nuestra intimidad. Me lo quedé mirando con toda la extrañeza imaginable.

—Pero ¿qué me dices? ¿Cómo es posible eso?

—¿Por qué te crees que el Papa anuló el matrimonio entre nuestro buen rey Fernando y doña Urraca, diez años después de consumado, aduciendo extremada relación de parentesco, y cuando ya está claro quién debería ser el natural sucesor y nuevo rey, don Alfonso, el hijo de don Fernando y doña Urraca, que ya tiene quince años? ¡Esa anulación matrimonial puede servir precisamente para buscar un sucesor distinto, que le caiga bien al papado, a los portugueses, a los castellanos, y hasta a los ingleses, que algo tienen que ver en el asunto!

Le pregunté entonces si creía que estábamos enredados en alguna conjura contra nuestro reino, y su mirada y su respuesta no ofrecieron duda ninguna:

—¡Naturalmente! ¡Las guerras con Castilla y Portugal no han sido casuales! ¡Y en esto de ir a ver al Papa seguro que se esconde alguna artimaña!

La tercera noche –como era primavera, el tiempo estaba suave, y todavía no habíamos tenido ninguna lluvia, contra lo que afirmaban las cabañuelas— salimos a dar un paseo Pedro y yo antes de acostarnos.

Estábamos en un monasterio de Lacóbriga –la hispana «ciudad de los condes»—, y Pedro se mostraba muy interesado en hablarme. A lo largo del día había ido conversando con el obispo auxiliar –yo lo hice con don Romualdo, el obispo, pero solo tratamos de asuntos piadosos— y Pedro se enteró de que, al parecer, el rey Fernando estaba preparando, con mucho secreto y con su gente más cercana —incluido su jovencísimo hijo Alfonso— una legislación en la que se daría capacidad para tomar las decisiones de poder importantes, junto al rey, no solo a la Iglesia y a los nobles, sino también al pueblo llano.

Pedro me dijo, bastante molesto:

—El obispo auxiliar me lo contaba con aire crítico, disgustado, como si la entrada del pueblo llano en la curia fuese algo reprobable. Yo argumenté que, en León, ya la tradición de los concejos da capacidad para participar en la toma de decisiones a todos los vecinos… Me miró con sorpresa, como si yo fuese un bicho raro, y añadí que no tiene que parecer absurdo que esa costumbre de la comunidad, ese uso ancestral, pase a formar parte de las leyes más importantes de nuestro reino. ¿Cómo lo ves tú?

—Creo que tienes toda la razón —repuse—. Es como las facenderas, los trabajos en que todos los vecinos colaboran, porque en definitiva el resultado afecta al pueblo entero...

Pedro continuaba mirándome con la misma actitud enojada.

—Eso mismo le dije yo ¿y sabes qué me contestó ese nefasto obispo auxiliar?

Me lo quedé mirando muy interesado.

—¡Que dejar intervenir a la plebe en decisiones como declarar la guerra o acordar la paz es darle una capacidad desproporcionada, irreverente, sacrílega! ¡Sacrílega, dijo, nada menos!

Quedó luego en silencio, mirándome con fijeza antes de continuar hablando:

—Al parecer, el obispo y él opinan lo mismo, y van a Roma para informar de esos proyectos de normas y otros que no conozco, que el rey Fernando prepara con su hijo… e impedir que se cumplan. Ya lo verás.

—¿Y qué podemos hacer para que no lo logren?

—Habrá que pensarlo. Pero no podemos consentir que, del mismo modo que anularon el matrimonio de don Fernando y doña Urraca, intenten eliminar los proyectos propicios para nuestra comunidad, y acaso quitarle a su hijo

Alfonso el derecho a la sucesión de la corona…

Fue el cuarto día, en un monasterio perdido en medio del camino, cuando nos encontramos con una persona que, al parecer, tenía muy buena relación con Pedro. Presentaba todo el aspecto físico de ser moro, y lo era, según me contó Pedro, mas había renegado de su fe y no solo se había hecho cristiano, sino que participaba con las tropas leonesas en los combates contra castellanos, portugueses y hasta moros… Porque entonces, como ahora, del mismo modo que algún cristiano se hacía moro —los muladíes, los elches…— también había moros que se acristianaban…

—Es uno de nuestros guerreros, un almohade convertido a nuestra fe. Se llama Yussuf, José… Voy a charlar con él un rato…

No sabía si decirlo, pero lo diré. Cuando vi al almohade embozado que dirigía la partida que secuestró al obispo, yo había pensado en el tal Yussuf, pero no le dije nada a Pedro ni siquiera cuando pasó el tiempo, tal y como se fueron desarrollando las cosas.

Lo primero que hicimos fue regresar a León e informar del secuestro al arzobispado y a la corona. Al parecer, durante los días de nuestra vuelta ya había habido noticias del asunto, y se estaba comenzando a negociar el pago que los almohades demandaban por la devolución del obispo, del auxiliar y del criado.

—Irá para largo, pero si hay pago los devolverán sanos y salvos. Y el viaje a Roma del obispo se habrá malogrado…

Había en la actitud de Pedro una evidente satisfacción, y entonces comprendí perfectamente lo que había tras el secuestro llevado a cabo por la partida de almohades, aunque sin duda el encuentro con Yussuf había sido pura casualidad, pues al parecer estaba trabajando para unos condes palentinos…

Debo decir que, antes de entregar al arzobispo los documentos que el obispo me había dado para él, me los leí cuidadosamente, descubriendo que el rey don Fernando y la reina doña Urraca —hija del rey Alfonso de Portugal y de su esposa Mafalda de Saboya— eran ambos bisnietos del rey de Navarra Sancho Garcés, o sea, primos segundos, y eso había sido el pretexto para la tardía anulación papal de su matrimonio, pero encontrando muchas noticias más, que confirmaban las confidencias del obispo auxiliar a Pedro, como las segundas nupcias del rey don Fernando con doña Teresa Fernández de Traba primero, y con doña Urraca López de Haro después, y numerosas alusiones a los enfrentamientos leoneses con portugueses y castellanos –citando al pormenor la toma de Coyanza por los castellanos, por ejemplo—…

Sin embargo, lo que me sorprendió especialmente fue un largo manuscrito en el que, al parecer, se reproducían documentos que el rey estaba preparando, con su jovencísimo sucesor y asesores muy cercanos, para su conversión en ley, y en los que, entre otras cosas, se prohibía a quien poseyese bienes por los que pagaba tributo al rey, que los entregase a algún

establecimiento eclesiástico, o se organizaba meticulosamente la actuación de las autoridades judiciales, o se ordenaba que nadie, ni siquiera la autoridad real, pudiese entrar por la fuerza en casa de alguien o hiciese daño en ella o en sus bienes, so pena de fuerte castigo económico…

Pero lo que más me impresionó de todo el manuscrito fue la idea de que, entre los que tomasen las decisiones importantes con el rey, se incluyesen, con los nobles y los eclesiásticos, los representantes del pueblo llano.

El caso es que, a partir de entonces, las cosas fueron desarrollándose de una manera muy peculiar. No habían transcurrido ni seis meses cuando se pagó el precio por la entrega del obispo raptado, que ya no planteó ningún nuevo viaje a Roma.

Pero a principios del año siguiente, 1188, con cincuenta y un años y sin que nadie diese explicaciones de tan temprana muerte, el rey Fernando falleció en Benavente y le sucedió su hijo Alfonso, que solamente tenía dieciséis años, aunque animada por los portugueses y los castellanos, su madrastra Urraca López de Haro, tercera esposa del rey Fernando, quería que su hijo Sancho fuera el verdadero heredero…

Menos mal que los leoneses no apoyaron la propuesta, y que el nuevo y jovencísimo rey organizó muy pronto en León, en el mismo año y poco después de la muerte de su padre, una Curia Regia, que se celebró en la basílica de San Isidoro, en la que estuvieron presentes representantes de la nobleza, del clero y de las clases populares procedentes de Asturias, Extremadura y León –tanto la capital como Zamora y Salamanca— y en la que se aprobaron los llamados **Decreta**, en los que se incluyen muchas de las ideas que estaban en los documentos que el obispo quería mostrar al Papa, y que son el mayor orgullo de mi condición de leonés.

Han ido pasando los años y he visto cómo los papas Celestino III e Inocencio III han excomulgado al rey Alfonso, contra el que ambos han mostrado especial animadversión, una por un matrimonio que duró tres años y que los eclesiásticos tildaron de incestuoso, y otra por un pacto de paz con los almohades, que con los castellanos y los portugueses quieren quedarse también con León.

Todavía tengo muy vivo en mi recuerdo lo que hablamos Pedro y yo cuando nos llegaron las maledicencias castellanas y portuguesas por la negativa de nuestro rey a enviar su ejército a la batalla de Las Navas de Tolosa.

—Cobarde, traidor, lo llaman —decía Pedro—. ¿Cómo puede haber tanto cinismo, tanta infamia? Tenemos más de una docena de fortalezas amenazadas por tropas castellanas ¿e íbamos a enviar al ejército de la Corona tantas leguas lejos, y facilitar que nuestros malditos vecinos nos conquistasen?

Yo también lo tenía claro:

—De haber estado ausentes los ejércitos leoneses para participar en esa batalla de las Navas, el rey castellano se hubiera quedado con nuestra tierra…

—Además, no es cierto que nosotros no estuviésemos presentes. Con autorización del rey, todos los señores leoneses que conozco han enviado tropas con buenos guerreros, y muchos han ido también ellos mismos –añadió Pedro.

Y debo explicar por qué, pasados los años, vivo lejos del convento en que residía entonces. Con el tiempo, el hermano mayor de mi amigo Pedro falleció de repente sin dejar viuda ni hijos, Pedro ocupó naturalmente el mayorazgo, y como el hermoso castillo que le pertenece tiene una capilla, me propuso a mí ocuparme de ella, a lo que accedieron mis superiores, porque así ayudaría también en las actividades de esta parroquia, como vengo haciendo.

Desde entonces, la cercanía de Pedro me hizo vivir con natural inmediatez todos los sucesos de nuestro reino: desde la invasión de León por el rey Sancho de Portugal, a las conquistas a los moros de Cáceres, de Mérida, de Badajoz… por nuestro rey Alfonso, y las negociaciones con aragoneses y navarros para establecer una liga que protegiese a León de las insidias castellanas, hasta los fueros concedidos a numerosas ciudades y las continuas repoblaciones de territorios que ese gran rey ha favorecido, o su creación del Estudio General de Salamanca y de la catedral de Santiago.

Ya tengo demasiados años y he visto muchas cosas, pues mi conocimiento de la lengua latina motivó que haya colaborado con otros latinistas para traducir antiguos documentos en varios monasterios benedictinos franceses, italianos, germanos… pero hay algo que no he encontrado en ninguno de esos países: leyes similares a esos **Decreta** de los que he hablado, que el rey Alfonso implantó.

Nuestro gran rey Alfonso, al que llaman *noveno* cuando tendría que ser *octavo* –pero así han titulado a su primo Alfonso, que en realidad es el *primero* de Castilla— creó con los **Decreta** una legislación que no existe en ningún otro lugar del mundo.

Achacoso e incapaz de tantas cosas, paso mucho tiempo en la cama, esperando el final, pero me conozco los **Decreta** de memoria, como tantas oraciones, proverbios y textos sagrados y clásicos y, antes de dormir, me gusta terminar mis rezos recitando en voz alta el cuarto de ellos, jugando a que soy el rey Alfonso:

Prometí asimismo que no haré guerra, ni paz, ni pacto, a no ser con la opinión de los obispos, nobles y hombres buenos del pueblo, por cuyo consejo debo regirme.

No puedo imaginar qué será de León, y si al final Castilla se apoderará de nosotros. Seguro que nos debilitará lo más posible, e intentará borrarnos de la Historia...

¿Pasaremos a segundones? Y si fuese así ¿sería suficientemente conocido el caso?

Porque tampoco puedo olvidar aquello que dijo Marco Tulio Cicerón:

Veritas vel mendacio corrumpitur, vel silentio
La verdad se corrompe tanto con la mentira
como con el silencio

Un verdadero napolitano

Sergio del Molino

Apenas comió y no contribuyó más que con tres o cuatro monosílabos a la tertulia de sobremesa, que se alargaba en torno a los manteles cubiertos de pastelillos, turrones y café. La princesa le preguntó si le había comido la lengua el gato, pero ni esos coqueteos le arrancaron más que una sonrisa cansada y una excusa vaga: llevo varias noches sin dormir, excelencia, este calor…

—Tiene que cuidarse, amigo mío. Pasa mucho tiempo al sol, todo el día en las trincheras, respirando polvo. Prométame que va a descansar. Esta tarde se vuelve a Nápoles con nosotros, y mañana viene usted a mi *conversazione*. Es una orden, no me obligue a llamar al rey para que lo haga oficial.

Roque Joaquín de Alcubierre suspiró y volvió a sonreír. Asintió lo justo para satisfacer a la princesa, a la que nadie nunca había negado nada y no acostumbraba a hacerse de rogar en las invitaciones. No le faltaban motivos: media corte se daba codazos y empujones para dejarse ver en una de sus famosas *conversazioni*. Bajo ese nombre inocente y civilizado, la princesa celebraba bacanales dignas de Caius Apicius. Se servían montañas de ostras, piscinas de bogavantes que nadaban en mantequilla, bueyes enteros rellenos de faisanes, carretas de *foie gras* y quién sabe si unicornios asados con el cuerno relleno de ambrosía, sirenas recién capturadas en la misma isla de Trinacia y minotauros guisados al vapor y envueltos en finas empanadillas de hojaldre. Y, por supuesto, vino hasta ahogarse, cubas y cubas, fuentes de las que manaba directamente el tinto de las vides del Vesubio, tan peculiar, pues los granos de las uvas contenían aún la llama del monte, transmitida a través de la tierra volcánica en la que crecían. En las *conversazioni* de la princesa apenas se conversaba, pero se reía hasta perder el sentido. A su lado, las orgías vaticanas de los Borgia parecían una reunión de beatas a la salida de misa.

El ingeniero sabía bien cuánto había de exageración en todo eso y cuánto disfrutaba la princesa haciendo correr su propia leyenda, pero también sabía que aquellas fiestas, pese a no ser tan excesivas como las soñaban algunos, tampoco eran precisamente *conversazioni* galantes. Para disfrutarlas hacía falta una disposición, una alegría de vivir (unas ganas de farra, vaya), que estaba muy lejos de su ánimo aquella tarde de primavera. Debía de ser la única persona de todo el reino sin ganas de arrancarse con un aria o de dar

palmas al ritmo de una tarantela. Allí, ante el Mediterráneo azulísimo que mojaba Torre Annunziata, bajo el penacho gris eterno del volcán y con el zumo de las últimas naranjas recién exprimido en las jícaras, no había sitio para la tristeza. Nápoles era el lugar más feliz de la tierra. Hasta los pobres de solemnidad, hasta las viudas de la peste, hasta los niños con llagas purulentas, todo el mundo era feliz en Nápoles. Salvo el ingeniero jefe militar de la corte Roque Joaquín de Alcubierre, que maldecía para sí a Dios santo, al rey niño, a los eruditos a la violeta y a todos los sabios de las malditas Alemanias que se habían conchabado para amargarle aquel almuerzo campestre y la vida entera, de paso.

Carlo, que sospechaba la razón de su amargura, le dijo a la princesa que no insistiera:

—Déjelo, excelencia, ayer se enteró de que el alemán ya ha llegado a la corte.

—Ay, mi querido amigo. Lo lamento en el alma. Razón de más para distraerse. ¿Quiere que su enemigo mortal le encuentre enfurruñado? No le conceda esa satisfacción. Baile, cante, ría, chinche todo lo que pueda a ese batracio teutón.

Carlo miró a Alcubierre arrepentido: había querido ayudar, pero sólo espoleó más a la princesa. Lo siento, dijo sin palabras, con ojos de perro. Sentía haber mentado al innombrable *porco tedesco*. Alcubierre le dijo con el gesto que no importaba, que no había invocado él al maldito Winckelmann, pues hacía mucho que ocupaba todos sus pensamientos y le impedía disfrutar de los placeres italianos, como el de aquel sol de primavera en Torre Annunziata. No desapareció de sus meninges durante la visita a Pompeya. Mientras enseñaba a la princesa y a sus amigos las últimas excavaciones, maldecía su perra suerte y clamaba contra ese rey niñato y provinciano que se dejaba deslumbrar por cualquier imbécil que viniera del norte farfullando germanías. No se apaciguó ni cuando enseñó los objetos obscenos que el arzobispo había ordenado retirar de la mirada pública y que fueron los que más divirtieron a la princesa (¿me lo puedo llevar para que me acompañe en la alcoba?, dijo sosteniendo un príapo magnífico que hizo enrojecer al ingeniero hasta el occipucio: ¿qué se supone que debía contestarle? Bien estaba que a la princesa le divirtiese incomodar la dignidad de sus galones y de sus canas, pero a veces se pasaba de castaño a oscuro). Ni siquiera se relajó a primera hora de la excursión, en las calles de Herculano, cuando les enseñó la máquina de desenrollar libros que había mandado construir para poder leer la biblioteca de la Villa de los Papiros. Le entusiasmaba tanto ese artilugio que, al hablar de él, solía olvidarse de todos los dolores y enfados que llevaba encima, pero esa mañana sólo podía pensar en las injurias del alemán. De hecho, el ruido de la máquina le retorcía los hígados: mientras la accionaba, deseaba meter en sus engranajes a Winckelmann, para que se quejase con razón de los destrozos y descoyuntas.

La historia era tan previsible y se había escrito tantas veces que

Alcubierre no daba crédito de ser su víctima. Se sentía triturado por un cliché, derrotado por un enemigo de polichinela. Johann Joachim Winckelmann ansiaba poner sus garras sobre Pompeya y Herculano desde que se instaló en Roma como inspector de antigüedades. ¡Oh, el maestro Winckelmann, qué honor tan grande para un reino tan pequeño! El gran erudito, el preceptor del neoclasicismo, el autor de la *Historia del arte de la Antigüedad*, no soportaba vivir a tan pocas leguas de Pompeya y no poder atribuirse los descubrimientos. Desde la primera vez que visitó Nápoles, en 1765, no perdió una ocasión para injuriarle. Mandó cartas a su príncipe alemán, que se publicaron en todas partes, diciendo que Alcubierre era poco menos que un topo, un conejo, una alimaña que excavaba con tal ansia y descuido que se estaba llevando por delante todos los tesoros. Hasta le acusó de compadreo con los saqueadores ingleses. Insinuaba que tenía tratos inmundos con el embajador Hamilton, que incluso le preparaba las cajas que este enviaba al Museo Británico. Acabáramos, cuánta infamia. Decía que las campañas reales dirigidas por él eran propias de ladrones de tumbas, y que urgía ponerles freno si la civilización no quería ver perdido para siempre uno de los descubrimientos arqueológicos más fabulosos de la historia.

¿Y quién era el único merecedor del privilegio de seguir excavando en Pompeya? Winckelmann, por supuesto. El gran y único Winckelmann, el sabio de todos los sabios, que rabiaba porque no podía sacar de la ceniza del Vesubio los restos de la ciudad mítica, y se moría del asco en su gabinete de Roma, haldeando entre cardenales y catalogando fontanas y baratijas. Alcubierre entendía su ambición, pero no le perdonaba sus malas artes. Le hervía la sangre que recurriese a la calumnia para apartarlo de la dirección de los trabajos y colocarse él como arqueólogo jefe. En realidad, no le dolía tanto la campaña de infundios, sino que hubiese encontrado oídos receptores en el joven rey Fernando. El padre de este, el gran rey Carlos, quien le llevó a Nápoles, reinaba ya en Madrid, y Alcubierre no podía contar con el favor de su sucesor, cuya caterva de consejeros le susurraban lo mucho que impresionaría a la opinión europea que el mismísimo Winckelmann se ocupase de Pompeya. Había en Nápoles mucha nostalgia de los Habsburgo. Todos esos príncipes que prosperaron bajo la dominación de Austria y que no soportaron el regreso de los españoles a la administración conspiraban contra él.

En el fondo, decían, ¿quién es ese bruto de Alcubierre? Un aragonés que sigue hablando mal italiano, un militarote, un constructor de fortalezas. Está acostumbrado a bombardear, lo suyo es la destrucción, no la conservación. Puestos a dejar Pompeya y Herculano en manos de un extranjero, ¿no sería mejor entregársela a un erudito acreditado, un doctor entre doctores, alguien que supiera valorar lo que sus manos extraen del polvo?

Al principio, Alcubierre consideró indigno defenderse. Aconsejado por sus amigos, guardó silencio y siguió trabajando en las campañas de excavación, que empezaban en primavera y acababan con las primeras lluvias

de otoño. Creía que su trabajo hablaba por sí mismo. Todos los sabios que habían visitado los yacimientos y los que habían catalogado y admirado las obras expuestas en el Palazzo dei Studi acreditaban el rigor de sus métodos. Responder a las infamias del alemán habría sido indigno: la única contestación posible era un guantazo y enviarle a sus padrinos. Pero Alcubierre era también un hombre práctico y poco dado a efusiones públicas o escandaleras de honor. Confiaba en que los años de fiel servicio, su probada lealtad y, sobre todo, los resultados de su esfuerzo bastasen para que el rey espantara las habladurías y los moscones que le zumbaban.

No fue así, y Winckelmann estaba a un paso de sustituirle. No iba a luchar. Alcubierre pasaba ya de los sesenta y Winckelmann era casi veinte años más joven. En el fondo, le apetecía el retiro, pero le habría gustado apartarse con honores y sin dejar su silla a un difamador. En vez de marcharse con la gloria de haber descubierto Pompeya, lo apartaban con la acusación de haberla arruinado con sus zarpas.

Herculano y Pompeya eran la obra de su vida. Desde que desenterró las primeras piedras en 1738, recién llegado a Nápoles, hasta la última tesela extraída con delicadeza de la casa de Sila, había dedicado toda su atención a recuperar las dos ciudades. Todo se debía a él. Si fuera el militar aragonés iletrado y destrozón que pintaban los calumniadores, ¿habría detenido las obras de Portici aquella mañana de hace tanto tiempo? ¿Se habría molestado en explicar y convencer al rey de que debía renunciar a su nuevo palacio, porque en los terrenos donde planeaba construirlo había una ciudad romana enterrada? Hay que tener cuajo y unos redaños gruesos para eso. Hay que tenerlos cuadrados, como decían en su tierra, para pedir audiencia ante tu valedor y decirle: majestad, olvídese de su palacio nuevo. Ninguno de esos nobles chismosos se habría atrevido. Ya sabía él lo que habrían hecho en su lugar: desenterrar lo que pudieran, vendérselo a un lord inglés de tapadillo y echar cemento encima. Y cobrar más cara la obra del palacio, por los retrasos. Eso habrían hecho esa manga de corruptores y ladrones. Fue él, el militarote, el educado para obedecer, el lego en latines, quien miró a los ojos a su majestad don Carlos y le pidió dinero y hombres para excavar, y privilegios cortesanos para trabajar con autonomía. Fue él quien le llevó los cronicones antiguos, quien le recordó a los Plinios, quien le engatusó con leyendas de fuegos y suplicios y le dijo: la hemos encontrado, majestad. Hemos encontrado el mundo romano perdido.

Luego vino Pompeya, cuando Herculano ya llevaba unas campañas al aire y había mostrado la intimidad de una Roma que aún no conocía a Cristo. Una Roma escandalosa, obscena, lujuriosa, rendida a la carne. Una Roma que, vista por los cardenales, bien mereció el castigo impuesto por el Vesubio. Pompeya era distinta. Herculano fue sepultada en barro y conservada en lava. Pompeya, en cambio, fue exterminada por un viento de cenizas abrasadoras. El entierro de Herculano fue lento. El de Pompeya, instantáneo. Por eso no encontraron los tejados de las casas, pero había muchas otras cosas

interesantes: ahí estaba la escultura que representaba el último día de una ciudad. Sólo había que desenterrarla con paciencia.

Y a fe que le prodigó paciencia.

Años después, cuando Don Carlos se marchó a Madrid para reinar en todas las Españas, abandonando Nápoles a los caprichos de su hijo, empezó una empresa parecida en la Nueva España, en la ciudad maya de Palenque. Don Carlos patrocinó las excavaciones porque había aprendido en Pompeya lo valioso que era el pasado. Se había convertido en un protector de la arqueología. Pero cuando Alcubierre se hizo cargo de Pompeya no se tenía noticia de un proyecto igual en ningún sitio, y el viejo ingeniero estaba convencido de que sus manos habían sido las adecuadas. Ningún erudito, por muy Winckelmann que se llamase, habría tenido la ambición, los conocimientos cartográficos, geológicos y arquitectónicos necesarios para emprender las excavaciones. Los Winckelmann sabían mucho de técnicas escultóricas y de proporciones áureas, pero ignoraban los rudimentos de la topografía, no sabían proyectar ni leer un mapa y no eran capaces de discriminar el terreno arcilloso del volcánico, ni las capas de ceniza de las de roca. De hecho, era improbable que distinguiesen la grava natural de los restos de unas baldosas policromadas.

Sí, claro que Alcubierre había inventado técnicas, porque no existían. Se había inspirado en su experiencia como constructor de fortalezas, y sin duda había cometido errores. No podía poner la mano en el fuego por no haber dañado un edificio o echado a perder una obra de arte con el pico y la pala, pero había aprendido campaña tras campaña, y hasta los delicados rollos encontrados en la Villa de los Papiros, que podrían haberse deshecho con un golpe de viento, se iban a leer y a transcribir gracias a una máquina de su invención. Winckelmann mentía a sabiendas, porque el mismo Alcubierre le había enseñado su trabajo, le había detallado sus técnicas y le había guiado por las colecciones de objetos sin catalogar que se limpiaban con esmero en los Estudi. Vio su trabajo y, pese a ello, lo calumnió con saña imperdonable e irreparable.

¿Es que nadie iba a reconocerle los méritos? Cuando las generaciones futuras recorriesen las ruinas de Pompeya y se admirasen de ellas, ¿no le iban a dedicar ni un pensamiento a su descubridor, ni una gratitud silenciosa, nada?

—Entonces, ¿qué me dice? ¿Nos honrará con su visita mañana en la *conversazione*?

La princesa no soltaba a su presa. El viejo ingeniero sonrió complacido y aceptó abiertamente. Qué diablos: el rey podría arrebatarle Pompeya, pero no tenía poder sobre su entusiasmo y sus amores. Podían retirarlo del trabajo, no de su vida en Nápoles. Allí moriría, aquella era su casa, no quería perder de vista los penachos del Vesubio en los días que le quedaran.

—Dígame, don Roque —dijo la princesa—, ¿no tiene la impresión de que conoce a los pompeyanos? Bien es cierto que sus casas no hacen justicia a nuestros *palazzi*. Ni siquiera las casas ricas con varios patios. Nunca

entenderé esa manía de cerrarse tanto a la calle, ni una ventana hacia afuera. Pero las casas modestas bien recuerdan a las de la chusma de Monte Echia, y dejando a un lado el paganismo y esas minucias, parece que vivían como nosotros.

—Bueno, princesa, sí, yo creo que somos sus dignos descendientes. Nos sentiríamos cómodos en Pompeya.

—¿Somos? ¿También usted, mi querido aragonés?

—Cuidado, excelencia —terció Carlo—, yo en su lugar no cuestionaría el napolitanismo de nuestro amigo.

—¿Cuánto tiempo lleva con nosotros?

—Este año haré treinta y tres. Media vida. Cuando vine sólo era un joven capitán.

—Usted era un capitán y nosotros caminábamos sobre lava sin saber lo que había debajo. Debería darle vergüenza —y sonrió dulce, para contrastar con el tono burlesco de reprimenda—: le entregamos un reino precioso, coqueto y muy bien cultivado, y usted nos lo ha llenado de agujeros y de piedras.

—Eso dice el amigo alemán.

—Ajá, ¿eso es un chiste, don Roque? ¿Está usted bromeando sobre su enemigo mortal? Entonces, sí es usted un napolitano *da vero*. Por tanto, no puede faltar en mi fiesta. Se lo ordeno.

—No la decepcionaré, excelencia.

Nota: Pese a que Roque Joaquín de Alcubierre (Zaragoza, 1702 – Nápoles, 1780) descubrió los yacimientos de Herculano y Pompeya, además de otros muchos hallazgos en la costa mediterránea de Nápoles, su nombre apenas ha sido vindicado, y su reputación aún se resiente por las críticas que los arqueólogos alemanes e italianos hicieron a su trabajo, que juzgaron tosco y desinformado. Varias investigaciones han demostrado que tales acusaciones fueron infundadas, y que Alcubierre fue un innovador que sentó las bases de las técnicas modernas de excavación arqueológica, insólitas en su tiempo. A su esfuerzo debemos la existencia de Pompeya, pero también la colección que hoy puede verse en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, considerada una de las mejores del mundo. Al contrario que otros aventureros de su siglo, como el famoso Lord Hamilton, Alcubierre no se enriqueció con el comercio de obras de arte desenterradas ni con el saqueo del yacimiento, y puso todos sus hallazgos a disposición de la corona, para su investigación y exhibición, lo que permitió que pasasen después al Estado italiano, que sigue custodiándolos y enseñándolos, pero, a mi parecer, sin conceder el crédito debido a quien lo hizo posible. Sirva este divertimento literario como recordatorio y homenaje a un pionero que nunca descuidó su misión de servicio público en una época y en unas circunstancias en las que casi nadie tenía esa decencia.

Jodía Pavía

Arturo Pérez-Reverte

Desde su cárcel madrileña, en una carta a su amante Mimí la Garce, el rey Francisco I de Francia rememora la batalla en que fue derrotado y preso en Italia por las tropas de Carlos V.

I

Querida Mimí, mon amour:
Unas veces se pierde y otras se deja de ganar, como dijo no me acuerdo ahora quién. La cosa es que aquí me tienes, voilá mon petilapin, de turista forzoso en Madrid. Como te lo cuento, oye. Quién me ha visto y quién me ve. Un Valois por parte de padre, nada menos, imagínate el cuadro, con mi prosapia, alojado forzoso en una torre que llaman de Los Lujanes, en esta ciudad que Dios confunda, prisionero por la cara —by the face, que diría el gordinflas de mi primo Enrique VIII de Inglaterra— con ese tocapelotas de Carlos, emperador de los alemanes y de los españoles y de la madre que los parió a todos, que asfixiado me tienen entre el norte y el sur, visitándome cada tarde para chotearse entre tapices gobelinos y mucho vuesamerced, primo, hermano, monarca francés y toda la parafernalia. «Estáis en vuestra casa, rey cristianísimo», dice el muy payaso, con un rintintín, o como se diga en español, que me quema la sangre azul hasta volverla negra, cual si esto fuese otra cosa que una cochina mazmorra; una sale geole, que decimos allí, en la dulce Frans que tanto quiero y tanto extraño, como en la copla. Y me muerdo de rabia los encajes almidonados, te lo juro por el cuerno de Roldán y los cuernos de los doce pares carolingios, viendo la sonrisa guasona que le apunta al Charli bajo la barbita.

Menudo cabrón, mi primo el Ausburguín. Carlitos el Figuras, lo llamábamos de pequeño, porque ya se le veía venir hasta por los andares. Que se pasa la vida, el tío, haciendo posturas elegantes para salir en los cuadros de Tiziano, como si no hubiera otras cosas más importantes en la vida. Y vaya suerte la suya, oyes; y eso que lo suyo de reinar, Carlos Primero de España y Quinto de Alemania, fue de pura chamba, hay que fastidiarse. Simple chiripa familiar. Y no te vayas a creer que lo digo por envidia, porque ya me conoces, chochito mío. Lo digo por simple justicia, rediós. Que si sus abuelos Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los de Granada y el moro y tal, y llora como

mujer lo que no supiste defender como tal y cual, etcétera, no llegan a hacer aquella boda con truco que hicieron —menudo braguetazo dieron ésos dos, también—, y Felipe el Hermoso, su yerno osterreiche, guaperas, eso sí, pero más idiota imposible, o sea, incapaz de comerse una fabada y pensar al mismo tiempo, no se va a criar malvas y deja a la Juana Majareta viuda, el tontolhaba, y al chaval este, al flamenco Carlitos que Dios y el turco confundan, no le toca la corona imperial en una rifa, a lo mejor yo no me veía ahora aquí pintando la mona de huésped forzoso, y el emperador europeo sería el menda lerenda, como el yayo Carlomagno, que en gloria esté; y no andaría escribiéndote desde la Torre de los Lujanes, plaza de la Villa, Madrid, Spain, justo al lado de la casa donde dentro de unos cinco siglos más o menos vivirá Javier Marías, sino retozando contigo en Blois, o en Chambord, o en cualquiera de esos castillos de cinco estrellas que tengo a orillas del Loira. Imagínate la escena, chaturri mía. La mansa corriente, la verde hierba, música de laúd como fondo. De película, cherie. Tuá e muá. Puro Renoir. Yo comiendo fuagrás, mon petit chú. Y tú comiendo lo que ya sabes, o sea. Tú me entiendes. Lo que te gusta comer.

II

Recordarás que mi última carta te la escribí en Pavía, Italia, con fecha 23 de febrero de 1525, la noche antes de la batalla. Acababa yo de cenar los faisanes de costumbre, y antes de quedarme frito un rato, para estar descansado al día siguiente entre la gloria y la vorágine, me senté a mojar la pluma en el tintero; ya que tú, bien mío de mis carnes poco tolendas, estabas lejos, y la pluma era lo único que podía mojar aquella noche. *«Mi carta, que es feliz pues va a buscaros…»* empecé. Así de original y romántico estaba en mi soledad castrense, velando armas como don Quijote en la venta, a punto de entrar en batalla. Estoico, viril, aunque quede feo que yo lo diga. Como para una foto, estaba. Y en fin. También confiado, la verdad. Ahí me falló un poquito la saludable incertidumbre. Leída ahora la carta, la verdad, supongo que te parecerá demasiado optimista, a ver si me entiendes, sobre todo aquello de *«a esos españoles muertos de hambre nos los vamos a comer sin pelar»*, lo de *«entre ellos y nosotros no hay color»*, o lo de *«vamos a darles de hostias hasta en el carnet de identidad»*. Sé que me pasé de optimista, ma petite poupée de cire poupée de son. De confiado, como te digo. Para qué te digo que no, si sí. Lo admito. Me pasé varios pueblos y una gasolinera. Creía que lo de Pavía era pan comido. Y ya ves, churrita. Aquí estoy ahora, en el puto Madrid, en el talego. Preso y deshonrado, con una ruina que te vas de vareta. Pagando el pato, o sea. Entrullado hasta las trancas. Por listo.

Pero las cosas, Mimí, hay que considerarlas en su contexto histórico. Dans son contexte, como dicen los gilipollas de la Sorbona. Ponte en mi lugar, muñeca: rey de un país glorioso que te cagas, caballero de pro, rodeado de la flor y la nata de gentilhombres choisís entre la nobleza más granada de la

France, y encima con una pasta gansa para pagar la soldada a un ejército de treinta mil fulanos suizos, alemanes y franceses, con más cañones que el enemigo y con una caballería a la que daba gloria verla, con sus penachos, y sus gualdrapas, y sus armaduras relucientes de Sidol, y sus camisitas, y sus canesús. Como para un desfile, tía. La crème de la crème, para que me entiendas. Unos soldados que estaban, te lo juro, para comérselos sin pelar. Y enfrente, como enemigos, con muchísimos menos jinetes y cañones, cuatro mil españoles morenos y bajitos oliendo a ajo y a vino tinto, imagínate a los desgraciados tiñalpas, con diez mil alemanes —borrachos y amotinados, como de costumbre— y tres mil italianos apellidados Luchino, Moschino, Armani y todo eso, calcula las perlas de la milicia, todos de extrema sensibilidad y mucho diseño, con uniformes divinos, eso sí, y todos con el telefonino llamando a su mamma para que les preparase los espaguetis, pero de escasa eficacia a la hora de tararí, tararí, sobre el hombro, marchen, etcétera. Que entre todos, en fin, componían las tropas imperiales, y además iban ya medio en retirada y muy hechos polvo, hasta el punto de que yo estaba plantado allí con mi campamento y mis banderas con la flor de lis, asediando Pavía tan ricamente, y con ansias de terminar la campaña para volver a Francia y arrimarte candela, mon amour mío, hasta que pidieras socorro, o lo pidiera yo. O sea, vamos. De darte las tuyas y las del pulpo.

III

Total. Que allí estábamos, yo asediando Pavía comme il faut, y los enemigos, o sea, Antonio de Leyva —veterano de treinta y dos batallas y cuarenta y siete asedios, el jodío— dentro de la ciudad y su colega el marqués de Pescara en la otra punta, donde a Cristo le pusieron el gorro. Y a todo esto se le ocurre a los imperiales, léase españoles, aprovechar la noche y la lluvia y la niebla para jugarme la del chino, léase metérmela doblada hasta la bola. Como te lo cuento, cherie. Nada de presentarse después del desayuno con trompetas y banderas y todas esas cosas propias de gentilhombres y gente bien educada. Nada de tener presente que el que avisa no es traidor, y mandarme un par de heraldos circunspectos y con peluca para decir a tal hora y en tal sitio, majestad, como hace la gente correcta, en plan mesiés les français, disparez-vous primero, silvuplé. Ni hablar. Eso ni se le pasó por la cabeza a esa panda de cabrones horteras. Al contrario. Imagínate que los muy perros, con nocturnidad y alevosía, que hay que tener mala leche, van y se ponen camisas encima de los petos y las corazas para reconocerse en la oscuridad, hacen tres brechas en la muralla del parque frente a Pavía, y se cuelan por allí después de oír misa y confesarse, los hijoputas, y de que Pescara, que es soldado viejo y conoce el paño, les diga eso que con los españoles en cuestión de guerras y de conquistas es mano de santo y no falla nunca: *«Hijos míos, estáis muertos de hambre, y yo también. Si queréis pan, vais de culo y cuesta abajo. El pan está en el campo francés, así que quien quiera comer, ya sabe. A por ellos,*

vivaspaña y maricón el último».

Reconozco que, tratándose de españoles, como te digo, ese discurso les funciona siempre de maravilla. Con los franceses es distinto, ya sabes. Aquí hay que hablarles de la gloria, de lo que dirán los siglos venideros y de los patés del Perigord. Alonsanfáns de la patrí y toda esa murga que nos pone tiernos desde los tiempos de Vercingetórix, cuando la Galia estaba aún divisa in partes tres. Pero eso con los españoles no funciona. Jamás. Esos bandoleros con patillas tienen menos sensibilidad patriótica que un solomillo a la plancha. Con ellos sólo funciona, como te digo, que tengan hambre, que es casi siempre. Nacen hambrientos por defecto. O que les mentes a la madre y puedan acuchillarte cabreados y a gusto, que eso de cabrearse por cualquier motivo les encanta. Es su deporte nacional: vienen cabreados de fábrica desde que ya en el siglo I antes de Cristo la mitad se hicieron del bando cartaginés y la otra mitad del romano, más que nada por joder al vecino. Atravesados y peligrosos de narices. Porque ya me dirás, putita mía, un país, el suyo, donde no hay dos que tomen café de la misma manera: solo, manchado, cortado, con leche, largo de café, corto de café, con leche condensada, para mí un poleo. Son la pera limonera, hija. Y encima todo lleno de curas, para encabronarlos más. Así que dime qué hace uno con esa gente. Ojalá fueran como los italianos, que todo lo solucionan con un capuchino, un soborno y una amenaza de la Mafia. Pero los españoles, ni te figuras. La diferencia con los franceses es que unos y otros somos capaces de vender a nuestra madre, como todo el mundo; pero a diferencia de nosotros, ellos cobran y luego no la entregan. Mira si no la que han liado en ese sitio nuevo, América. Les han dicho que allí hay oro e indias buenorras, y que además se come caliente, y los muy animales se dan de hostias para subirse a los barcos y desparramarse por el Nuevo Mundo o como se llame, conquistándolo todo. Ya me dirás tú quién se va a quedar destripando terrones en Extremadura o Castilla pudiendo irse a América a destripar aborígenes, dar el pelotazo, volver rico y no dar golpe en su puta vida. O me forro o reviento, dicen. No te jode. Así que no veas la que les estará cayendo a los indios, por muy salvajes y belicosos que sean los aborígenes. Ponles delante a uno de Soria con hambre y ganas de follar. Mon Dieu. Se van a enterar Moctezuma, Atahualpa y todos esos comanches de las plumas, de lo que vale un peine. De culo van, y cuesta abajo. Cuando los españoles terminen de pasárselos por la piedra de amolar no va a reconocerlos ni la india que los parió. Y si no, al tiempo. Porque esos desgraciados ibéricos no son como nosotros, los franceses y los ingleses y los belgas, que civilizamos a la peña dándole besos en la boca, con lengua. Besos consentidos, naturalmente, con total liberté, egalité y fraternité.

IV

Pero oye, churri. Volviendo a Pavía y a mi desdicha, resulta que, con el panorama que te cuento, que ya es de peligro, encima el muy borde del marqués de Pescara va y me los calienta más a esos animales contándoles —lo que además era una cochina mentira asquerosa—, que yo había ordenado

degüello general y no dar cuartel a ningún español, y que o ganaban aquella batalla o iban listos de papeles. Así que figúrate. Con la mala hostia que ya de natural tienen esos prójimos, allá fueron todos, o más bien vinieron, o sea, imagina con qué talante, blasfemando en arameo, que si Santiago y Cierra España y que si Dios y la Virgen y San Apapucio, y el Copón de Bullas y la Puta de Oros a caballo. Empujándose unos a otros para llegar el primero a la escabechina. Y resulta que en plena noche están mis centinelas allí, tranquilitos de guardia y tan campantes, a lo suyo, saboreando el vino de Burdeos y los caracoles a la borgoñona que esa noche teníamos de rancho, au clair de la lune como quien dice, mon ami Pierrot, y de pronto se lía la pajarraca, pumba, zaca, cling, clang, y se monta un cipote de tres pares de cojones. La de Pavía.

En fin, mi vida. Que yo salgo de la tienda de campaña en camisón de dormir, con la armadura flordelisada a medio poner encima. Y pregunto qué coño pasa, mondieu; y un pagafantas de mi estado mayor, el marqués de Les Couilles Violets, va y dice: *«Es que los españoles huyen, majestad»*. Y añade que lo sabe de buena tinta, el muy subnormal. Entonces yo contesto que parfait, que me traigan el caballo y la espada y la lanza que vamos a perseguirlos hasta hacerlos picadillo. A los fugitivos. Una carga de caballería voy a darles a esos manolos, digo, que se van a ir por la pata abajo. Pour la France, con un par. Así que entre la niebla y el amanecer organizamos la galopera, me pongo al frente de mis mesnadas, grito sus y a ellos, que son pocos y mal alimentados, y los dos bandos nos acometemos con unas ganas que para qué te cuento, mon amour. A lo bestia.

Y mira, oye. Lo primero de todo, que para eso somos los buenos de esta batalla, le hacemos filetes a los malos un escuadrón de caballería, y nos quedamos con sus cañones por todo el morro, vive la France y todo eso, mientras ellos intentan su movimiento de flanqueo. Que, como sabes, es atacar al enemigo por el flanco. Lástima que no me vieras, coñito mío, tan gallardo como acostumbro, cargando a la cabeza de mis gendarmes y caballeros como en los torneos, la caballería andante rediviva, epa-yao, deliciosamente feudal, como te digo, el espectáculo, que no me daba besos a mí mismo porque con el casco y la armadura no podía. No me llegaba al sitio del beso. Y fíjate cómo le pondríamos de chunga la cosa a los imperiales, que luego me contaron que un capitán italiano, viendo el panorama, le dijo al marqués de Pescara: *«Pardiez, paréceme cordura recogernos un poco en aquel bosquecillo»*. Pero el otro, un abuelo correoso que no veas, con más batallas a cuestas que le grand pére Cebolleté y más mili que el cabo Finisterre, le dijo anda y que se recoja tu pinche madre, chaval, que yo estoy viejo para ir corriendo de un lado para otro. No te jode, aquí, el mantequitas blandas. Correr sólo vale para morir cansado, so capullo. Así que se volvió a la infantería española, los arcabuceros de las compañías vizcaínas y guipuzcoanas y castellanas y los otros que por allí andaban hasta sumar mil y pico, que tampoco eran tantos, y les dijo: *«Señores, mecagüentodo. A vender caro el pellejo tocan. No hay que*

esperar sino en vuestros arcabuces y en Dios, por ese orden. Si nos ganan, que al menos la victoria les cueste un huevo de la cara, o los dos». Y entonces todos se pusieron a gritar: *«Olé tus pelotas, aquí están los españoles, aquí está Pescara, Es-pa-ña, Es-pa-ña, Es-pa-ña»*, como si aquello fuera una final de liga, que en realidad lo era.

V

Y a todo esto, cariño, mientras tanto, allá les vamos nosotros, o sea, yo, moi, le roi, con toda mi flamante caballería pesada de la nobleza francesa y con los lansquenetes alemanes que nos siguen pasito misí, pasito misá. Con el grueso de mi rutilante tropa homologada por Bruselas. Y cuando veo a los jinetes enemigos hechos una piltrafa, palmando de diez en diez, considero que la batalla está ganada, pues como buen caballero y gentilhombre desprecio a la chusma de a pie, y creo —hasta ese momento te juro por mis muertos más frescos que lo creía— que es la flor y nata a caballo, la élite montada, la que decide ese tipo de cosas. Que un caballero siempre es un caballero, de buena familia y como Dios manda, y para eso monta a caballo, para que se le note; y un pringado a pie siempre es un pringado de a pie, chusma popular sudorosa y demás, apropiada para caminar junto a tu estribo con un catavinos y una botella de Tío Pepe. Que todavía hay clases, y el que vale, vale. O eso creía yo. Así que toco carga, tía. No veas. Una carga preciosa, las cosas como son, espadas y banderas en alto y todo eso. Tararí tararí, hacen mis alegres trompeteros. Y allá vamos, galopando como en las películas, flameando los pendones, sedientos de sangre y de gloria, gritando Vive la Frans y todo lo que se grita en esos casos. Yo parecía Errol Flynn, te lo juro. Pero aquellos fulanos chaparros y morenos, aquellos españoles barbudos de enfrente, asómbrate, con los cojones duros y pegados al culo como los tigres, aguantan, cherie, o sea, maldita la furcia que los parió: se mantienen en sus posiciones junto al bosquecillo de marras, ciscándose en Dios y en su madre pero sin retroceder un paso aunque les vienen encima cientos de toneladas de caballos y de armaduras, y además mis piqueros tudescos, que llevan lanzas largas que da miedo verlas. Pero oye, chochi. Cuando después de la primera pasada decido retroceder un poco y me reagrupo para ordenar las filas y tomar aire, veo que me han dejado en el campo, a bote pronto y allí mismo, por la cara, cinco mil palmados de los míos. Como te lo cuento. Para que me dé un soponcio.

Y encima resulta que en el resto del frente las cosas no van mejor. Siendo exactos, van de pena. Mis mercenarios alemanes de la Banda Negra, o sea, lo mejor de cada casa —tendrías que verles el careto a esos animales, si hubiera quedado alguno vivo— se enfrentan a los también alemanes que se lo curran para el Emperador. Imagínate el cuadro, habida cuenta que entre ellos se odian a muerte, todo ese cipote de tudescos dándose hostias unos a otros, hasta arriba de cerveza y marcando el paso de la oca: up, aro, up, aro. Unos gritando Heil Franzosen, según quien les paga, y otros gritando Heil Spanien. El caso, con los alemanes, siempre es gritar Heil Algo. Aberrante, o sea,

imagínate. Kafkiano. Al final ganan los imperiales, que también es mala suerte la mía, y al mismo tiempo me entero de que, en el otro lado, el grueso de la infantería española, al grito de *«Santiago, España, cierra, cierra»*, está pasándose por la piedra, ris-ras, a mis pobres mercenarios suizos, que con esa cara de intelectuales que suelen tener los suizos ponen pies en polvorosa, por primera vez en su larga y honorable historia de tropas a sueldo del mejor postor; y de suizos sólidos y fiables pasan a convertirse en suizos de café con leche.

Y total, nena. A esas alturas de la feria, comprendo que no es mi día. Ni mi año. Y me temo que ni mi década. Aquello parece el mostrador de una carnicería moruna, o sea. De Tánger mismo. Tengo quince mil muertos, que se dice pronto, y el río Tesino baja lleno de fiambres de orilla a orilla. Fosfatina, me han hecho a la tropa. Esos cabrones. En realidad me encuentro, te lo confieso, bastante confuso. No logro explicarme cómo un ejército tan caballeresco y flamante como el mío, en orden y bien alimentado, un ejército francés de la Francia, lleno de gente rubia y con ojos azules, acaba de ser hecho trizas ante mis ojos en poco rato por una chusma meridional y sudorosa, fulanos con una sola ceja que eructan y carecen de modales, ni me explico cómo esos arcabuceros impasibles, morenos y con tan mala leche han sido capaces, contra toda lógica, de destrozar en una sola mañana y en campo abierto a la mejor caballería de Europa, la francesa, y a la mejor infantería de Europa, la suiza. Histórico, niña. Como para aplaudir, si no fuera yo quien pagara la juerga. Y ahora todo es bang, y ziaang, y chas, y me veo con toda mi estupenda y emperifollada caballería en el centro de aquella merienda de negros. Y de ti para mí, lo confieso: bastante acojonado.

VI

Porque imagínate el cuadro, prenda mía. En ese paisaje sólo quedo yo en el centro con mis mejores jinetes, bien agrupados y a caballo, La crème de la crème esa de la que te hablaba antes, mis marqueses y mis condes y mis duques y sus hijos y sus cuñados, todos con sus armaduras floridas y sus penachos y sus caballos purasangres que valen un pastón largo, en busca de un hueco no para cargarle al enemigo, que eso ya es lo de menos, sino para largarnos de allí cagando estopa, vamos, como quien se quita avispas del culo, entre las filas de arcabuceros españoles que nos rodean arrojándonos encima una nube de plomazos que repica contra los arneses como si granizara. Clang, clang, clang. Tenías que oírlo, chati. Al final empiezan a pegarnos tiros a los caballos, pumba, pumba, con una grosería y una falta de modales inaudita, y cada vez que uno de mis leales vasallos da con la armadura en tierra, con mucho cling-clang y mucho ruido, los españoles dejan sus arcabuces, y a la carrerilla se meten entre nosotros, espada o daga en mano, para rematarlo en el suelo, chas, chas, chas. Entre varios y a lo bestia.

Sigue imaginando, amor mío. Yo, en fin, gallardo y valeroso como suelo, grito mucho vive la France, a mí, uníos a mí, sus y a ellos, etcétera, que es lo que se espera, supongo, que un rey francés diga en esos casos; pero de allí no

hay quien salga, y los españoles se meten ahora entre las patas de los caballos, desjarretándolos o destripándolos con sus dagas, para hacernos caer al suelo —imagínate el hostiazo, cubiertos también de coraza, cataclás, quinientos kilos de carne y acero viniéndose abajo con jinete incluido— y se arrojan como lobos sobre mis pobres gentilhombres, a los que degüellan sin misericordia metiéndoles los puñales entre las junturas de petos y yelmos mientras éstos intentan levantarse del barro con las pesadas armaduras que los cubren; y da lástima verlos protestar a los pobrecillos, pero quesquesé, silvuplé, esto no es jugar limpio, pardieu, qué falta de etiqueta, etc, etc, mientras los otros les meten los aceros por el garganchón, chaf, ras, glup. Así los míos pasan de ser florida caballería a montones de filetes sangrantes bajo las armaduras: al pobre Couilles Violets le levantan la visera del yelmo y le destrozan la cara con la moharra de una pica. Al duque de La Refanfinflére le sacan el casco, y mientras unos, la mayoría, le quitan la cadena de oro y las sortijas, otros le echan atrás la cabeza y lo desangran como a un cerdo. A La Soufflebottoniére y a no sé cuántos les levantan los faldetes del peto y les disparan el arcabuz en las entrañas, reventándolos dentro de su armadura, pumba, chof, que da grima, te lo juro, sólo recordarlo. Así me los van haciendo palmar uno por uno, a mes enfants de la patrie, bang, ris, bang, ras, y me quedo más solo que la una. Alone, que diría el rijoso de mi primo Enriquito VIII, ahí tan campante en Londres descabezando esposas y ñaca-ñaca, ponte así y ponte asá, de divorcio en divorcio mientras disfruta con el espectáculo de ver los toros desde la barriére.

VII

Y en esas sale mi número, o sea, cariño, que me llega el turno. Quiero decir que a mi caballo, el fiel Gastón Royal Fashion, le pegan varios tiros en la cabeza, bang, bang, y me voy abajo con todo mi golpe de armadura, zaca, pegándome una costalada de veinte pares de cojones. Pero mucho ojito, cherie, soy un rey francés y para cojones los míos; así que intento levantarme a pesar de la armadura, y cuando casi lo he conseguido meneo la espada dispuesto a morir empachado de gloria como el resto de mis pobres muchachos. Pour la France. Pero cuando echo un vistazo alrededor y veo la que se me viene encima, el tropel de fulanos barbudos con los ojos inyectados en sangre que se arroja directamente a mi real pescuezo, me lo pienso mejor y digo bueno, vale, voyons, soy el rey, a ver aquí a quién hay que rendirse. A ver si nos organizamos un poco.

Y ahí surge el problema, mon amour. La cosa no está nada clara, porque en mitad de la pajarraca me caen encima varios de esos cromañones; y uno, con las manos ensangrentadas, la cara tiznada de pólvora y una cara de loco que te cagas, llega y me dice: *«Errenditú, bestela barrabillak mostuko dizkiat»*. Y yo me digo que tiene delito la cosa, seis años estudiando español con un profesor nativo particular, figúrate, y el tal profesor en plan pelota, perfecto, majestad, un acento de Valladolid que ya lo quisiera Carlos V, etcétera, y ahora resulta que estoy aquí en una batalla y con el ruido y la

vorágine no me entero de nada. No comprendo un carajo de lo que suelta este fulano. Barra de billar, me parece que dice, pero no sé qué coño tiene que ver una barra de billar con todo este invento. Así que me levanto la visera del casco, acerco la oreja y le digo, con mucha educación y mucho tacto: «¿Pardón?... ¿Quesque vudisez?». Y el otro, con una cara de mala leche que ni te cuento, me pone la espada en el real gaznate y me pregunta *«¿Errenditú?»*. Y yo le contesto que yo bien, gracias. Bien de momento. ¿Y tú?, añado en plan simpático. Pero empiezo a mosquearme, porque de pronto se me ocurre que a lo mejor no me estoy rindiendo a un español, sino a un alemán, o a un suizo, o a un croata, o vete tú a saber.

A lo mejor la he cagado, recapacito. Y éste sólo pasaba por aquí y no manda un huevo o es de otra guerra, me digo. Así que decido no rendirme, y me bajo otra vez la visera del casco, y le tiro al fulano raro ese una estocada, pero le fallo porque a esas alturas del pifostio, mi pulso, desde luego, no es lo que era. Y no veas cómo se pone, el tío. Lo a pecho que se lo toma. Ya ni dice errenditú, ni errendiyó, ni barra de billar ni nada, sino que empieza a darme sartenazos con la espada, que se los voy parando de milagro, y al final, sin resuello, me subo otra vez la visera y le digo vale, tío, me has convencido, me rindo. ¿Capichi?. Je suis le roi, y me renduá pero ya mismo. Rendemoi. Así que deja de darme espadazos en los huevos. Y en estas llega otro español, o lo que sean estos fulanos, y le dice al energúmeno: *«Juantxu, detente pues. Rey francés es, trincado lo hemos. Aúpa Hernani»*. Y entonces empieza a llegar gente y a abrazarse y a decir aúpa, aúpa, como en los Sanfermines, y resulta, al fin me entero, que los que me han trincado son de una compañía de arcabuceros guipuzcoanos, y que el energúmeno se llama Juan de Urbieta y es de un sitio que por lo visto le dicen Hernani, y que eso que mascullaba del errenditú y la barra de billar significa literalmente, en su lengua de allí: *«O te rindes o te corto los cojones»*. Que ese es el problema, ahora me doy cuenta, que tienes con los españoles en esto de las guerras: que vas a rendirte con toda tu buena fe, y si no controlas la cosa lingüística, depende con quién caigas pueden darte matarile por el morro, mientras tú miras alrededor desesperado en busca de un intérprete. Como si ya no tuvieran bastante peligro por sí mismos, estos hijoputas.

En fin, chica. Que al final llegó uno que mandaba algo y me puso a salvo, que ya iba siendo hora; aunque, mientras llegaba, los errenditús me robaron todo lo que llevaba encima, incluido el Rolex de oro y la medallita de mi primera comunión. Luego me trajeron de viaje con mucha ceremonia pero con mucho recochineo, y aquí me tienes, en los Madriles, comiéndome más talego que el conde de Montecristo, mientras espero que a mi primo el emperador se le ponga en los huevos soltarme. Que, por lo que veo, se lo toma con calma.

VIII

Y la verdad te digo. La torre esta de Los Lujanes no es mal sitio: un poco oscura y húmeda, pero a veces me dejan salir a cenar a Casa Lucio, con escolta, o ir a un tablao flamenco, y mientras zampo y le doy al morapio me

consuelo pensando que peor están ahora mis nobles caballeros, La Soufflebottoniere y los otros, La crème de la crème y todo eso, putrefactos y a dos palmos bajo tierra. Sic transit gloria mundi, que decía no me acuerdo quién. Demóstenes, me parece. O uno de ésos. A mí, volviendo a lo importante, me toca, créeme, la prueba más cruel, lo más duro y terrible: seguir vivo. Eso sí que es jodido. Pero no me quejo, porque mi vida no es mía —por eso no dejé que me mataran en Pavía, y muy a mi pesar, haciéndome gran violencia ética, pedí cuartelillo— sino de Francia. Y quien vive hoy puede luchar mañana. O pasado mañana. O vete tú a saber cuándo.

Respecto a mi libertad, Carlos dice que de rescate ni hablar, que eso es muy antiguo y que desde el Amadís no se usa, y que a ver si me creo que soy Ricardo Corazón de León. Que menos lobos, Paquito, dice —no te puedes imaginar lo que me revienta que ese chuloputas me llame Paquito—. Aprovechándose de los trenes baratos, ahora se ha puesto flamenco y quiere que le devuelva la Borgoña, y que abandone mis pretensiones sobre Flandes, y sobre Nápoles y Milán, y un montón de cosas más. Mucho me temo que, con esto de Italia y Flandes y con ese oro que están trincando en América, estos gañanes van a crecerse mucho; y a ese chico, Carlos, y a su familia les espera por delante una buena racha, y que al menos por un siglo o dos nos van a dar bastante por saco a nosotros, a Europa, e incluso a Su Santidad, que les tiene tanto miedo en Italia que no le cabe un cañamón por el ojete. En fin, qué remedio. Ya vendrán tiempos mejores; hasta entonces, ajo y agua. Ya llegará el verano. El caso es que dice el Ausburguito de los huevos que si le doy mi palabra de honor de caballero de que respetaré esos compromisos, me da boleta pero ya mismo. Y la verdad es que me lo estoy pensando. Me refiero a lo de dar la palabra de honor, que es gratis, porque lo otro no pienso darlo ni harto de le nouveau Beujolais est arrivé. A fin de cuentas, eso se arregla luego con retractarme de lo prometido cuando esté otra vez libre y a salvo en Francia. Que de caballerosidad y honra ya tengo lo mío, maldita sea mi estampa. Tengo murga de ésa por un tubo: tararí, tararí, y al final de tanto tararí, uno, por muy caballero y muy elegante y mucho real paquete que marque, termina con el errenditú de los cojones, el Juan de Urbieta ése y toda su cuadrilla de vascongados, de españoles o de lo que se llamen, que ni ellos mismos se aclaran, encima de la chepa y dándote las tuyas y las de un bombero. Mucho me temo, churrita de mis carnes, que los tiempos están cambiando. Y que a la elegante caballería, o sea, a los caballeros andantes o galopantes, por muy reyes que seamos, nos quedan dos telediarios y cuatro polvos. Aunque eso último pienso solucionarlo en cuanto te vea..

Te adoro, etcétera. Ton amour royal

François

Este relato original se publicó por primera vez en el año 2003.

Última noche en Yuste

Juan Manuel de Prada

El mayordomo Luis de Quijada asistía al anciano Emperador Carlos desde su reclusión en Yuste. Había llegado vencido por los años, los trabajos de la guerra y las intemperancias del apetito, doloridos los huesos, más descolgado que nunca el labio inferior, que era el distintivo regio de su estirpe. El Emperador había decidido separarse del mundo, separarse del poder, separarse de las riquezas, separarse de la ambición, separarse de las pasiones, separarse de la gloria que lo había aureolado desde la cuna. Y Luis de Quijada había acompañado al Emperador desde el castillo del conde de Oropesa, en la última estación antes de llegar al monasterio jerónimo, cuando su litera pasó entre dos filas de alabarderos formados, que arrojaron con tristeza las alabardas al suelo, porque ya no querían usar más aquellas armas, después de haberlas empleado en su servicio. Más tarde, había subido con él por la cuesta pedregosa que conduce desde Cuacos al monasterio, donde toda la comunidad jerónima, con el prior al frente, había besado su mano baldada por el reúma, antes de acompañarlo hasta la iglesia, para cantar un *Te Deum* de acción de gracias.

Luis de Quijada se había encargado personalmente de preparar la estancia en la que el Emperador se había recluido desde entonces. Era una cámara muy pequeña, casi una celda monacal, de techo alto y oscuro, con vigas y tablas de castaño. De las paredes de cal desnuda, sin tapices ni cuadros (salvo uno de Tiziano, pintor por el que el Emperador siempre había sentido predilección, que representaba el Juicio Final), colgaban paños de negro terciopelo; y los muebles no eran muchos ni muy ricos. En el muro maestro, que era el de Oriente, junto a la chimenea, se abría un ventanal sobre el jardín. Era siempre muy verde la luz que entraba por este ventanal, como por una vidriera de esmeralda, en contraste con la mortal palidez del Emperador.

—Adelante, don Luis, no os quedéis a la puerta –dijo, con la voz teñida de lejanías—. Ayudadme a incorporarme del lecho.

Luis de Quijada tenía permiso para entrar sin anunciarse; pero no lograba acostumbrarse a las familiaridades que el Emperador graciosamente le había concedido. Tumbado en su lecho, con la cabeza orientada hacia el mediodía y el viudo corazón hacia poniente, el Emperador oía misa todos los días, a través de una abertura practicada en la pared por la que los frailes jerónimos le daban la comunión. Luis de Quijada lo ayudó a alzarse y lo condujo hasta el

sitial, de roble y cuero, que se hallaba junto al ventanal. Todos los días le pedía noticias de su hijo Felipe, que lo inquietaban. Luis de Quijada le había narrado meses atrás, con palabras encendidas de entusiasmo, el triunfo de San Quintín; pero el Emperador había lamentado entonces que Felipe no hubiese seguido avanzando hasta París. Para espantar su desazón, el Emperador se había rodeado de relojes que destripaba durante el día para después recomponerlos durante la noche. Y así, perdiendo entre los dedos engranajes y ruedecillas, como se pierde el agua entre los mimbres de un cestillo, se le iban al Emperador las horas, las noches y los pulsos del corazón.

—¿Han llegado noticias de Gravelinas? –preguntó, con niebla en la mirada.

—Son todavía confusas, señor… —murmuró el mayordomo, sin atreverse a cruzar la mirada medrosa con la de su señor.

—Siempre son confusas las noticias de la derrota –dijo el Emperador, con una suerte de severa nostalgia que parecía venir de ultratumba—. La era de las grandes victorias toca a su fin. Y Europa entrará pronto en fermentación, como el mosto en la cuba.

Contempló, a la luz del crepúsculo, el jardín de naranjos y limoneros que resplandecían como el fuego, antes de perderse entre suaves paseos de olmos, fresnos, castaños y nogales, que luego, hacia el Sur, se entreveraban de robles, encinas y olivos. Al Norte, sobre los tejados, se veían las cumbres abruptas de Gredos, que tenían a Yuste en su falda. Por el cielo revoloteaban graznando los grajos que anunciaban la noche, como nuncios fatídicos de muerte. El Emperador contempló complacido los parterres alumbrados de rosales de Bruselas.

—¿Por qué no habéis mandado plantar también tulipanes, don Luis? —le preguntó.

—Son las flores de la Reforma, señor –dijo el mayordomo, titubeante—. Pensé que os podrían ofender.

—Las flores son todas de Dios; nada que venga de Dios puede ofenderme.

A veces, mientras contemplaba las flores del jardín, el Emperador creía ver el rostro de la Emperatriz Isabel, tal como la había retratado Tiziano, pero más vivo aún sobre el fondo luminoso y verde, como la llama suave de una rosa sobre la verde espina. Habían transcurrido ya veinte años de la muerte de la Emperatriz, de quien tan enamorado había estado, de quien tal vez lo siguiese estando todavía, entre las cenizas de la vejez.

—Me encargaré, pues, de que los planten –se excusó, aturullado—. Pero habrá que esperar el tiempo propicio…

—No podré verlos florecer… —murmuró el Emperador—. Ni tampoco veré la derrota de la Reforma. ¿Sabéis por qué la combatí con todas mis fuerzas?

Luis de Quijada procuró que su voz no sonase ampulosa:

—Sois el paladín de la Iglesia. Y no podíais admitir que un fraile bellaco

la corrompiese…

—La Iglesia ya estaba terriblemente corrompida, no era posible corromperla más… –lo atajó el Emperador con una sonrisa cansada—. Pero no se pone remedio a los errores cayendo en uno más grande. ¿Recordáis la parábola evangélica del trigo y la cizaña? Allí se nos advierte contra el peligro de arrancar la cizaña antes de tiempo; y se nos indica que esa es una tarea que no nos corresponde ejecutar a los mortales. Lutero pensó presuntuosamente que podía anticiparla...

Luis de Quijada sabía de los muchos esfuerzos empleados por el Emperador en evitar la división religiosa de Europa. Y sabía de sus afanes, primero en las dietas organizadas para aplacar a los rebeldes, después en la convocatoria del Concilio de Trento, venciendo incluso las reticencias de Roma.

—Los dogmas religiosos no son meras abstracciones sin consecuencias sobre la vida, don Luis. Lutero pensó que podría alterar algunos dogmas sin que el edificio se resintiese. Y sólo consiguió desbaratarlo. ¿Entendéis lo que os quiero decir?

Luis de Quijada agachó la mirada, compungido:

—Me falta ciencia para entenderlo del todo, señor.

Y, sobre todo, le gustaba que la inteligencia del Emperador se avivase; pues, mientras le hablaba de estas cuestiones, parecía recuperar el brío juvenil. Sentado en el sitial, el Emperador parecía, paradójicamente, más desvalido que nunca. La barba blanca y sin retajar le daba un aspecto de monje antiquísimo, como rescatado de alguna miniatura medieval.

—Repara, por ejemplo, en el dogma del pecado original –dijo—. La naturaleza humana está herida por el mal; pero conserva el instrumento de la libertad y los beneficios de la Redención para vencerlo. Lutero adulteró este dogma, instaurando una visión aciaga de la naturaleza humana y negando nuestra libertad para alcanzar el bien. Y si la naturaleza del hombre está corrompida, su razón, inevitablemente, se vuelve ciega y sorda. Así la definió Lutero: ciega, sorda, necia, impía y sacrílega. Y una razón tarada…

—No puede entender el mundo –concluyó Luis de Quijada.

—Eso es… No puede alcanzar las verdades universales… Tiene que conformarse con crear su propia verdad, una verdad ideal o subjetiva. Y así el mundo termina convertido en un caos, en una pesadilla, en un vacío atroz. Es el desenlace natural, cuando la razón no puede alcanzar una visión unitaria del mundo.

El Emperador se había acodado sobre la mesa de roble donde se alineaban varios relojes. Antes de recluirse en Yuste, los relojes ya eran un antiguo amor y un consuelo firme del Emperador. Pero, recién llegado a Yuste, había ordenado que el matemático Juanelo Turriano le trajese varios de su taller, con los que se pasaba las noches de claro en claro. Los relojes, que están hechos para medir y recordar el tiempo, le servían al Emperador para olvidarlo, tal vez para mejor acordarse de la eternidad. Mientras los destripaba

y volvía a componer, contemplando absorto la perfecta armonía de sus engranajes y ruedecillas dentadas, el Emperador evocaba la armonía de una edad dorada que había soñado con volver a instaurar.

—Y, si ni siquiera podemos concebir una imagen unitaria del mundo, ¿cómo vamos a concebir la eternidad, allá donde no hay tiempo? –preguntó el Emperador en un murmullo.

Al Emperador le gustaba que su mayordomo le leyese de vez en cuando un capítulo de las Confesiones de San Agustín sobre el fluir del tiempo. Luis de Quijada se lo leía en voz alta, como un cántico, porque el cántico, el fluir melodioso de la voz humana, le ayudaba a entender mejor la esencia del tiempo. Y mientras Luis de Quijada leía el pasaje agustiniano, el Emperador se dedicaba a su diversión predilecta, que era cuidar de sus relojes y mantenerlos todos andando al unísono. A veces, cuando no lograba conciliar el sueño, le pedía que lo ayudase a desbaratar alguno, para volver a montarlo de nuevo.

—Lutero era un fraile fracasado —se atrevió a deslizar el mayordomo, pensando que así lo consolaba—. Un maldito de Dios, rehén de las concupiscencias más torpes. Ahora se estará pudriendo en el infierno.

—No le deseo semejante cosa —lo atajó el Emperador—. Espero que se haya salvado y haya podido al fin comprender la verdad. Detrás de su furor reformista palpitaba, ciertamente, el fracaso. Pero no creas que su fracaso mayor era de índole carnal. Era más bien el fracaso espiritual de un hombre que había hecho todo tipo de sacrificios, penitencias y abnegaciones por alcanzar la unión con Dios. Y, al no lograrla, trató de justificar sus propias debilidades: puesto que el hombre pecador nada podía hacer por alcanzar la salvación, concluyó que Cristo ya había sufrido suficientemente por nuestros pecados; y que, por lo tanto, ya estábamos perdonados. ¿Sabes lo que esto significa?

Luis de Quijada lo ayudaba a desbaratar los relojes, pero no a recomponerlos. Un reloj no se compone «entre varios»; y aunque así se hiciera, el Emperador no lo hubiera querido, porque «entre varios» no hubiese alcanzado lo que buscaba.

—Que nos basta con tener fe para salvarnos. Que nuestras obras son indiferentes, que podemos pecar sin temor a condenarnos.

—A simple vista parece una visión promisoria, porque aleja la culpa y el remordimiento de nuestras almas –asintió el Emperador—. Pero en el fondo se trata de una idea sombría, porque niega la libertad humana para vencer las tentaciones y también la gracia de los sacramentos. Según Lutero, el hombre carece de capacidad para sobreponerse al pecado; así que será su propia conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, la que ordene su vida religiosa.

La operación de montar un reloj producía en el Emperador una suerte de paz beatífica, en la que las turbaciones del alma se volvían imposibles. Montaba sus relojes con amor, con meticuloso cuidado, con atención absorta, hasta ajustar todas las piezas con perfecto orden.

—Es la soberbia de la ignorancia –dictaminó Luis de Quijada, creyendo que así halagaba a su señor.

—Y algo todavía peor –dijo el Emperador—. Un hombre dispensado de discernir un orden moral objetivo puede refugiarse en su conciencia subjetiva. El bien ya no será una categoría que el hombre discierne a través de la razón, sino lo que en cada momento determine que es bueno; o, dicho más descarnadamente, lo que le beneficie. Y el mal será desde ese momento aquello que le perjudique. Así la conciencia humana se convierte en un instinto sin freno, guiado por la pura conveniencia; y el hombre, tomando las decisiones que le convienen, se cree libre como el viento, aunque sólo sea esclavo de sus pasiones. De ahí nacen los conceptos políticos más monstruosos.

Al Emperador le quedaban apenas tres dedos de la mano derecha para montar relojes, pero lo hacía con una facilidad pasmosa, con la misma facilidad con que en sus años mozos había organizado el gobierno del mundo. Para el Emperador, el arte del gobierno se traducía en una *Imago Mundi* como reloj perfectamente engrasado, silencioso o sonoro en sus tiempos, lleno de conciencia, de virtud interior, de sobrio ornato, como limpio espejo del alma. Pero esa luminosa *Imago Mundi* había sido desbaratada y traicionada por Lutero. Hasta los cielos azules de la unidad europea se habían encapotado con las negras nubes de la herejía y la discordia. Solamente los relojes, amigos fieles y constantes, lo satisfacían ya. No se cansaba de ver la regularidad de sus movimientos, que pasaban de la ruedecilla al piñón, del piñón a la ruedecilla, con igualdad y elegancia, en maravillosa armonía.

—¡Ay, don Luis, si fuera una cuerda la milicia, y otra cosa con ella, bien engrasada, la política, y otra la economía, y otra la ciencia, y una aguja el monarca y otra la Iglesia, y un hermoso horario la historia universal, y todo girase concorde en su diversidad, al compás de los cielos, en la sucesión de las noches y de los días! –se lamentó el Emperador—. Ese es el mundo que quise construir. Por eso combatí a Lutero.

—Por alcanzar el orden perfecto querido por Dios.

—Pero si la inteligencia humana está tarada por el pecado original, como pretendía Lutero, no puede aspirar a entender las leyes de la política –continuó el Emperador, con voz lóbrega—. Acaso sin pretenderlo, la doctrina de Lutero legitima el poder concebido como instrumento para reprimir la intrínseca maldad humana.

Luis de Quijada contemplaba sus manos baldadas por el reúma, que al contacto con las piezas del reloj destripado se volvían milagrosamente ágiles. Se atrevió a comentar:

—Y, sin embargo, azuzó la rebelión de los campesinos alemanes contra sus príncipes…

—Lo hizo porque pensó que los campesinos lo apoyarían en su lucha contra Roma. Pero luego, una vez consiguió que esos príncipes felones abrazasen su doctrina, los exhortó para que aplastasen del modo más

inmisericorde a los campesinos rebeldes. En último término, lo que predicaba es que los súbditos obedeciesen al príncipe en todo, de una manera ciega.

—¿Aunque el príncipe les ordenase algo contrario a la justicia? –preguntó desazonado el mayordomo.

—Si la razón humana está corrompida, no puede saber qué es acorde o contrario a la justicia. Y entonces sólo le queda obedecer las leyes que dicta el príncipe, sean justas o injustas. Si la razón humana está corrompida, el poder se erige en puro ejercicio de la fuerza.

Luis de Quijada miró a su señor con reverencia. ¡Cuánto había combatido contra la confusión, la vanidad y la rebeldía! Pero a la postre, el mundo que había soñado había quedado reducido a añicos por la doctrina de Lutero. Los relojes, en cambio, nunca le habían fallado. En la pequeñez del reloj hallaba una ley universal, cumplida sin un solo desmayo; en su mecanismo exacto hallaba la cifra de la música que mueve las esferas celestes. En ese corazón seguro de resortes y ruedas dentadas, donde el tiempo vive dentro de sí y, a la vez, vive para todos, hallaba el ejemplo que debía guiar al monarca en sus labores de gobierno.

—Antes de que Lutero propagara sus doctrinas, los príncipes estaban limitados por una ley humana, la costumbre, y por una ley divina que no podían conculcar —dijo el Emperador—. Ambas barreras quedan anuladas por las doctrinas de Lutero, que en su obsesión por destruir la autoridad del Papa convierte al príncipe en representante de Dios en la tierra, afirmando que todo auténtico cristiano está obligado a someterse incondicionalmente a su mandato. La monarquía, antes de Lutero, se había acomodado a la sentencia de San Isidoro… ¿La recordáis?

Muchas veces se la había repetido el Emperador; y aunque Luis de Quijada no era versado en latines podía formularla sin temor a trabucarse:

—*Rex eris si recte facias; si non facias, non eris.*

—Y así, obrando rectamente, la monarquía podía ser el más perfecto de todos los gobiernos posibles, por ser uno, perpetuo y limitado. Pero, al destruir esos límites que constreñían al monarca, Lutero instaura la deificación del poder civil. El gobernante se convierte en objeto de adoración ciega, y su poder será puro ejercicio de la fuerza sin restricciones; o sin más restricciones que los reglamentos que él mismo proclame, según su conveniencia y capricho. Así se corrompe el principio de autoridad, hasta su confusión con la mera fuerza despótica. Desde entonces, la tensión social y la guerra constante se convierten en el clima natural de Europa. ¿Comprendéis ahora por qué combatí a Lutero?

Mientras componía los relojes, el Emperador se hundía en el gusto amoroso de lograr un orden perfecto, reconstruido pieza a pieza. Y cuando oía el primer tictac del reloj renacido seguía sus pulsaciones como si una vida y un orden nuevos renacieran.

—Creo que lo comprendo, señor –asintió el mayordomo—. La política se convierte en despotismo que genera un infierno de división…

En estas conversaciones pasaron la noche. Y cuando el Emperador ya rendido, con la luz del alba en los cristales, volvió a acostarse, el compás de los relojes recompuestos parecía la respiración de un niño que acabase de nacer. ¡Era tan bello el tiempo en los relojes nacientes! Pocos días antes, el Emperador había mandado celebrar por anticipado sus exequias fúnebres en la iglesia del monasterio. No lo había movido al hacerlo la extravagancia macabra, sino el deseo piadoso de reunirse pronto con su Hacedor; y, fuera de sus devociones, su única participación durante la larga vigilia había consistido en entregar al celebrante la palmatoria encendida, en un acto simbólico de rendida modestia. Había pedido que lo enterrasen en el altar de la iglesia, no debajo del altar («por ser lugar exclusivo de los santos») sino detrás, de modo que el sacerdote, al oficiar, pisase «la cabeza y los pechos» de su cadáver. Ahora, tumbado en el lecho, podía ver el altar mayor de la iglesia por la abertura practicada en la pared frontera. Allí, a la luz medrosa de las lámparas votivas, se distinguía una hermosa imagen de la Virgen.

—Y todavía Lutero nos trajo un mal mayor, don Luis –musitó el Emperador—. Si la naturaleza humana está corrompida, toda pretensión de plasmar la Belleza se torna insatisfactoria. Pintando a la Virgen María, nuestros artistas certificaron la unión de Dios con el mundo material: pues María, que es la gota más pura salida del lagar de la humanidad, es también la gota de cuya destilación ha salido el mismo Dios. Pintando a María, el arte selló de forma sublime la alianza entre Creador y criatura. El arte de nuestros pintores no sólo había logrado plasmar la Belleza, sino que también había conseguido gestarla en su propio vientre y nutrirla con su propia leche. Lutero, al negarse a venerar a María… —tragó saliva, como si lo que se disponía a decir lo angustiase—: ¡Ha negado al hombre la posibilidad de criar a Dios en su regazo! Así, el arte deja de beber en su fuente originaria y no hace sino amustiarse. ¿Lo entendéis, don Luis? No se puede cortar el tallo de una flor y pretender que sus pétalos no se marchiten…

Algo empezaba a entender Luis de Quijada. Con Lutero, se habían secado todos los lirios simbólicos de la Edad Media. Antes de Lutero, el hombre había sido capaz de penetrar en el corazón del Misterio a través de símbolos compartidos que tendían un puente con las realidades sobrenaturales. Y Lutero había volado ese puente que hacía posible la comunión entre los hombres y su vínculo amoroso con Dios.

—Al mediodía vendrá a visitaros Jeromín… —recordó el mayordomo, cuando se hizo otra vez el silencio mecido por el tictac de los relojes.

Bajo los párpados cerrados, el Emperador volvió con la memoria a la lejana ciudad de Ratisbona, donde su corazón viudo y amargado por las intemperancias de los luteranos halló consuelo entre los brazos de una joven llamada Bárbara Blomberg. Otras veces Luis de Quijada le había traído a Yuste al niño Jeromín, vestido de paje, hermoso como un doblón de oro y con una mirada de águila que parecía reavivar la gloria guerrera de su estirpe.

—Cuidad de ese niño como de oro en paño, don Luis –le encomendó—.

No hay otro como él. Y procurad que su hermano Felipe le conceda los honores que merece. A veces pienso que el mayor honor de mi vida fue concebir a ese niño. Contadle, os lo suplico, nuestra conversación de esta noche.

—Mañana se la podréis contar vos mismo, señor.

—¡Mañana! –sonrió sin fuerzas el Emperador—. Tal vez haya llegado el momento de que se detengan los relojes… Yo me voy, pero vos os quedáis. Y a vuestro cuidado se queda Jeromín.

—No digáis tal cosa, señor –protestó el mayordomo—. Aún os queda…

El Emperador hizo un signo tajante con la mano, pidiendo que callara. Sus últimas palabras fueron tan sobrias como los últimos meses de su vida; y las formuló en una voz apenas perceptible:

—Luis de Quijada, ya veo que me voy acabando muy poco a poco: de lo que doy muchas gracias a Dios, pues es su voluntad. Ya es tiempo...

Los relojes veteaban el silencio con su tictac inexorable, mientras el Emperador entraba dulcemente en la agonía, como quien entra en una casa hospitalaria. Asomaba la tímida luz del amanecer sobre el ventanal, alumbrando el jardín donde Luis de Quijada habría de sembrar tulipanes, según le había ordenado Carlos.

—¡Duerma en paz nuestro Emperador! –susurró, con la voz atenazada por el llanto.

Aunque moría como un monje, aquel anciano había sido el dueño del mundo. Y el mundo, sin su dueño, se quedaba huérfano y en silencio, como un reloj desbaratado que ya nadie sabría recomponer.

Annemasse

Soledad Puértolas

Estimada Sra. doña Clotilde Roch:

Me dirijo a usted, desde esta humilde localidad de Villanueva de Sijena, con el objeto de hacerle llegar la emoción que me produce la obra de arte que su antepasada, puede que su bisabuela, no sé, no soy buena para esta clase de cálculos, realizó al inmortalizar en bronce la figura del gran hombre que fue Miguel Servet, por quien mi padre sentía auténtica veneración. Más tarde le daré algunos datos sobre esta villa que, siendo humilde, no lo es tanto, para que se haga una idea de dónde proviene este mensaje inesperado. Baste decir por ahora que pertenece a la provincia de Huesca, que está situada en el nordeste de España.

Vi la estatua hace dos inviernos, en Zaragoza, ante la fachada del Hospital Miguel Servet, y me quedé, yo misma, petrificada. Convertida en estatua, aunque no de bronce, sino de carne y hueso, de perecederos carne y hueso, pero de pronto rígidos, como si se hubieran solidificado. ¡Así que ese hombre atribulado y desharrapado, que conmueve nuestro corazón con el gesto de desconsuelo y desesperanza que lo atraviesa, es nada más ni nada menos que Miguel Servet, que tanto hizo por la humanidad!

Sí, mi padre me relató más de una vez su cruel final. Conozco la historia y sé que el gran hombre murió en la hoguera en Ginebra en 1553. Sí, algunas fechas de la historia, de esta y de todas, se han quedado en mi cabeza, aunque a veces se revuelven y confunden y no sé cuál va delante y cuál va detrás. Sé, en todo caso, que esa fecha, 1553, está lejos. Y que la ciudad de Ginebra, para mí, también está lejos. Todas las ciudades han ido quedando lejos. He conocido muchas, y en su momento siempre me parecieron interesantes y distintas unas de otras, pero ahora, desde el refugio que, ante mi propio asombro, he encontrado en el lugar donde nací, ya han perdido toda importancia. No es que viva totalmente aislada del mundo, decir eso sería una falsedad. En cierto modo, estoy muy integrada en la vida de la villa. Intercambio saludos, y en ocasiones establezco un breve diálogo con muchas de las personas con quienes me cruzo por la calle. Hablo con los dependientes de las tiendas, con la farmacéutica, con la peluquera, a quien acudo una vez al mes, incluso me trato con el cura, aunque yo no vaya a misa, eso a él no parece preocuparle demasiado, tiene muchas otras cosas en la cabeza, muchas

inquietudes sociales, ¿quién no las tiene? Inquietudes, inquietudes e inquietudes. Eso es la vida.

¿Pero por qué esta necesidad mía de expresarle la emoción que me produjo la escultura que realizó su bisabuela, si es que lo es, para representar a este héroe de mi pueblo y de mi patria? A él, a este hombre excepcional, se debe, por cierto, que este municipio fuera distinguido con el título de villa. Nada de pueblo, villa. El caso es que tengo la necesidad de expresar por escrito mi admiración y, como existe eso que se llama internet, que en el fondo me parece un disparate y un peligro, pero que nos presta algunos servicios muy concretos, resulta que, con mis escasas habilidades para manejarme en este descomunal medio de comunicación, he dado con usted, que ostenta el mismo nombre y el mismo apellido que la escultora. Clotilde Roch, ¿es un nombre corriente? A mí me parece que no, y por eso me he decidido a escribirle. Mi nieto Gonzalo, que sabe de todo esto mucho más que yo, se encargará, algo así me ha dicho, de subir o de colgar la carta en la nube. Se trata de una nube que no podemos ver, eso a mí me inquieta. ¿Qué seguridad tengo de que usted, mi querida Clotilde, llegue a leerla? Ninguna. Incertidumbre, también eso es la vida.

Lo que me asombra es que se escogiera la escultura de su bisabuela para ponerla ahí, delante del hospital. Porque según sé, hay otras representaciones de Miguel Servet. ¿A quién se le pudo ocurrir escoger precisamente esta, que transmite un sentimiento de dolor y de desesperanza? Sin embargo, en el fondo me parece que es sumamente apropiado. Si hubiera sido yo la responsable de la elección de la estatua, hubiera escogido esta. No solo porque al hospital acudimos, muchas veces, con dolor y desesperanza, sino porque creo que este es el Miguel Servet que no podemos olvidar, el que tenemos que tener siempre presente. El hombre que ha sido hecho prisionero y está a la espera de que se cumpla su sentencia de muerte. De ser quemado en la hoguera.

No me gusta sufrir, no me complazco en el dolor. Probablemente yo, en unas circunstancias así, hubiera abjurado de mis principios. No son, en todo caso, tan sólidos como los suyos. Principios, tengo, pero no voy por ahí pregonándolos. Este gran hombre era un polemista, tenía necesidad de serlo. Puede, también, que la época lo propiciara. Aunque no puedo presumir de erudita, alguna idea tengo sobre los debates y las herejías que se dieron en el seno de la religión en la Europa del siglo XVI, que es el siglo del que estamos hablando. Sectas, tendencias, inquisiciones, de todo hubo. La figura decisiva, Calvino. ¡Ya estamos en Ginebra! Hasta allí le llevaron a Miguel Servet sus inquietudes religiosas y científicas. Y eso le debemos, según me enseñó mi padre. La inquietud, la dichosa inquietud. De ahí provienen sus hallazgos científicos, sus aportaciones a la teoría de la circulación de la sangre, en la que, creo recordar, destacó la función que en ella tenían los pulmones. Algo así. Finalmente, para mi padre y para todos los librepensadores que en el mundo han sido, Miguel Servet fue un pionero, un firme defensor de la

libertad de conciencia, signifique esto lo que signifique. Yo estoy de acuerdo con él. Admiro su firmeza, su entereza y su pasión, aunque no puedo por menos que compararlas con mis debilidades. Pero sé que hay destinos superiores, y acepto las partes más miserables de mi vida porque también ellas me han hecho como soy, y de mí ya no puedo renegar.

Señorita Clotilde Roch, no es mi intención abrumarla con mis penalidades, pero quizá sea pertinente mencionarlas, sin profundizar, para explicar el porqué de la emoción que me embargó al contemplar la estatua, allí, a las puertas del hospital, en Zaragoza, de quien fue el ídolo de mi padre y que yo, a imitación suya, también he convertido en mi ídolo personal. Para eso sirve el arte, señorita. Yo ya lo sabía, porque todo lo que se refiere a la imaginación, a la fantasía y a la creación me ha interesado bastante más que lo científico, lo matemático y lo técnico. Como quizá ya haya adivinado, mi padre fue médico. Habiéndose quedado viudo a los pocos años de contraer matrimonio, se replegó en sí mismo, si bien eso no le impidió entregarse a sus pacientes y a sus estudios. De la crianza y educación de sus hijas —tres éramos y tres, creo, seguimos siendo— se encargó una prima suya, una mujer de pocas luces, pero no malintencionada, que hizo lo que pudo por nosotras. Poco. Las tres salimos atolondradas, a la deriva. Puede que la libertad de conciencia, tan celebrada por mi padre, haya tenido algo que ver en esto. Estaba en el aire y cada una de nosotras, a su modo, la hizo suya. Tres cabras locas, eso hemos sido. La edad, como es natural, nos ha calmado, pero no nos ha llegado a domar, creo yo.

Ninguna llegamos a cursar estudios universitarios, no porque nuestro padre nos lo impidiera, que yo creo que nos habría apoyado, sino porque emprendimos, las tres, muy pronto el vuelo. No estábamos para estudios. Solo queríamos irnos del pueblo, conocer mundo, entregarnos al amor. El amor fue el detonante, luego vinieron decepciones y penas, muchas lágrimas y algunas penurias, pero supongo que, a la larga, también fue el amor lo que nos dio motivos para seguir. Estrella, la mayor, fue la primera. Se lo dijo claramente a nuestro padre, se iba porque se había enamorado y no se podía casar. El hombre a quien hubiera entregado su corazón se había casado con otra mujer. Le dolía tanto verlo diariamente, tan cerca, sabiendo que jamás podría vivir con él, que se marchó a Madrid, con otra de las numerosas primas de mi padre. Por ese lado, el paterno, somos mucha familia. Si no lo he dicho antes, lo digo ahora. Son, además, gente generosa, que te acoge en su casa sin hacerte preguntas inoportunas. Por la parte de mi madre, no hay nada de eso. Son pocos y de trato difícil, ni siquiera me acuerdo de sus nombres. Sigo con Estrella: a partir de ahí, su vida fue un continuo dar vueltas. Fue peluquera, panadera, florista, manicura, bailarina, chica de compañía de altos vuelos, creo. Al final, se casó con un viudo rico, que murió enseguida, y heredó lo bastante para vivir sin ahogos. Después de Estrella, fue Constanza quien abandonó el nido, pero por razones de amor casi opuestas. Constanza se fugó con un pariente. Pariente de mi padre, por supuesto, ahí había mucho donde

elegir. Lo llevaba anunciando un tiempo hasta que lo hizo, de modo que no nos cogió por sorpresa. Nuestro padre montó en cólera. El pariente era un calavera redomado. A los dos meses, Constanza regresó a casa y, pasados otros dos, más o menos, se metió monja. Salió del claustro al cabo de un año y se unió a no sé qué misioneras seglares que estaban abriendo colegios en África. Constanza pasó muchos años en continentes lejanos, fundando colegios y supervisando las cuentas, porque se le daban muy bien los números. Ya tenía más de sesenta años cuando rompió los votos de castidad y se casó con el cura de una de las misiones. Ahora viven en Filipinas. Creo que vive. Hace tiempo que no tengo noticias de ella.

Falto yo. Dios sabe por qué me he puesto a hablar de mis hermanas. Así son las cartas. Cuando se empieza a escribirlas, las ideas sobrevienen y se entrecruzan y de pronto no sabes qué era lo que te proponías decir. Supongo que quería transmitirle una idea de mi familia y de lo que soy dentro de ella. Yo, ni me enamoré de un hombre casado ni de un pariente calavera. Tenía mi edad, vivía cerca de casa. Patricio. Guapo, hasta decir basta. Listo, además. Ingenioso, seductor. Me quedé embarazada de él. Estaba dispuesta a todo, a seguirle hasta el fin del mundo. Pero su vida se truncó. Lo atropelló una moto una noche de verano. Estaba muerto, pero parecía vivo. Tardó mucho tiempo en morirse para mí. Lo veía por todas partes, lo abrazaba, me entregaba a él. Perdí la vida que llevaba en mi seno. No lo lamenté. Yo estaba mejor entre los muertos. Se me nublan un poco los ojos cuando pienso en aquella época. Me fui del pueblo y me perdí de vista a mí misma. La memoria no me alcanza para rememorar aquellos años. Cuando acabaron, seguí vagando por el mundo, pero ya tenía dentro de mí la idea del regreso. No quiero seguir hablando de mis desgarros ni de mis desvaríos. La sangre no me interesa. Solo quiero estar en el aire, respirarlo, ser atravesada por él. Es curioso, porque nuestro gran hombre sostenía, creo recordar, que el alma, el sello divino, estaba en la sangre. Pero eran los pulmones los que la purificaban, eso se me quedó grabado. El alma necesita respirar. No lo dijo así Miguel Servet, no sé cómo lo dijo. No he leído concienzudamente sus escritos. Solo un poco por encima. Pero me gusta la idea del aire y me gusta pensar que no es del todo mi idea, sino suya. A fin de cuentas, herencia de mi padre.

Vuelvo a ellos, a Miguel Servet y a mi padre. ¡Cuántas horas pasó mi padre embebido en las obras de Servet! De las tres hermanas, déjeme decirlo, yo era la que más le escuchaba. Antes de que las tres desapareciéramos de casa, en la época en que, mal que bien, éramos una familia, yo pasaba muchas tardes de domingo junto a él. Estrella y Constanza tenían sus propios planes, pero a mí me gustaba ir al despacho de mi padre y sentarme en un rincón a leer, que sé yo, tebeos, cosas de niñas. Me hacía sentirme importante, ¡qué lugar tan apacible era aquel!. Creo que es, finalmente, al lugar al que he querido regresar. Un lugar de calma y meditación, un lugar apartado pero habitado por mil pensamientos, por otras vidas.

De vez en cuando, mi padre levantaba los ojos del escritorio, y, un poco

asombrado de verme allí, me decía algo, me hablaba de lo que estaba leyendo. Es así como se me quedó grabado en la mente el asunto de la sangre y del aire. Y otras cosas que a él le interesaban más y a mí menos. La Santísima Trinidad, por ejemplo. Eso suscitaba en él auténtica pasión, Dios sabe por qué. Nada de Trinidad, clamaba. Hija mía, a la imaginación hay que ponerle un tope. Los misterios son necesarios, hay que contar con ellos, pero, ¡con los disparates, no! La Trinidad no tiene el menor sentido. ¿Qué falta nos hace la Trinidad? Nuestro paisano lo razona perfectamente, ¡ah!, pero allí estaba precisamente el peligro, la capacidad de razonar, la libertad para hacerlo. De eso se trataba, hija mía. De creer, sin más. Si todos nos ponemos a discutir, a decir «esto no es así sino asá», ¿adónde vamos a parar? ¡Es mucho más sencillo arrojar a los discutidores a la hoguera! Llamarlos herejes, condenarlos.

Por todo esto tenemos que pasar, decía mi padre con frecuencia. Lo decía con calma, con serenidad. Por todo esto pasaron algunas personas, y nosotros, con ellas. Lo decía mi padre y yo lo digo también. No quisiera que sonara a fatalismo. Es la condición humana, nada más. Son luchas de poder. Fanatismos.

Hay dos cosas en las que quiero insistir ahora. Antes lo dije un poco de pasada. La primera y principal es la calidad artística de la obra de su bisabuela, si es que es su bisabuela, y el interés que siento hacia su persona, de la que nada sé. La segunda, bastante principal también, es una pregunta: ¿Por qué se escogió esta escultura de Miguel Servet, tan triste, tan atribulada, para dar la bienvenida a los pacientes y médicos del Hospital de Zaragoza, y no otra que lo representara más serio y convencional, más neutro?

Me gustaría ir por partes para no perderme, pero todo está muy enredado. Como las cuestiones que acabo de exponer me inquietaban mucho, le pedí ayuda, como de costumbre, a mi nieto Gonzalo, que me ha ido enviando información sobre la escultura de Miguel Servet. Trataré de resumirla, lo que no es fácil. Porque Gonzalo es eficaz, pero, me parece a mí, no tiene capacidad de síntesis. Y yo tampoco sé si la tengo. A ello voy.

El asunto arranca en la ciudad de Ginebra, en 1902, en el Congreso internacional de librepensadores. En él se decide «que en reparación del martirio de la hoguera hecho sufrir al inmortal Miguel Servet por el fanático Calvino, se erija un monumento con la estatua del ilustre mártir, en Champel, en el mismo sitio en que el fue quemado vivo». La propuesta fue hecha por un tal Pompeyo Gener. El ayuntamiento calvinista de Ginebra, en lugar de secundar esta propuesta, erigió, en otro lugar, un contra monumento, en el que Calvino quedaba exculpado de sus actos y era presentado como víctima de los errores del siglo. En 1908, un grupo de ginebrinos disidentes del calvinismo oficial rinden homenaje a Miguel Servet con una estatua que ancargan a Clotilde Roch y que sitúan en territorio francés, en la ciudad de Annemasse, a ocho kilómetros del centro de Ginebra y a seis de la colina de Champel, donde Miguel Servet fue condenado a morir en la hoguera.

Lo que sabemos de Clotilde Roch es muy poco. Mi nieto Gonzalo ha dado, transitando de aquí para allá en la misteriosa nube donde habitan los datos de cierta parte de la existencia humana —dudo que estén todos—, con un retrato fotográfico de la escritora firmado por Antoine de Lalancy, quien gozaba de gran reputación como retratista y que tenía su estudio en Ginebra. El retrato está fechado de forma ambigua: entre 1910 y 1920. En él vemos a la dama, casi de perfil, con la mirada hacia abajo, prendida en una maqueta de unos 30 centímetros de la estatua que, por esas fechas, ya se podía contemplar en la villa de Annemasse. Las manos de la escultora se posan, acariciadoras, sobre la imagen. Esto es lo que nos muestra el retrato: una dama que lleva el pelo, oscuro, recogido y adornado con un lazo, blusa blanca de innumerables pliegues, cuello alto y manga larga, y que parece presa de la melancolía. La figura de Miguel Servet, entre sus manos, esa figura dolorida que a mí tanto me conmueve, es su obra, y la escultora, que no puede evitar que sus pensamientos se impregnen, al mirarla, de una honda tristeza, se siente orgullosa de ella.

En el momento del retrato, ¿qué años tendría la artista? Nació en 1861. Murió en 1923. Cuando la escultura se inaugura, en 1908, tiene 47 años. Pongamos que cuando Antoine de Lalancy la retrató, Clotilde Roth tenía 50 años. De ahí en adelante. Tras haber esculpido el monumento a Miguel Servet, la ley del silencio cayó sobre ella. Se sabe que pertenecía a una influyente familia protestante ginebrina, que fue discípula de Rodin y que otra de sus obras, *La Derniere Bouchée de pain*, se encuentra en el Palacio Federal de Berna. Gonzalo, con todas sus habilidades, no ha podido averiguar nada más. Aunque sigue buscando, señorita Clotilde, y el que yo ahora le esté escribiendo esta carta, también responde, en cierto modo, al curso de sus pesquisas.

El caso es que si de su antepasada ya no hemos logrado saber nada más, de la estatua de Miguel Servet, sí. El monumento erigido en 1908 en Annemasse provocó una viva polémica, en la que ahora no voy a meterme, porque no me siento capacitada para desentrañar los enigmas de las luchas que se dieron en la época en el seno del protestantismo. Sí me atrevo a afirmar que el símbolo de Miguel Servet como apóstol de la libertad de pensamiento no hizo, durante ese tiempo, sino afianzarse.

Damos un salto temporal. Es el 13 de septiembre de 1941. La escultura de Clotilde Roch erigida en 1908 es destruida por órdenes del gobierno de Vichy. ¿Por qué razón?, ¿el monumento producía incomodidad a los amigos de los alemanes?, ¿fundieron el bronce de la estatua para fabricar cañones?

Otro salto temporal. 1960. Parque Montessuit de Annemasse. Se erige una nueva estatua, casi idéntica a la creada por Clotilde Roch. La réplica es de un tamaño levemente menor.

Y este es el colofón. Zaragoza, 2004. El Gobierno de Aragón encarga al historiador Manuel García Guatas que busque un modelo para realizar un monumento a Miguel Servet con el fin de colocarlo ante la fachada del

Hospital Universitario Miguel Servet, de Zaragoza. El historiador, que está interesado en la escultura de Clotilde Roch, da con una fotografía publicada en la *Guía oficial de Zaragoza de 1922* en la que, en una vista interior del Museo de Zaragoza, aparece el molde en escayola de la estatua esculpida por la artista suiza.

Una sucesión de hechos, *mademoiselle*. Casualidades y causalidades.

¿Qué me ha llevado a contarle todo esto? Son cosas que me ha ido diciendo mi nieto Gonzalo, después de que le expresara la conmoción que experimenté cuando mis ojos se posaron en la estatua de Miguel Servet, antes de entrar en el Hospital de Zaragoza. Las razones del porqué yo me encontraba allí, se las ahorro. Lo cierto es que me entró una gran curiosidad sobre la autora de la estatua, que me presentaba una imagen tan distinta de la que me habían transmitido otras. Sin ir más lejos, la que está en Villanueva de Sijena, mi pueblo natal y, sobre todo, el pueblo natal de Miguel Servet. Un hombre ilustre, vestido a la moda masculina de la época. Una estatua como otra cualquiera.

De mi pueblo, ya le he avanzado algo. En primer lugar, le recuerdo que, desde 1931, no es pueblo sino villa. Ya lo dije, fue en honor de nuestro insigne vecino. La villa pertenece a la comarca de Los Monegros. Tiene muy pocos habitantes, no llegamos a 400. Circulan muchas historias por aquí. La guerra civil dejó huellas profundas en esta tierra arcillosa y polvorienta. La sierra de Alcubierre fue escenario de continuas batallas. Si es usted lectora de novelas, quizá le resulte conocido el nombre de George Orwell, el escritor británico. Fue uno de los numerosos extranjeros que se alistaron para combatir a los sublevados y hacer, al mismo tiempo, sus propias guerras. Ahora existe una Ruta Orwell, y han sido recreados, tal como estaban en aquellos años, los sacos terreros, los puestos de ametralladora y otros reductos bélicos Yo no he hecho esta ruta, así que poco más puedo decirle de ella.

Otra historia es la del incendio del Monasterio de Sijena, a finales de julio de 1936. Sobre esto se ha escrito mucho. Hubo un cruce de acusaciones entre los milicianos provinientes de Cataluña que llevaron a cabo el destrozo y quienes rescataron las valiosas pinturas murales de la sala capitular del monasterio. Los altos cargos de la Generalitat señalaron a la chusma charnega y a los anarquistas, en su mayor parte inmigrantes de zonas miserables de Murcia y Almería, como culpables de los incendios y saqueos. Un famoso dirigente anarquista, Buenaventura Durruti —no creo probable que usted haya oído hablar de él, pero quién sabe—, quedó horrorizado al ver las ruinas en que había quedado el monasterio y alertó del peligro de que fueran fotografiadas y utilizadas en contra de los milicianos. En todo caso, los bienes del monasterio, que la Generalitat llevó a Cataluña en 1936, no fueron devueltos a Sijena hasta fechas muy recientes.

Sí, hay muchas historias por aquí. Desde hace unos años, existe, además, un Centro de Interpretación —no entiendo qué se quiere dar a entender con esta palabra— en la casa familiar de los Servet, que ha sido restaurada y que

es también la sede del Instituto de Estudios Sijenenses Miguel Servet. No tengo relación con ellos. En parte, porque ya soy muy mayor y en parte, porque, aunque sociable, soy una persona solitaria. Pero, si en algún momento usted se decidiera a venir por aquí, con mucho gusto le mostraría mis rincones favoritos. Si esta carta es la primera de otras, prometo enviarle fotografías de algunos lugares que me parecen muy hermosos, no solo el Monasterio o la Cartuja, sino el mismo paisaje. En esta aridez, en estos tonos ocres, en el sol que nos ciega en verano y el viento que nos azota más allá de los inviernos, me reconozco.

¿Qué vida llevo yo en este pueblo y por qué, al cabo de los años, he regresado a él? No creo que este regreso al lugar donde vi la luz por primera vez constituya una especie de culminación de mi vida. He vuelto porque me gusta la soledad, y porque heredé la casa de mi padre, que es grande, fresca en verano y abrigada en invierno. Cuenta con un huerto, si nos atrevemos a llamarlo huerto, y un jardín interior, que tampoco tiene mucho de jardín. Está provista de dos patios, una fuente y un pozo. Una buena casa de pueblo. Noble, pero sencilla. No ostenta escudo en su fachada. Crecí aquí, junto a mis hermanas. Mi padre tenía la consulta en el ala izquierda. Los que murieron, ya están muy lejos. De algunos de los que aún permanecen con vida, no sé bien dónde están ni la vida que hacen. Mantengo contacto, sobre todo, con mi nieto Gonzalo, que siempre me secunda en las preguntas que me hago sobre uno u otro aspecto del mundo. De los demás, de mis propios hijos, tiempo habrá más adelante para hablar, si así lo quiere el destino.

Los días pasan y yo me entretengo con los quehaceres que requieren. Ni me aburro ni me dejo de aburrir. De vez en cuando, me entra una inquietud. Una inquietud tremenda. Y me pongo a hacer cosas absurdas, con tal de no morir.

Ya termino, *mademoiselle* Clotilde. Dice Gonzalo que esta carta puede ser importante, que quizá al fin, si usted la recibe y se encuentra en condiciones de ayudarnos, obtengamos más datos de la vida de la gran escultora suiza que realizó, hace más de un siglo, la estatua de Miguel Servet que logró conmoverme hace dos inviernos cuando, muerta de frío y de incertidumbre, mis ojos la encontraron, antes de entrar en el Hospital de Zaragoza. De golpe, nada ni nadie me importó mucho. Fue como si saliera de mí misma. La desolación de ese hombre insigne me atravesó como si fuera la mía. Y me dije que no, que en la hoguera no debe de morir nadie. Nadie muere en la hoguera.

Eso es algo que no podemos dejar de decir para que se escuche en todos los rincones del planeta. Eso me dijo, a la puerta del Hospital de Zaragoza, un día muy oscuro, la estatua creada por Clotilde Roch, sea o no sea su bisabuela.

Merci, mademoiselle.

La (cyber) leyenda negra

Karina Sainz Borgo

El holandés errante entró al bar con las manos dentro de los bolsillos. Avanzó seguro de sí mismo, guapo e infalible como un tenedor biodegradable. A la barra del Calentamiento se iba solo. Era un garito de gente curtida en la lucha verde, el reducto de los militantes más veteranos y lugar de ligoteo de la Cumbre de Compatibilidad Climática, que año tras año reúne en distintos lugares del mundo a quienes buscan su media naranja ecológicamente responsable. Él había viajado a la edición de Copenhague, Ginebra, Londres y ahora probaría suerte en Madrid.

—Una cerveza ecológica, ¡bien fría! —ordenó en un español bastante correcto.

—Sólo servimos de la normal —contestó un chico con una camiseta de AC/DC.

Se levantó del taburete y sacudió al camarero dándole tirones. Temiéndose lo peor, los parroquianos escondieron sus pajitas plásticas y se distanciaron prudentemente.

—He venido desde Ámsterdam hasta aquí para consumir responsablemente.

Habló con lentitud, masticando las consonantes. Tenía el cabello blanco y el aspecto robusto de los cuerpos amasados en piedra. Era vehemente, casi fanático. Parecía el abuelo de Greta Thunberg.

—¿Sabes con quién estás hablando?

El mozalbete negó con la cabeza.

—Soy el holandés errante —dijo, separando cada palabra con énfasis— ¿sabes por qué me llaman así?

El muchacho se aclaró la garganta, como si fuese a escupir un gargajo de miedo.

—Porque hundí un pesquero con ese nombre en una acción climática…

Hizo una nueva pausa, para añadir drama.

—No pienso repetirlo: quiero la cerveza ecológica más fría de toda la puta España, ¿entiendes?

Soltó al chico y se acodó en la barra. Se tocó la riñonera de estampados indígenas y barrió el local con la mirada. Buscar una media naranja ecológicamente compatible exige de un hombre toda su concentración y a esas horas del día, él se sentía el cazador más ágil de todo el Calentamiento,

un sujeto dueño de sí mismo y del destino del planeta. Miró su reloj. Su cita se retrasaba. Mariposilla33 siempre acudía a tiempo en su chat de Tinder para veganos.

—¡Tengo sed! —gritó.

El camarero entró a toda prisa con una bolsa llena de botes de cerveza IPA comprada a toda prisa en un Carrefour Express.

—Aquí la tiene, bien fría.

El chico vació el contenido de la lata, temblando, en una jarra recién salida del congelador.

—Tenemos aperitivos de galletitas saladas en forma de pececito, si quiere.

—¿Crees que voy a comerme esa mierda con gluten?

Negó con la cabeza, hizo una reverencia y se marchó con el bote en la mano.

El holandés errante arqueó las cejas. La fauna del Calentamiento era la misma de siempre, hombres y mujeres intercambiables unos por otros, gente idéntica, casi corporativa: activistas con ropa de montañismo; escaladores fraudulentos del Everest; funcionarios del ministerio de Ecología de algún país de altas emisiones; mujeres vestidas con ropa de *patchwork* y ataviadas con collares hechos con tapas de botellas de agua.

Nadie parecía excepcional, ni siquiera atractivo o distinto, hasta que entró ella. Tenía la piel bronceada y una mochila grande como una giba acoplada en su espada. Era más guapa que en su foto de perfil y bastante más joven, constatación que envolvió al holandés errante en una bolsa de amor propio, el líquido amniótico de su hombría. Era Mariposilla33. Dio un trago a su cerveza ecológica y se dirigió a ella, cortándole el paso.

—¿Me buscas a mí?

—Busco el baño —ella lo miró de arriba a abajo.

Sus muchas profesoras de español en línea le enseñaron todo lo que debía saber de las hispanas. El holandés errante no fallaba. Ésta era la española del Tinder para veganos. Tenía que ser ella.

—¿Te pido algo de beber?

La mujer pasó de largo. La vio alejarse. Ah, mujeres duras. Guapas y brutas, como a él le gustaban. Ella salió de los baños sin mirar, directo a la puerta. El holandés dio un respingo y la alcanzó en tres zancadas.

—¿Te vas ya? ¿Así, sin más?

—Mi tren sale en diez minutos.

—Viajas en tren, por el medio ambiente.

—Lo hice porque estaban rebajados.

La cogió del brazo.

—No te vayas, marrriposilla… —le susurró al oído, marcando las erres.

Ella miró su mano sobre el hombro.

—Deja de llamarme así.

—Pero si te gustaba tanto el mote. ¿No lo recuerdas?

—Adiós —se dio la vuelta y avanzó a toda prisa.

Salió tras ella, desesperado. Corrió a través del carril bici, esquivando ciclistas enfurecidos que maldecían a su paso. Justo cuando estaba a punto de alcanzarla con su trote veloz de maratonista, la mujer giró a la izquierda y se perdió entre la multitud. Ni siquiera conocía su verdadero nombre. ¿Cómo podría encontrarla de nuevo? Frustrado, estuvo a punto de cruzar la calle y comerse un filete con patatas, pero ocurrió el milagro. La encontró en un bar peruano de Plaza Castilla al que entró dispuesto a montar una bronca a favor del reciclaje.

—¡Mariposilla33! ¡Has vuelto!

La mujer resopló.

—¿Tú otra vez?

—¿Qué ha pasado?

—He perdido el tren. Y el próximo no sale hasta dentro de dos horas.

—¿Ya has ordenado? —él miró el local con asco y estupor— ¿Qué te traigo?

—He pedido una cerveza, pero puedo beber otra.

—¿Cómo la prefieres? ¿Ecológica, orgánica?

—Fría.

Ella comenzó a mordisquear unas patatas, mientras él carraspeaba.

—Mariposilla33, ¿quieres ir a otro sitio? Aquí no hay nada que puedas comer.

Lo miró, sorprendida.

—Acabo de pedir media de croquetas.

La chica cogió el envoltorio plástico de un paquete de tabaco y lo arrojó al suelo.

—¿Qué haces? ¡Eso va en el contenedor amarillo!

La mesa estaba sucia y peguntosa, cubierta por una película de grasa. El holandés errante quiso sacar su hidrogel, pero se contuvo.

—¿Y cómo es Doñana?

Ella lo miró, sorprendida.

—¿El parque?

Asintió.

—Bonito, supongo.

—Ha de ser maravilloso trabajar ahí. He escuchado que la ultraderecha quiere secar el río, para regar campos de golf.

—Pues, la verdad, no lo sé.

—En tus mensajes parecías muy comprometida con ese trabajo nuevo.

La mujer bebió otro trago aún más largo y lo miró a los ojos.

—Mi nuevo trabajo es una mierda.

—¡Qué pena!

—Ahora que lo dices —ella se lo pensó un rato—, pues sí. Me pagan mil euros por 40 horas a la semana y la beca de doctorado no me llega.

El holandés errante del ecologismo europeo se llevó las manos a la

cabeza. Ella alzó los hombros, se llevó un puñado de patatas a la boca y terminó su cerveza a fondo blanco.

—Pero si en España es barato vivir —sacó pecho—. Yo he estado en muchas partes del mundo.

—¿Ah, sí?

Él asintió.

—Recuerdo a un campesino en Guatemala. Me dio a probar tortilla, un panecillo hecho de maíz, el alimento milenario de sus dioses. ¿En España desayunan paella?

La mujer soltó, a la vez, una risotada y un eructo.

Dudó de que ella fuera la mujer con la que chateó durante meses. La Mariposilla33 que él conocía sólo se alimentaba de semillas de chía.

—Y tú, ¿qué quieres de comer? ¿O es que eres vegano?

El hombre vaciló. Sus ojos pardos, tan grandes e inquietos, con su maquillaje no biodegradable le robaron el habla. El camarero trajo una fuente con algo que parecía una salchicha empanada.

—Sí, bueno uno de esos… —dudó— ¿Tienen carne?

—Jamón —contestaron a la vez el camarero y ella.

Sacó de su bolsillo un billete de cincuenta euros.

—No hace falta… —lo interrumpió ella—. Invito yo.

Él pensaba pagar sólo lo suyo, pero no dijo nada. Sentado ante una pizarra llena de recetas de grasas saturadas, la vio dar mordiscos vigorosos y chuparse los dedos pringados de aceite.

—¿Has venido tú también a la convención?

—¿Cuál convención?

—La de compatibilidad climática.

—¿Y eso qué mierda es?

Guardó silencio, arrepentida de su zafiedad.

—Es para saber si dos personas tienen el mismo grado de compromiso ecológico antes de continuar una relación.

—Ya…

—Tú no eres Mariposa33, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Soy estudiante del doctorado de Historia. He venido a la Biblioteca Nacional. Vuelvo a Aranjuez esta noche.

—¿Historiadora?

—Ajá.

Ella respondió sacándose un trozo de croqueta de entre los dientes y chupándose luego los restos.

—No sé mucho de historia —se aventuró—. Pero a los niños en el colegio en Holanda se les enseña la invasión de España.

Ella resopló, lista para una monserga.

—Felipe II errrrra un fanático rrrrreligioso —cuanto más énfasis imprimía a su discurso, más erres añadía a las palabras—. Querrrría

imponerrrr a la fuerza el catolicismo.

—¿Ah sí?

Ella siguió, relamiéndose. Él parecía un predicador.

—España fue imperio, inquisición, santos a la parrilla… como ese, el del Escorial.

—San Lorenzo —y añadió, riéndose—. Justo al lado, hay un restaurante muy bueno con nombre de buey charolés.

El holandés errante esperaba más pasión en un debate que a él siempre le había funcionado para ligar. Aunque es cierto que sólo le había funcionado con mujeres americanas.

—Han pasado cinco siglos, no sé si eres consciente de ello…

Le pegó otro mordisco a la croqueta y sonrió.

—Sigue siendo igual —el holandés entró en bucle—. España oprime. Hay perseguidos y presos políticos. Hay uno asilado en Bélgica.

—¿Ah, el catalán? —volvió a reír, con malicia—. Es que vosotros no podéis ver un secesionista porque se os hace agua la boca.

El holandés errante se dio cuenta ya muy tarde de su error. Si quería algo con aquella mujer tenía que cambiar pronto de conversación. ¿Cómo alguien cuya huella de carbono sobrepasaba una hectárea podía ser tan guapa? Y para más inri, cuando se burlaba de él, se veía mucho más hermosa.

Miró el móvil. Tenía cinco videollamadas perdidas de Mariposilla33. ¡La verdadera Mariposilla33! «Estoy en el Calentamiento. Me aburro. ¿Te has marchado? Está a punto de comenzar la sesión de zumba climático».

Él levantó la mirada.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—¿Te vale Carbono 89? También puedes llamarme Isabel la Católica, o María Tudor si lo prefieres.

El holandés errante rio por primera vez en toda la tarde. Probó una croqueta. No estaba tan mal, después de todo.

—¿Y el tuyo? —ella volvió a llevarse una patata a la boca.

—El holandés errante, pero puedes llamarme abuelo de Greta Thunberg.

El hombre miró el reloj y la pantalla de su móvil. Podía regresar al Calentamiento, hablar con Mariposilla33 y hacer como si nada hubiese pasado. Volvió a pasar el camarero peruano, esta vez con dos tercios fríos de cerveza y una ración de anticucho.

—Antes de que preguntes —Carbono89 se inclinó sobre la mesa y señaló el plato— eso es corazón encebollado.

Poseído por aquellos ojos pardos y la negra melena que caía sobre sus hombros, el holandés errante sintió una intensa necesidad de contaminar, comer casquería y blasfemar. Ella perdió el tren esa noche. A él todavía le huelen las manos a cebolla.

Una compañía de hombres libres

Lorenzo Silva

Medina de Rioseco, noviembre de 1520

Son los hombres de armas los que acaban trazando, merced a sus afanes, sus alardes y sus astucias, los contornos de los dominios humanos, o lo que es lo mismo, el mapa del mundo. Son los hombres de letras, sin embargo, los que fraguan lo que dentro de esos contornos será de quienes se vean encerrados en ellos. Bien lo sabe Adriano, que tiene nombre de emperador de Roma pero es virrey y natural de Castilla. No por su nacimiento, que tuvo lugar mucho más al norte, en la plomiza y lluviosa Utrecht; sino por decreto y voluntad del señor de estos reinos, Carlos, el primero de los monarcas castellanos de su nombre, que acaba de ser elegido como el quinto que con él va a ceñirse la codiciada corona del Sacro Imperio Romano Germánico.

Es Adriano hombre de letras y de religión, obispo de Tortosa y cardenal gracias a la influencia ante la Santa Sede de su joven señor, de quien antes fue preceptor por encargo del abuelo de Carlos, el difunto emperador Maximiliano. Entre otras cosas, ha escrito sobre las guerras y quienes las hacen, y sobre el deber que tiene el soldado de mirar por la justicia de las órdenes que recibe, antes de cumplirlas. Lo que ahora escribe, en el refugio que ha hallado en Medina de Rioseco, tras huir disfrazado de Valladolid para que no caigan sobre él las iras de los castellanos contra su rey, es muy distinto. Y bien peliagudo. Su conciencia le impele a contarle a Carlos la verdad: que tiene el reino casi perdido y que si acaba de perder Castilla peligra el imperio todo de los Habsburgo, muñido para él por el cálculo formidable de su abuelo.

Las comunidades castellanas, alzadas contra su rey, se han adueñado de las principales ciudades, del parque de artillería de Medina del Campo y de la recaudación de tributos, además de haber formado en Tordesillas una Junta que entiende no sólo del gobierno del reino, sino también de la modificación de sus reglas constitucionales para impedir los abusos del monarca. Adriano, de acuerdo con su anfitrión, don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla y señor de Medina de Rioseco, intenta trasladarle a Carlos la necesidad de enmendar los errores cometidos. Lo hace de forma sutil: no en vano lleva varios años en Castilla y maneja bien el idioma. El almirante, le informa Adriano a Carlos, está dispuesto a ir a Tordesillas para reunirse con los

rebeldes. Y a renglón seguido es cuando conviene afinar las palabras. Escribe el cardenal: «Les notificará que la voluntad de Vuestra Alteza es desagraviar al reino y hacer con ellos todo lo justo y honesto».

Adriano tendrá su lugar en la Historia, cuando de nuevo gracias a su rey, tras el aplastamiento de la revuelta castellana, se siente en la silla de Pedro como Adriano VI. También, aunque suela omitirlo su biografía, debería tenerlo por esta carta con la que en un rincón castellano, siglos antes de su derrumbe, abre una primera fisura en el edificio de la monarquía absoluta, de la que Carlos, criado en la escuela borgoñona, es férreo exponente.

Valladolid, finales del verano de 1520

El licenciado Bernaldino de los Ríos observa cómo entra la luz del estío por la ventana de su casa de Valladolid. No es una casa cualquiera, como tampoco lo es su dueño. Bernaldino es uno de los hombres más ricos e instruidos de la ciudad. Cuando los esbirros del emperador irrumpan en su morada, meses después, para requisar sus bienes, desistirán de contar sus libros, como hacen con los de otros comuneros. Tantos son los que atesora. También es sin discusión el mejor abogado de la ciudad, capital judicial del reino, y acaso el jurista más respetado de Castilla.

Propende además Bernaldino a la heterodoxia, y no se priva de acoger bajo su techo reuniones de alumbrados, pese a la recia y ominosa amenaza de la Inquisición. No podía ser otro quien asumiera el delicado trabajo al que en este momento se enfrenta: la redacción del borrador de las instrucciones que la Comunidad de Valladolid debe impartir a sus procuradores en la Junta de Tordesillas, para la discusión de los capítulos que allí han de aprobarse y elevarse al monarca con vistas a la mejora de la gobernación del reino. La competencia y la finura jurídica de Bernaldino provocarán que esas instrucciones sean, finalmente, la base principal de los que darán en llamarse los Capítulos de Tordesillas: la propuesta de reforma constitucional que Carlos V rechazará encolerizado pero que varios siglos después, a partir del XIX y hasta bien entrado el XXI, inspirará muchos de los principios del constitucionalismo español. Y de algún otro.

En su texto, deja sentadas Bernaldino disposiciones que en Tordesillas se van a ver confirmadas y que cuando las conozca espantarán al ambicioso y autoritario Carlos de Gante. Por ejemplo, que las Cortes de Castilla podrán convocarse solas y cuando lo tengan por conveniente, en lugar de estar supeditadas a que el monarca tenga a bien reunirlas y escucharlas.

Sin embargo, es ahora cuando siente que está llegando al verdadero meollo del asunto, y su pluma vuela con el ardor que lo anima: «De los leales vasallos y súbditos de esta corona real de estos reinos es desvelarse pensando en las cosas que bien están a su rey y señor natural y aquellas procurarlas y allegarlas y las otras cosas que son contrarias, así a la salud de su rey y bien de su ánima como lo que estuviese a mal estancia del reino, las deben estorbar

por todas las maneras que pudieren».

Ahí es nada. Acaba Bernaldino de postular, en negro sobre blanco, que el bien del reino prevalece sobre la voluntad del rey, y que el pueblo tiene, incluso, la potestad de estorbar sus actos cuando sean perjudiciales, para sí o para sus súbditos. O quizá no sea algo tan novedoso. Sabe muy bien Bernaldino el suelo que pisa, al menos en el terreno jurídico. Uno de los libros que tiene en sus estanterías es el de las *Siete Partidas* de Alfonso X, la compilación que hizo este rey de las viejas leyes del reino, donde se lee, entre otras cosas, que el pueblo debe guardar al rey, en primer lugar, «de sí mismo», y que esta guarda debe ser de dos maneras, «primeramente por consejo», y en caso de que esta no bastare, «por obra». Y aún dice más: que quien pudiendo no impidiera al rey errar, y hacerse mal a sí, o a su hacienda, no podría ser tenido por otra cosa que por traidor a él y al reino.

Los procuradores reunidos en la Junta optarán finalmente por una redacción más comedida que la de Bernaldino: «Deben los súbditos guardar al rey de sí mismo, que no haga cosa que no esté mal a su ánima ni a su honra ni daño ni mal estancia en sus reinos». Con todo, el texto de Tordesillas, bien que suscrito sólo por unos rebeldes que van a perder el pulso en que se han embarcado —eso es lo que lo diferencia de la carta de Adriano, fiel servidor de su rey—, no deja de representar un hito histórico: la primera proclamación solemne de la soberanía popular, una noción que tardará aún tres siglos en asentarse en Europa.

No es pues de extrañar que poco después Carlos condene a Bernaldino a muerte, y que lo exceptúe del perdón general que otorgará en otoño de 1522. El licenciado perderá su casa y su hacienda, pero no su vida: por suerte para él, un poderoso cliente suyo, el conde de Coruña, le ofrecerá un escondite seguro en su feudo.

Burgos, principios de 1521

El fraile trinitario Alonso de Castrillo trabaja aplicadamente en su celda. Está terminando de darle forma a un libro que ha sentido una doble necesidad de escribir. Primero, para poner en limpio sus ideas sobre la recta gobernación de los pueblos, que provienen de sus muchas lecturas, desde Aristóteles hasta San Isidoro, pasando por Cicerón o San Agustín. Y en segundo lugar, para ofrecer a sus compatriotas castellanos, empezando por sus vecinos de Burgos, entre quienes ha visto estallar la sinrazón y la crueldad de la lucha fratricida, una vacuna contra semejantes desgracias y una propuesta para atajar las raíces del mal.

Lo ha llamado *Tratado de república*, y verá la luz dentro de sólo unos meses, en abril de 1521, dos días antes de que las tropas comuneras, a las órdenes de su capitán general, Juan de Padilla, se vean desbaratadas por la acometida de la caballería imperial en los campos de Villalar. Castrillo no deja de ser un hombre de orden, por lo que dista de haber abrazado el partido

de los revolucionarios. Le han espantado los linchamientos que hubo en Burgos al comienzo de la rebelión comunera, el odio que igual facultaba para desembarazarse del vecino molesto que daba a los más exaltados la voz cantante en las asambleas. Pero no ignora que los ánimos se han encendido y los excesos se han desencadenado como consecuencia de las malas decisiones de un poder que ha antepuesto sus intereses particulares, abusivos y espurios, al bien común que todo gobierno debe procurar.

Por eso, y con sincera lealtad a su pueblo y a su rey, da la forma más precisa y elegante posible a sus argumentos, que a pesar de su condición de eclesiástico, estudioso y latinista, opta por formular en lengua romance, para ayudar a su difusión.

Algunas de las ideas que articulan su discurso son ajenas, y lo que le toca a Alonso, y así lo acata, es ejercer como el más pulcro y preciso traductor. Relee, con satisfacción que habrán de compartir sus lectores, cómo le ha quedado un fragmento de San Isidoro: «Los reyes son dichos porque rigen; y así como se llama el sacerdote porque ejercita las cosas santas, así se llama rey porque rige; y no rige el que no corrige. Y así como obrando bien queda firme este nombre de rey, así pecando se pierde».

No es poca cosa, atreverse a dar eso a la imprenta en el Burgos de 1521, por más que sea doctrina de San Isidoro. Pero donde de veras se la juega el trinitario es en lo que pone de su propia cosecha. Repasa ahora lo que ha escrito más adelante, en el capítulo titulado: «Si conviene ser perpetuos los gobernadores de la república». Tras declarar que no hay peor daño que el que provocan los tiranos vitalicios, «porque mueren ellos y quedan vivos los males que hicieron para siempre», y «con sola una vida corrompen la conversación de muchas que son por venir», se atreve a razonar de esta manera: «Porque todos nacimos iguales y libres, paréceme que bien bastaría el agravio que a la natura se hace de que un hombre obedezca y consienta ser gobernado por otro, sin que el gobernador haciéndose obedecer por fuerza nunca se obligue a dar cuenta de cómo gobierna, que ninguna cosa parece tan agraviada contra nuestra naturaleza humana».

A buen entendedor, no le hace falta más verborrea. Así se manifiesta el filosofar sobre la cosa pública en la Castilla de principios del siglo XVI, que muchos, desde la ignorancia, tienen por rígida y poco imaginativa. Pero no sólo entre los eruditos y los rebeldes florecen a la sazón ideas adelantadas a su tiempo.

Medina de Rioseco, finales de 1522

El almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, no es hombre apocado ni que se guarde lo que piensa. Lo primero lo ha demostrado subiéndose a caballo a sus sesenta años para ganarle al emperador la guerra que le declararan los comuneros. Ante la impotencia del cardenal Adriano, Carlos V se resolvió a contar con el almirante y con el condestable de Castilla, un par de curtidos

militares y políticos, para acompañar a su antiguo preceptor como virreyes y sofocar la insurrección del reino.

El condestable ha hecho su parte: sobornar, prometer en falso y golpear sin piedad con sus tropas. El almirante, algo más sofisticado, ha asumido, además del esfuerzo bélico —con no menos firmeza que el condestable—, la labor de menoscabar con habilidad, a través de la negociación, la cohesión de los que por distintas razones y con ambiciones diversas se habían alzado contra el emperador. Ahora, liquidada la revuelta y prisioneros, ejecutados o prófugos sus impulsores, siente que la sagacidad política y el ingenio que lo adornan debe aplicarlos a otra tarea, la de decirle a su soberano lo que piensa, le convenga o no.

Se echa por eso a la espalda el deber de escribirle a Carlos una extensa e incómoda carta. No para cantar sus glorias, sino con el propósito, una vez conjurada la amenaza, de cantarle, si no las cuarenta, sí todos los errores que el rey y su círculo más cercano de consejeros, con el flamenco Chiévres a la cabeza, han cometido y cometen aún en la gobernación de Castilla. Ya se ha quejado de que la gracia real fuera tan cicatera hacia quienes no sin razones se revolvieron, o que no alcanzara a personas a las que el almirante, en calidad de virrey, se la había prometido. No deja de aconsejar al monarca, además, que modere su voracidad fiscal hacia los más humildes, y no ser ingrato con quienes se lo han jugado todo, incluso la vida, por sostenerlo en el trono.

La carta le está quedando larga, pero hay cuestiones que lo amargan demasiado como para no echarlas de la boca, como andando el tiempo cantará el poeta. «No haga cuenta el Príncipe —continúa— que todo lo que le aplace le es lícito, como algunos lisonjeros suelen decirle, mas de tal manera se refrene que no quiera sino lo que es bueno y honesto». Y así sigue desgranando los consejos que tiene motivos para suponer que el destinatario no espera ni le va a agradecer nunca. Quizá por eso, al final de la carta se permite aún mayor franqueza: «Tenga por cierto el Príncipe que no puede llamarse Rey si no le rige la razón, quiero decir si no la sigue en todas sus cosas por sano juicio más que por voluntad, pues no es posible poder mandar bien lo que es bueno y honesto el que no sabe obedecer lo bueno y honesto».

Carlos no responderá a su carta, el almirante —como tantos buenos servidores— morirá sumido en la decepción y su figura, al contrario que la del emperador, caerá en el olvido. La carta, que el monarca a pesar de todo hará conservar, irá finalmente a parar a un oscuro archivo donde sólo la consultarán eruditos e historiadores. Pocos sabrán de qué modo ha llegado a enfrentar al señor del mundo con la necesidad de aceptar algo que no está en sus esquemas: que su poder no es ni puede ser ilimitado.

Salamanca, principios de 1528

El dominico Francisco de Vitoria, desde hace ya dos cursos catedrático de Teología de Salamanca, se dirige a sus alumnos. A sus cuarenta y cuatro años,

y tras haber cursado estudios en la Universidad de la Sorbona, es toda una autoridad en su materia. No llegó a ver de cerca, como Alonso de Castrillo, la violencia de la revuelta comunera, ya que por esos días estaba aún en París y regresó a España cuando ya se había extinguido, por la fuerza de las armas imperiales, la llama de la rebelión. Si Castrillo se apoyaba en San Agustín y San Isidoro, entre otros, Vitoria bebe de manera principal de la *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino, a quien ha estudiado en profundidad en la Sorbona y cuya obra convertirá en el texto central de su asignatura. Sin embargo, en el fondo de sus inquisiciones hay algo más que esta ciencia adquirida en el extranjero. Algo que tiene que ver con la idiosincrasia castellana que comparte con el fraile burgalés, y acaso con el duro escarmiento que representa la tragedia que en su ausencia ha sacudido y finalmente postrado a Castilla.

La lección de hoy es una buena muestra. En la atmósfera reposada de las aulas salmantinas, donde se gestó en gran medida la justificación teórica —y teológica— del levantamiento de las Comunidades, se lanza a una disertación en la que no deja de haber algún eco de las razones esgrimidas por los rebeldes.

Vitoria, por supuesto, se expresa en latín, el idioma de la academia de su tiempo. Habla nada menos que de la potestad civil, esto es, la que en una monarquía ejerce el Príncipe, y entre otras cosas se dispone a indagar acerca de sus límites. Ya dejó sentado en una lección anterior este principio: *Respublica nullo modo potest privari huiusmodi potestate tuendi se, et administrandi adversus injuriam et suorum et exteriorum* —o lo que es lo mismo: que no puede en modo alguno la república ser privada del derecho de defenderse y de administrar lo que es suyo contra las injurias de los suyos y de los extraños—. Ahora se plantea una pregunta aún más espinosa, y que no va a dejar de traerle algún problema cuando sus ideas lleguen a oídos del poder: si las leyes obligan a los legisladores y sobre todo a los reyes.

La respuesta, para Vitoria, es afirmativa. La razona como suele, metódica y calmosamente, y su discurso desemboca en una conclusión rompedora: hay una ley que está por encima del poder de cualquier soberano, y que ninguno puede violentar. Lo dice, como todo, en latín: *«Habet enim totus orbis, qui aliquo modo est una respublica, potestate ferendi leges aequas et convenientes omnibus, quales sunt in iure gentium. Ex quo patet, quod mortaliter pecant violantes iura gentium, sive in pace, sive in bello, in rebus tamen gravioribus, ut est de incolumitate legatorum».* En resumen: hay una ley natural que rige en todo el orbe, que a su modo no deja de ser una república con el poder de dar a todos leyes convenientes y justas, como las del derecho de gentes. De lo que se sigue que el que las viole comete pecado mortal, ya sea en paz o en guerra, en los asuntos graves o en los menores.

Después de ponerle semejante traba a su rey y señor, que es a la sazón emperador y dueño de media Europa y reina sobre los territorios recién descubiertos en ultramar, aún se atreverá Francisco de Vitoria a disertar sobre

los límites del poder de la otra autoridad a la que como clérigo está sometido: el papa de Roma. Sin tomar las armas, ni exponerse con ello a la ira de la monarquía absoluta, ha colocado en sus cimientos una carga explosiva de efecto retardado, pero a la postre demoledora.

París, mediados de 1624

Como tantos hombres de talento de su siglo, zarandeado por intolerancias diversas, Hugo de Groot, natural de Delft, en Holanda, ha padecido prisión y se ha visto obligado a escapar de su patria y acogerse a la protección de benefactores extranjeros. Por eso es en París donde se entrega a la redacción del tratado que en estos momentos le ocupa. Se titula *De iure belli ac pacis*, y le valdrá ser reconocido como el artífice del moderno derecho internacional. En su virtud, se establecerá el principio de que ningún soberano ostenta un derecho irrestricto sobre el resto de la humanidad, dotada por su propia naturaleza de una dignidad inalienable que en todo trance ha de ser respetada. En última instancia, de la obra de Hugo de Groot —o Grocio—, y de su afirmación de esta ley natural, se deriva la doctrina que a partir del siglo siguiente dará lugar a las declaraciones universales de derechos, como la aprobada por la Asamblea francesa en 1789, y sobre las que se construirá la sociedad europea del futuro.

Podría no haberlo reconocido, pero Grocio es un académico honesto y en su tratado no deja de citarlo: muchas de sus ideas provienen de las lecciones de un dominico que un siglo antes enseñaba Teología en Salamanca y que se llamaba Francisco de Vitoria. Un hombre de letras natural de Castilla y de España, que con su palabra, como el naturalizado Adriano de Utrecht, el licenciado Bernaldino de los Ríos, el trinitario Alonso de Castrillo o el almirante don Fadrique, sentó, aunque hoy casi nadie se acuerde, las bases para que ser europeo no equivalga, como en su siglo equivalía, a vivir bajo el yugo de un amo que de nada responde, sino, en expresión del propio Castrillo, a formar parte de «una compañía de hombres libres».

Illescas, 13-14 de septiembre de 2023

(NOTA DEL AUTOR: Aunque esta es una narración de ficción, los personajes son reales y los textos entre comillas son auténticos. Las fuentes manejadas para citarlos son, por orden de aparición: la *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, de Manuel Danvila y Collado; *La revolución de las Comunidades de Castilla*, de Joseph Pérez; la *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, de Prudencio de Sandoval; el *Tratado de República*, de Alonso de Castrillo; las *Relectiones Theologicae*, de Francisco de Vitoria; y *De iure belli et pacis*, de Hugo Grocio.)

La esperanza

Andrés Trapiello

Hernán es un soldado joven, fuerte, sano. Seguramente jamás pensó que se vería en un estado tan lastimoso. La herida le causa fiebres alarmantes. Pasa las noches a merced de los delirios. Dormita cuando el dolor, agudo, remite. Y cuando duerme, delira. No sabe aún que le han amputado la pierna derecha a la altura de la rodilla. Esa pierna que ya no tiene es precisamente donde más le punzan los agudos latidos. Siente que el corazón bombea la sangre desde la pierna que todavía no sabe que le han cortado. De vez en cuando nota, medio sonámbulo, que alguien humedece con agua su boca. Nota el frescor en sus labios ardientes. Cuando abre los ojos, no ve a nadie a su lado. Oye alrededor ayes y lamentos, pero tampoco sabe si esos lamentos son suyos o provienen de otra parte.

Cuando mira en torno extraña el lugar, ese hospital improvisado en Santo Toribio, una vieja iglesia-fortaleza fría, lóbrega, de bóvedas normandas y negras. Está llena de catres de campaña. En cada uno de ellos, una vida única, una historia que allí puede hincar su acabose o empezarse de nuevo. El aire dentro es irrespirable, y el olor, nauseabundo, a sangre seca, a pus, a carne que se corrompe, a suciedad y miseria, es un olor caliente, sofocante.

Cuidan de Hernán los hermanos de la Orden Hospitalaria del venerable Juan de Dios. Enfermeros solícitos, hombres con experiencia. Incansables. No parecen reposar nunca. No siempre pueden rezar los Oficios Divinos y echan una cabezada, para reparar fuerzas, sentados en el coro de su convento, a dos pasos de Santo Toribio. Mueren cada semana solo en ese hospital diez o doce. En otros de la ciudad, muchos más. Los cofrades de la Hermandad del Santo Sepulcro se los llevan discreta, caritativamente al otro lado de la bahía, a Santa Catalina, lejos del puerto, temiendo la epidemia.

Hernán tiene a su lado a alguien cuyas quejas son apenas unos gemidos débiles, hondos, no tiene fuerzas para más. Quienes lo trajeron conocían su nombre, pero esos se han ido. Nadie conoce tampoco su nación. Estudiando la fealdad de sus heridas, los hermanos del venerable Juan de Dios debaten la cura. Las que lleva en el pecho son graves, pero no tanto como la herida del brazo. Temen, les oye decir Hernán, que a su vecino se le gangrene el brazo y haya que cortar por lo sano. Saben que esa decisión puede condenar de por vida a un hombre a la mendicidad, a la pobreza, acaso al vicio y al crimen. Cada día que pasa es un día ganado a la muerte, pero puede también acaso

resultar funesto. Cuántas veces el enfermo que parecía sanar, se va en horas.

Hernán es un extremeño joven, resuelto y animoso. O lo era.

En cuanto la fiebre remitió y recobró el conocimiento, advirtió que le habían amputado la pierna. Su vida está abocada, pues, a la pobreza, a la mendicidad, quién sabe si también al crimen. Un fraile francisco trata de arrancarle de la desesperación, le habla de los caminos insólitos de Dios para llevar a sus criaturas a una vida virtuosa. Hernán le oye sin escucharle, no dice nada. Cuando el fraile francisco le deja de nuevo solo, el joven soldado llora en silencio, inconsolable. Tiene el día y la noche para pensar. Piensa en su vida pasada para no pensar en la que le espera.

Hace tres años un pariente suyo lo reclamó. Le pedía en una carta, le imploraba más bien, que pasase a las Indias. «Solo quiero alguien a mi vera que me dé un jarro de agua cuando me llegue el tiempo». Moría rico, sin herederos. Si cuida de él esos años que le quedan de vida, pocos, porque tiene ya la salud muy quebrantada, Hernán le heredará, le dice su pariente. Y Hernán ni siquiera tuvo el valor de contestar aquellas cartas tristes por no confesarle la causa: a nada le temía tanto como a embarcar y cruzar el mar océano. Al poco, pasó por Medellín, su lugar, la compañía del capitán Gonzalo de Mendieta haciendo leva para Flandes, y Hernán se alistó. Pero yendo por Burgos al capitán Gonzalo de Mendieta le llegó la orden de su general, don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz: le esperaba en Cartagena con sus soldados. El Rey Filipo se sumaba a una Liga del Papa, y Hernán, que no quiso pasar a las Indias, donde le tentaba la fortuna de su pariente, hubo de embarcarse en Cartagena para morir acaso en la plenitud de la vida en un oscuro, improvisado, hospital de Messina.

Recuerda Hernán en sus largas horas de hospital los pormenores de la batalla. ¿Cómo olvidarla? Las noticias que a ellos les iban llegando los meses previos fueron confusas, atropelladas. Solo advertían que los barcos que mandaba el general Andrea Doria eran cada vez más numerosos. Nadie se explicaba de dónde podían estar saliendo y en tal copia. De nao a nao la chusma marinera, arcabuceros y soldados se saludaban con chirimías, trompetas y atabales, mientras corrían los mares buscando al turco para darle la batalla allá donde lo encontraran. La alegría era general; la fe en la victoria, sin resquicio; la confianza en sus alféreces y capitanes, completa; el valor de sus camaradas, impar.

Ninguno de aquellos soldados, viejos o jóvenes, pensaba en la batalla antes de la batalla. Pero el silencio se adueñó del corazón de todos el día que encontraron la flota de Alí Bajá escondida en el canal de Lepanto. Pavor causaba. Los frailes alzaron sus preces a la Virgen y las misas que se rezaron en la cubierta de cada una de las trescientas galeras, galeazas y fragatas fueron seguidas con grande devoción por todos.

Había llegado el día señalado por los hados, y «a prima hora» las dos formidables armadas se embistieron. Las escenas fueron pavorosas. Jamás había visto Hernán nada parecido. El asalto a un fuerte, la escala de una

muralla, el encuentro en campo abierto requieren valor. Una batalla naval es otra cosa. El valor no basta. Hombres a los que no había rozado una bala, huyendo de las llamas que ocasionaban las andanadas de la pez ardiendo, se arrojaban al agua sin saber nadar, y perecían ahogados. Soldados que se lanzaban al abordaje, caían mal sujetos, y desaparecían bajo las olas en apenas segundos. Artilleros que veían cómo una granada hacía estallar su polvorín, perecían, sin haber entrado en fuego, hechos pedazos, alimento de los peces…

El fraile francisco pasaba cada tarde trayéndole unos minutos de consuelo: «Piensa, hijo Hernán, en todos los que allí quedaron sepultados bajo las aguas; o peor que tú, ciegos en tierra, sin brazos ni valimiento. En ti, nada que no remedien dos muletas. Podrás buscarte oficio nuevo de alfayate, de zapatero, de escribano, si tienes letras».

Hernán se mejoró, y como mejoró antes que su vecino de catre, echó una mano a los enfermeros y cuidó de él; le daba agua y de comer en la boca, como a un niño. Mejoró también su compañero, y pudo decir al fin su nombre:

–Si acaso no lo he cambiado por otro mientras estuve loco de fiebres, hasta hoy mismo me han llamado Miguel.

–El nombre podrán habértelo mudado las fiebres, pero no las ganas de decir donaires.

Sobre ser camaradas, se hicieron también amigos: «¿Qué dirás que es mejor, señor soldado, perder un brazo o la pierna? ¿Ser cojo o manco?». Y hacían chanzas de ello, porque eran jóvenes.

A Miguel no le habían amputado, pero la mano izquierda le quedó gafa y seca; a todos los efectos, manco.

Dejaron la gran Messina el mismo día. Allí se despidieron. Hernán, como pobre, determinó volver andando a su patria chica y, quién sabe, si su pariente vivía aún, pasar luego a las Indias, que para administrar su encomienda lo mismo podía hacerse con uno o dos remos.

Miguel, con los socorros que le dio su capitán, la paga de seis meses y cartas importantes, se embarcó en Nápoles.

Las ventas y caminos de los campos, las calles y posadas de pueblos, villas y ciudades se llenaron en muy poco tiempo de soldados licenciados, pobres, lisiados, que contaban sus gestas a quien quisiera oírselas. Solo entre esos soldados viejos y pobres, si se encontraban en mesón o en taberna, brotaba algo parecido a una ilusión, la del tiempo pasado. Los demás se fueron cansando de oír las mismas historias siempre.

Transcurrieron no menos de treinta años, y cuando ya nadie recordaba aquella famosa batalla y lo mucho que esa batalla mejoró al orbe cristiano, Miguel y Hernán se reencontraron en una venta de Andalucía.

Sucedió una tarde de invierno, una de esas tardes pardas y crueles en las que baja temprano la escarcha para desgracia de descaminados o poco previsores.

Dejó Miguel su mula en la cuadra y entró luego en la cocina de la venta. En el llar parloteaba un fuego generoso, vivo, de sarmientos verdes y tueros

de encina. Frente al fuego, un viejo metía entre las llamas la bota de su único pie. Aún llevaba sobre sus hombros la capa, y de la capa brotaba un humo tenue, mojada como venía. A su lado había dejado un chapeo de ala abierta con plumas verdes, amarillas, coloradas, y un cintillo de oro gañín, quiero decir, de industria. Aquel hombre adelantaba las manos y se las frotaba para entrar en calor. Su barba, de profeta o de loco, le crecía desde debajo de los ojos hasta medio pecho, una barba espesa y ensortijada, entrecana, ingobernable.

Miguel le dio las buenas noches, se sentó a su lado y acercó también al fuego su única mano viva. La otra la dejó muerta en el regazo.

Ni uno sospechó de la manquedad del otro, ni el otro de la cojera del uno, y allí estuvieron, en silencio, un buen rato.

Otros dos huéspedes que había en la venta, un cosario de Toledo y su espolique, se retiraron temprano a su aposento, después de cenar algo de olla. Al quedar libre aquella mesa, dejaron Miguel y Hernán el poyo del hogar y se sentaron, frente a frente, para la cena. Pidieron los dos de la olla y medio jarro de vino, y Miguel quiso añadirle, si los había, un par de huevos fritos.

Ni Hernán podía sospechar que a quien tenía delante era a su antiguo camarada del hospital de Santo Toribio, ni Miguel que aquel viejo barbado era su amigo Hernán, que tanto cuidó de él cuando más lo necesitaba. Tampoco los pabilos moribundos de un velón de Lucena contribuyeron mucho a esclarecerles la caras. Solo cuando terminaban de cenar, dijo Hernán:

–Y que me es familiar la cara de vuesa merced, y mucho, pero no acierto a saber de qué ni de dónde. Los años, que no perdonan la vista ni la memoria.

–Y lo mismo me sucede a mí –dijo Miguel–, que lleva un rato dándome vueltas en la frente vuestra estampa.

–¿Soldado?

–Lo fui, y de los buenos. ¿Se nota?

Y Hernán echó hacia atrás el cuerpo para dejar libre su media pierna.

Levantó Miguel su mano muerta.

–¡Miguel!

–¡Hernán!

Puestos en pie estrecharon su abrazo, y nadie podría decir cuánto había en las lágrimas de Hernán de contento y cuánto de desconsuelo, pues así suelen venir mezcladas las cosas en muchas alegrías. Ni tampoco cuánto reprimió Miguel su lagrimilla para decir el contento que también sentía él:

–Fuera llantos, soldado, que hartos los da la suerte, y de estas albricias caen pocas en una vida.

Contó la suya Hernán en cuatro trazos, y en otros cuatro Miguel.

–Volví a mi tierra extremeña a pie. Seis meses que me trataron peor que los turcos aquel día. Supe que mi pariente había muerto intestado y que en Nueva Granada había dejado en bienes raíces más de dos mil ducados y otros doscientos mil maravedíes de la encomienda. Viajé a Sevilla, pleiteé, la poca hacienda que tenía se fue en pagar escribanos, su majestad se quedó todo y yo

sin nada en mi lugar. Se me estrechó tanto, que tuve que salir de él para no morir de pena. A quienes un día conocimos la libertad, no pueden sujetarnos como alfayates, zapateros o escribanos. Y así he pasado estos años: por los caminos, viviendo de la caridad de los que se compadecen de los soldados viejos, y como sucede en la vida de los pobres, sin mucho que contar.

–Pues yo al revés, mucho, sino que de lástimas –dijo Miguel–. En mala hora tuvimos mi hermano y yo dineros para embarcarnos. En mala hora llevaba encima cartas de don Juan de Austria y del duque de Sessa. Fueron mi perdición. Apresó nuestra nave una del corso. Nos cautivaron y en los baños de Argel dejé los cinco mejores años de mi vida. Esos tardaron los frailes de la Merced en rescatarme, creyéndome el señor de los corsarios, a tenor de las cartas, que yo era persona principal. Ya de vuelta, también yo quise pasar a las Indias, pero aquí se me dijo que buscara en otra parte donde se me hiciera merced. Me casé con una mujer buena y no pobre, pero natural de un lugar que también me estrechó a mí mucho. Al cabo de un año, me fui a Sevilla a mejorar fortuna. Baste decir cuál fue esta, que acabo de dejar la cárcel, donde me llevaron malas cuentas y peores jueces. Y aquí me halla vuesa merced sin oficio ni beneficio, camino de Madrid, donde voy a probar suerte con las letras, y lo hiciera de alfayate o zapatero, si tuviera dos brazos.

Las brasas del hogar se fueron amorteciendo en las cenizas. El silencio de la venta se hizo con todo. Los dos amigos bajaron sus palabras hasta hacerlas inaudibles. Recordaron, claro, aquella jornada famosa, como no la conocieron los siglos pasados ni conocerán los venideros, y que a uno le arrebató la pierna y a otro un brazo.

–Y al fin, ¿qué nos ha quedado de aquel día? –preguntó el extremeño.

–Vuesa merced dirá –respondió Miguel.

–¿La esperanza?

–La esperanza.

–¿En qué?

–¿Quién puede decirlo?

–Dos caminos hay por donde pueden ir los hombres a ser ricos y honrados, pensaba yo de mozo; uno, el de las letras; otro, el de las armas. Y yo tenía entonces más armas que letras. Hoy, sin más armas, voy a probar las letras –dijo Miguel.

–Yo –dijo Hernán– me quedé sin caminos, y aquí me tiene vuesa merced todo el día en uno, fatigando estos reinos. Miguel, ¡cuántas cosas hemos vivido!

–Hernán, ¡y cuántas olvidaremos!

Se retiraron a dormir cuando apuntaban ya las claras del día.

Quedaron emplazados para seguir camino juntos en cuanto reposaran algo.

Amaneció Miguel cuatro horas después. Preguntó al ventero por su amigo, y este le dijo:

–El señor soldado salió de la venta hace dos horas.

–¿Y no dejó recado?

–Nada, sino que le aguardaba en otra parte cita que no podía excusar, y ya llegaba tarde. Me rogó que os diera esta pluma de su chapeo. «La más gallarda de él», dijo tan solo.

Y en efecto lo era, una de las amarillas, como el oro, de una oropéndola.

La clavó Miguel en su sombrero, aparejó la mula y siguió camino.

También tenía él en Madrid cita con la esperanza, sin saber si la hallaría.

Autores

María Dueñas (Puertollano, Ciudad Real, 1964) es doctora en Filología Inglesa. Tras dos décadas dedicada a la vida académica, irrumpe en el mundo de la literatura en 2009 con *El tiempo entre costuras*, la novela que se convirtió en un fenómeno editorial y cuya adaptación televisiva de la mano de Antena 3 logró numerosos galardones y un espectacular éxito de audiencia. Sus obras posteriores, *Misión Olvido* (2012), *La Templanza* (2015) y *Las hijas del Capitán* (2018), continuaron cautivando por igual a lectores y crítica. Traducida a más de treinta y cinco lenguas y con millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, María Dueñas se ha convertido en una de las autoras más estimadas tanto en nuestro país como en América Latina. *Sira* es su quinta novela.

Juan Eslava Galán es doctor en Letras. Entre sus ensayos destacan *Historia de España contada para escépticos* (2017), *Una historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie* (2005), *Los años del miedo* (2008), *El catolicismo explicado a las ovejas* (2009), *De la alpargata al seiscientos* (2010), *Homo erectus* (2011), *La década que nos dejó sin aliento* (2011), *Historia del mundo contada para escépticos* (2012), *La primera guerra mundial contada para escépticos* (2014), *La segunda guerra mundial contada para escépticos* (2015), *La madre del cordero* (2016), *La Revolución rusa contada para escépticos* (2017), *La familia del Prado* (2018), *La conquista de América contada para escépticos* (2019), *La tentación del Caudillo* (2020), *Enciclopedia nazi* (2021) y *La Reconquista contada para escépticos* (2022).
Es autor de las novelas *En busca del unicornio* (Premio Planeta 1987), *El comedido hidalgo* (Premio Ateneo de Sevilla 1991), *Señorita* (Premio de Novela Fernando Lara 1998), *La mula* (2003), *Rey lobo* (2009) y *Últimas pasiones del caballero Almafiera* (2011), entre otras.

Espido Freire nació en Bilbao en 1974 y creció en Llodio (Álava) en una familia de origen gallego. Se licenció en Filología Inglesa y se diplomó en Edición y Publicación de Textos en la Universidad de Deusto. Estudió también música y canto en el Conservatorio Superior de Bilbao Juan Crisóstomo Arriaga.

Debutaría como escritora con *Irlanda* (Planeta, 1998, Premio Millepages). La novela supuso una sorpresa en el entorno literario de aquel momento. Año y medio más tarde consiguió el Premio Planeta por su obra *Melocotones helados* (1999). Se convertía con veinticinco años en la ganadora de menor edad en la historia del galardón. Con ella obtuvo también el *Qué Leer* 2000 a la mejor novela española.

Ha publicado, entre otras novelas, *Soria Moria* (Algaida, Premio Ateneo de Sevilla 2006) y *Llamadme Alejandra* (Planeta, Premio Azorín 2017). Con *De la melancolía* (Planeta, 2019) suma en total nueve novelas publicadas.

A ellas que hay que sumar varios libros de cuentos, entre ellos *El tiempo huye*, Premio NH 2001, *El trabajo os hará libres* (Páginas de Espuma 2008) y microcuentos como *Cuentos malvados* (Páginas de Espuma, 2010) y *Diccionario de amores y pesares* (Mueve tu lengua, 2021).

Destaca también por su producción ensayística: sus temas oscilan entre el análisis social, *Primer amor*, *Mileuristas*, *Los malos del cuento*, la literatura *Para vos nací* y los viajes *Hijos del fin del Mundo*, Premio de Libro de Viajes de Llanes 2009, *Tras los pasos de Jane Austen*, 2021. Tres ensayos más *Cuando comer es un infierno*, *Quería volar* y *La vida frente al espejo* tratan el tema del cuerpo femenino y los conflictos entre emoción y enfermedad. Su último ensayo es *La historia de la mujer en 100 objetos*, publicado por La esfera de los libros, 2023.

Además de otros géneros (poemas, libro ilustrado, teatro…) es autora de varias novelas juveniles: *La última batalla* (SM), *El chico de la flecha*, *El misterio del arca* (Premio Letras del Mediterráneo 2018) y *La suerte está echada*, además de los álbumes ilustrados *Pioneras* (2019) y *Cuentos de siempre como nunca te los habían contado* (2022, también en catalán en Barcanova Editorial). Todas estas obras se encuentran en Anaya Infantil y Juvenil.

Para un listado exhaustivo de su obra completa, puede consultarse el apartado Obra y Obra Colectiva en www.espidofreire.com

Susana Fortes (Pontevedra) es escritora y articulista de prensa. Durante años ha impartido clases de Historia del Arte en Valencia. En la actualidad colabora en cursos y talleres de escritura creativa en diversas universidades. Autora, entre otras novelas, de *Querido Corto Maltés* (Premio Nuevos Narradores 1994); *Las cenizas de la Bounty* (Espasa, 1998); *Fronteras de arena* (finalista del Premio Primavera 2001) y *El amante albanés* (finalista del Premio Planeta 2003), también ha publicado el cuaderno de cine *Adiós,*

muñeca (Espasa, 2002) o *El azar de Laura Ulloa* (Planeta, 2006), galardonada con el Premio de la Crítica en la Comunidad Valenciana. Su primer gran éxito internacional lo consigue con la novela histórica *Quattrocento* (Planeta, 2007) y sobre todo con *Esperando a Robert Capa* (Premio Fernando Lara de Novela 2009), que ha sido traducida a más de 15 idiomas. Sus últimas obras publicadas son *Septiembre puede esperar* (Planeta, 2017), el libro de recuerdos *Tal como éramos* (Ézaro, 2021) y la novela negra *Nada que perder* (Planeta, 2022).

Luz Gabás Ariño (Monzón, 1968), licenciada en Filología Inglesa y profesora titular de escuela universitaria, decidió dedicarse a la escritura tras años vinculada a la docencia.

Su primera novela, *Palmeras en la nieve* (2012), se convirtió en un fenómeno de crítica y ventas y, desde entonces, ha sido traducida a varios idiomas. La adaptación al cine de la novela supuso un rotundo éxito en taquilla, y la película consiguió dos premios Goya. Años después continúan las ediciones en diferentes formatos.

Con Regreso a tu piel (2014), *Como fuego en el hielo* (2017) y *El latido de la tierra* (2019), Luz Gabás se consolidó como una de las grandes autoras de nuestros días, por lo que ha recibido el reconocimiento de lectores y asociaciones de libreros de toda la geografía española y sus libros son publicados en otros países.

En octubre de 2022 Luz Gabás ganó el Premio Planeta con su novela *Lejos de Luisiana*.

Actualmente reside en el valle de Benasque, en las montañas del Pirineo aragonés, donde encuentra la inspiración para su trabajo, que consiste también en la redacción de relatos y artículos y la preparación de charlas para encuentros literarios.

Emilio Lara (Jaén, 1968) es doctor en Antropología, Licenciado en Humanidades con Premio Nacional Fin de Carrera y profesor de Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria. Ha publicado cinco novelas en Edhasa: *La cofradía de la Armada Invencible* (2016), *El relojero de la Puerta del Sol* (2017), obra por la que recibió el XXIV Premio Andalucía de la Crítica y el XIX Premio de Novela Histórica Ciudad de Cartagena, *Tiempos de esperanza* (2019), novela ganadora de la segunda edición del Premio Edhasa Narrativas Históricas, *Centinela de los sueños* (2021) y *Venus en el espejo* (2023). En 2020 la Junta de Andalucía le concedió la Bandera de Andalucía de las Ciencias Sociales y las Letras. En 2022 recibió el Premio Legatus de novela histórica de Linares. Forma parte de la Asociación de Escritores con la Historia.

José María Merino (A Coruña, 1941). Hijo adoptivo de León (2009), se dio a conocer como narrador en 1976 con *Novela de Andrés Choz*, Premio Novelas y Cuentos. Su novela *La orilla oscura* (Alfaguara, 1985) fue galardonada con el Premio de la Crítica. También ha recibido el Premio Nacional de Literatura Juvenil, el Premio NH y el Premio Salambó. Además de los libros citados, ha publicado, entre otros, la trilogía *Las crónicas mestizas*, así como las novelas *Las visiones de Lucrecia* (1996), Premio Miguel Delibes; *El heredero* (2003), Premio Ramón Gómez de la Serna; *El lugar sin culpa* (2007), Premio Gonzalo Torrente Ballester; un volumen que recoge sus relatos, *Historias del otro lugar* (2010); *El libro de las horas contadas* (2011); *El río del Edén* (2012), Premio Nacional de Narrativa; *Musa Décima* (2016); *Noticias del Antropoceno* (2021), y *La novela posible* (2022). Otras obras suyas son las novelas *La trama oculta* (2014) y *Aventuras e invenciones del profesor Souto* (2017), y los ensayos *Ficción perpetua* (2014), *Fulgorores de ficción* (2017) y *A través del Quijote* (2019). Ha sido reconocido en 2021 con el Premio Nacional de las Letras Españolas. Es miembro de la Real Academia Española.

Sergio del Molino (Madrid, 1979) es autor de dos ensayos narrativos cruciales sobre la despoblación y «la idea de país»: *La España vacía* (2016; Alfaguara, 2022), con el que ganó el premio al mejor ensayo del Gremio de Libreros y el Premio Cálamo, además de entrar en las listas de «mejores del año» de toda la prensa cultural; y *Contra la España vacía* (Alfaguara, 2021). Antes se había alzado con los premios Ojo Crítico y Tigre Juan con *La hora violeta* (2013) y después con el Premio Espasa gracias a *Lugares fuera de sitio* (2018). Además, es autor de novelas como *Lo que a nadie le importa* (2014) y *La mirada de los peces* (2017), del breve ensayo biográfico *Calomarde*. *El hijo bastardo de las luces* (2020), de una autobiografía novelada sobre su relación con la enfermedad, *La piel* (Alfaguara, 2020), y *Un tal González* (Alfaguara, 2022). Es columnista del diario *El País* y colaborador de Onda Cero Radio, entre otros medios. Sus obras han aparecido en inglés, italiano, francés, griego, alemán y chino, entre otros idiomas, y en más de quince países.

Arturo Pérez-Reverte nació en Cartagena, España, en 1951. Fue reportero de guerra durante veintiún años y cubrió dieciocho conflictos armados para los diarios y la televisión. Con más de veinte millones de lectores en el mundo, traducido a cuarenta idiomas, muchas de sus obras han sido llevadas al cine y la televisión. Hoy comparte su vida entre la literatura, el mar y la navegación. Es miembro de la Real Academia Española y de la Asociación de Escritores de Marina de Francia.

Juan Manuel de Prada nació en Baracaldo en 1970, aunque pasó su infancia y adolescencia en Zamora. Es licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca y doctor en Filología por la Universidad Complutense de Madrid. Con su primer libro, *Coños* (1995), un homenaje confeso a Ramón Gómez de la Serna, y los relatos de *El silencio del patinador* (1995, ampliado en 2010) sorprendió a la crítica por su poderosa imaginación y su audaz uso del lenguaje. En 1996 debutó en la novela con *Las máscaras del héroe*, que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Narrativa. En 1997 recibió el Premio Planeta por *La tempestad*, que fue traducida a una veintena de idiomas y significó su consagración internacional. Su siguiente novela, *Las esquinas del aire* (2000), recupera la figura de la escritora catalana Ana María Martínez Sagi, a quien, tras décadas de concienzudas pesquisas, ha dedicado la monumental biografía *El derecho a soñar* (2022), que el autor considera la obra más importante de su vida. *La vida invisible* (2003) recibió el Premio Primavera y el Premio Nacional de Narrativa, y *El séptimo velo* (2007) se alzó con el Premio Biblioteca Breve. En 2012 publicó *Me hallará la muerte*, un *noir* ambientado en el Madrid de la posguerra, y en 2014 *Morir bajo tu cielo*, en la que evoca la proeza de «los últimos de Filipinas». Posteriormente, aparecerá *El castillo de diamante* (2015), donde recrea la difícil relación de Santa Teresa de Jesús y la Princesa de Éboli. Sus últimas entregas narrativas han sido *Mirlo blanco, cisne negro* (2016) y *Lucía en la noche* (2019); en ambas recupera a su personaje Alejandro Ballesteros, una suerte de *alter ego* del autor que ya protagonizó *La tempestad*. Su obra más reciente es *Raros como yo*, una colección de semblanzas de escritores malditos. Ha publicado varias recopilaciones de artículos; entre las más recientes merecen destacarse *Una biblioteca en el oasis* (2021) y *Una enmienda a la totalidad* (2021). Su periodismo literario ha merecido, entre otros, los premios Mariano de Cavia y Julio Camba. En reconocimiento al conjunto de su obra literaria, Juan Manuel de Prada ha obtenido el Premio Castilla y León de las Letras de 2021.

Soledad Puértolas (Zaragoza, 1947) reside en Pozuelo de Alarcón (Madrid). En Anagrama ha publicado doce novelas: *El bandido doblemente armado* (Premio Sésamo 1979), *Burdeos, Todos mienten, Queda la noche* (Premio Planeta)*, Días del Arenal, Si al atardecer llegara el mensajero, Una vida inesperada, La señora Berg, Historia de un abrigo, Cielo nocturno, Mi amor en vano y Música de ópera*; ocho libros de cuentos: *Una enfermedad moral, La corriente del golfo, Gente que vino a mi boda, Adiós a las novias, Compañeras de viaje, El fin, Chicos y chicas y Cuarteto;* dos volúmenes de textos autobiográficos: *Recuerdos de otra persona y Con mi madre*, y el ensayo *La vida oculta* (Premio Anagrama). Su último libro publicado, en noviembre de 2023, escrito con la colaboración de la lexicógrafa Elena Cianca, es *Alma, nostalgia, armonía y otros relatos sobre las palabras* (Anagrama). Sus libros han sido traducidos a numerosos idiomas. En 2003 fue

galardonada con el Premio de las Letras Aragonesas, y en 2010 fue nombrada miembro de la Real Academia Española.

Karina Sainz Borgo nació en una Caracas de 1982, cuando todo estaba a punto de incendiarse. Trabaja como periodista especializada en temas culturales, aunque escribe a todas horas. Ha publicado los libros de periodismo *Caracas hip-hop* (Caracas, 2007) y *Tráfico y Guaire. El país y sus intelectuales* (Caracas, 2007), y mantiene el blog Crónicas Barbitúricas. Su primera novela, *La hija de la española* (Lumen, 2019), aclamada por la crítica y los lectores y vendida en traducción a treinta países, fue finalista del LiBeraturpreis y obtuvo el Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro. También es autora de *El Tercer País* (Lumen, 2021). *La isla del doctor Schubert* es su última obra.

Lorenzo Silva (Madrid, 1966) es uno de los grandes referentes de la literatura contemporánea y sus novelas policiacas e históricas suman más de dos millones y medio de lectores. Ha escrito, entre otras, *La flaqueza del bolchevique* (finalista del Premio Nadal 1997), *Carta blanca* (Premio Primavera 2004), *Recordarán tu nombre*, la «Trilogía de Getafe», *Castellano y sus recientes Nadie por delante y Púa*. Es autor del libro de viajes *Del Rif al Yebala* y del ensayo histórico *Sereno en el peligro* (Premio Algaba de Ensayo). Suya es también la serie protagonizada por los investigadores Bevilacqua y Chamorro; *El alquimista impaciente* (Premio Nadal 2000), *La marca del meridiano* (Premio Planeta 2012), *El mal de Corcira y La llama de Focea* son algunas de las novelas que la integran. Junto con Noemí Trujillo, firma una serie policiaca que consta ya de dos entregas, *Si esto es una mujer* (2019) y *La forja de una rebelde* (2022).

Andrés Trapiello nació en Manzaneda de Torío, León, en 1953, y desde 1975 vive en Madrid. Es autor de nueve novelas, entre ellas *Los amigos del crimen perfecto* o *Al morir don Quijote*, premiadas con los galardones más prestigiosos. También es autor de un diario titulado *Salón de pasos perdidos*, del que han aparecido veinticuatro tomos. Como ensayista ha publicado, entre otras obras, *Las armas y las letras*, obra profusamente reeditada y ampliada; es además el autor de la prestigiosa traducción al castellano actual del *Quijote*, publicada en 2015, y de nueve libros de poemas. Ha recibido, entre otros, el premio de las Letras de la Comunidad de Madrid (2003) y el de Castilla y León (2011) al conjunto de su obra y el Premio de los libreros de Madrid (2020) por Madrid. Su último libro ha sido *Madrid 1945. La noche de los cuatro caminos*, crónica minuciosa del asesinato de dos falangistas.

Edición no venal de Zenda, zendalibros.com, patrocinada por Iberdrola

Catorce relevantes escritores se han unido en *Las luces de la memoria*, obra ideada y dirigida por Arturo Pérez-Reverte, para mostrar la contribución de España en Europa a través de relatos ambientados en momentos importantes y decisivos de la historia ocurridos desde la Antigüedad hasta nuestros días.

María Dueñas revive la emigración en *Sin rendición en Breda*. Juan Eslava Galán recorre *El último viaje de San Isidoro*. Espido Freire surca el Bidasoa en *La isla de los Faisanes*. Susana Fortes cruza los Pirineos para unirse a la Resistencia en *Operación Quick Silver*. Luz Gabás narra *Pequeñas batallas* contra las tropas napoleónicas en el Alto Aragón. Emilio Lara sigue los pasos de Osio de Córdoba en *El aceite de Nicea*. En *Segundones*, José María Merino rescata los Decreta, el testimonio más antiguo del sistema parlamentario europeo. En *Un verdadero napolitano*, Sergio del Molino recuerda a Roque Joaquín de Alcubierre, descubridor de los yacimientos de Herculano y Pompeya.

En *Jodía Pavía*, Arturo Pérez-Reverte rememora mediante el rey Francisco I de Francia la batalla en que fue derrotado y preso en Italia por las tropas de Carlos V. En *Última noche en Yuste*, Juan Manuel de Prada evoca las disputas contra Lutero y el Concilio de Trento. En *Annemasse*, de Soledad Puértolas, nos conmueve la estatua de Miguel Servet. Karina Sainz Borgo combate *La (cyber) leyenda negra* con el holandés errante del ecologismo. Lorenzo Silva expone en *Una compañía de hombres libres* las bases para que ser europeo no sea vivir bajo el yugo de un amo. Y Andrés Trapiello cita a Miguel de Cervantes con *La esperanza* y el camino de las letras.

Las luces de la memoria

Relatos de España en la historia de Europa